

# El vaivén de las caderas

Arnaldo Hernández

LAS FORMAS DEL FUEGO

NARRATIVA



  
MONTE AVILA  
EDITORES LATINOAMERICANOS







LAS FORMAS DEL FUEGO

# El vaivén de las caderas



ARNALDO HERNÁNDEZ

# El vaivén de las caderas

PREMIO DEL CONCURSO PARA AUTORES INÉDITOS  
MENCIÓN NARRATIVA, 2021



1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

*El vaivén de las caderas*

© Arnaldo Hernández

MONTAJE DE PORTADA

Carolina Marcano, Greicy Letelier

FOTOGRAFÍA

Arturo Moreno

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

Héctor González

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO

David Arneaud

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2022

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

[www.monteavila.gob.ve](http://www.monteavila.gob.ve)

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2022001601

ISBN 978-980-01-2352-9

**I**





## La noche del cañonazo

EL EXITOSO DISCO «al frente de todos», grabado por Oscar D'León y su orquesta en 1980, se escuchaba con mucho volumen aquella noche de noviembre:

«En el cachumbambé, en el cachumbamba, merengue “para'lante”, merengue para atrás...»

Así sonaba el «Sonero del mundo», contagiando de ritmo la brisa que corría en la calle Colombia. La luna prometía pachanga y sabrosura en una de las esquinas de la pintoresca parroquia San Blas. Nada hacía pensar que sería una velada parteaguas.

Con su prestancia colonial y su abolengo a cuestras, las casonas enclavadas en calles estrechas se mostraban aún con solera. Los buenos tiempos ya habían pasado, pero las viviendas permanecían de pie, contando historias añejas, en una empecinada lucha contra la decadencia. Allí abundaban las casas como la de los Rabanado, construidas a la vieja usanza, con patios interiores

abiertos al cielo, anchos muros de adobe, grandes ventanales de alféizar distinguido, techos de palma terminados en tejas rojas, garajes traseros amplios con portones de madera enormes y un largo zaguán que antecedió la puerta de la entrada principal, eran todos detalles que, pese al agotado aspecto de muchas de las residencias, certificaban el pedigrí de la zona.

La plaza La Glorieta lucía muy transitada, invitados y colados festejaban con estridencia un cumpleaños. A fin de cuentas, cualquier excusa era buena para drenar el estrés, más aún «puliendo la hebilla», una noche de sábado, ya pasadas las once. Prohibido el drama, prohibidas las historias amargas, las vicisitudes, los malos rollos y la escasez. Era el momento «de gozar un puyero», de bailar, «de cagarse de risa y de hablar paja». El generoso *pick up* de los Rabanedo daba todo lo que podía dar. La aguja saltaba cada tanto, pero no aguaba la fiesta. Los asistentes estaban embelesados, dispuestos a sacarle el jugo a cada minuto. Eran los quince años de Rosa Magdalena y la esquina de calle Colombia con Campo Elías lo celebraba en grande, indiferente ante la amenaza de lluvia anunciada por un cielo que iba extendiendo su manto gris, pero nadie parecía darle la menor importancia.

La negra Rosa Magdalena parecía un trompo, sus dientes blanquísimos relumbraban desafiando la penumbra de la sala comedor convertida en salón de baile. Sus hombros se batían en perfecta sincronía con cada compás. Su risa tronaba con entusiasmo y sus pies parecían flotar sobre aquel piso lustroso como espejo. Su cabello negro, alisado a la fuerza sobre la espalda, sus

pechos firmes, su cintura regia, sus piernas que se movían bajo el comando de sus caderas frenéticas, todo le otorgaba con exceso el brillo propio de las quinceañeras bien formadas. Manuel no paraba de bailotear, intentando no deslucir como pareja del torbellino de ritmo encarnado en la cumpleañera. Otras parejas de baile llenaban los rincones de la pista, pero eran solo eso, un relleno de comparsa que si acaso servía para dar un marco de lucidez a los movimientos de Rosa Magdalena.

Las nubes dejaban pasar algunos rayos de luna que atemperaban el ambiente. De pronto empezó a chispear, los hilos de luz se desvanecieron y los manchones de oscuridad avanzaron con lentitud, dejando caer un pesado y triste telón sobre la madrugada valenciana. Casi tan pesado y tan triste como lo que estaba por suceder.

Hacía ya más de seis años del fallecimiento de la esposa del Negro Secundino Rabanado. Un accidente en la autopista, bajando del Puerto, se había llevado a la negra María Antonieta, haciendo de Secundino el único sostén de hogar, responsable de pagar la comida, la renta y todos los servicios. En el accidente, la flamante Grand Wagoneer, apodada «la Vagonier» de los Rabanado, sufrió daños irreparables. Los restos de la camioneta fueron a parar justo frente a la casona. Secundino nunca quiso moverlos de allí, así que ese amasijo de metal se fue amalgamando al paisaje, hasta constituirse en un punto de referencia valioso, una pieza intocable que engalanaba con su dramática peculiaridad la calle Colombia de San Blas.

Los Rabanedo Camacho jamás habían pagado un recibo de luz en los años que llevaban viviendo alquilados en esa casona, se las habían ingeniado para robarse el servicio y habían aceptado a cambio la penitencia de reponer los tapones una y otra vez, a sabiendas de que el consumo era elevado, porque la parentela se fue extendiendo de manera implacable: primero una prima, luego una amiga con su hija, luego otra amiga con su esposo, luego un pariente lejano con su mujer y sus dos hijos, después otro supuesto amigo al que rentaban una habitación. La esposa de Secundino había ido poblando la casona de forma extra uterina con rapidez y sin reparo. Ella decía «esta casa es muy grande pa' tan poca gente». La negra María Antonieta siempre se salía con la suya, aunque nunca tuvo la certeza de haberle dado hijos a Secundino, y de pronto falleció, dejando a cada quien en sus respectivas habitaciones y a Secundino colgado a la promesa de encargarse de sus tres hijas y de albergar a la parentela postiza. El alma entusiasta del Negro Rabanedo poco a poco se fue congelando. Rosa Magdalena era la menor, la más negra, y sus hermanas morenas la cuidaban como un tesoro, por eso estaban alerta esa noche: Amelia y Mariana ya sabían el secreto.

En la casa de los Rabanedo todo parecía venir de hacía más de un siglo. Las paredes de adobe descascaradas, caídas a pedazos, los techos de palma soltando astillas y sosteniendo con flojera el peso muerto de filas simétricas de tejas, ya descoloridas. El largo zaguán que servía de preámbulo a la temblorosa puertecita de madera, que con su ventanita enmarcada

a nivel de los ojos, «defendía», con orgullo, el paso hacia el recibidor. Un solo baño para ese gentío, con su cortinita de plástico roída y su espejo roto. Un gallinero improvisado en un rincón del patio trasero, puesto allí sin orden ni concierto, al lado de un gigantesco árbol de guanábana que gobernaba el garaje en silencio. Una jaula palaciega de dos torretas de metal que reinaba en el ante patio, albergando tras sus despostilladas rejitas de alambre, dos turpiales y un arrendajo ciego. Los perros sin nombre que como fantasmas entraban y salían a su antojo. La cocina amplia y sin puertas, con la nevera en medio y sartenes negrecidos de tanto freír tajadas. El infalible radio al lado del mesón, sintonizado por siempre en Radio Rumbos, que transmitía todas las mañanas las aventuras de Martín Valiente y su inseparable compañero Frijolito. Todo daba cuenta de los años y más años que tenía la casona de los Rabanedo. Un lugar decadente, pero con encanto, con ese aire menoscabado, y a veces demencial, que en ocasiones dota de estilo a lo decrepito. Quizá porque hospedaba una comuna de personajes imposibles, o porque de tanto suceder cosas la vida pasaba como un soplo, pero en esa casona nadie hasta esa noche se había sentido solo. Después de todo, era un espacio doméstico, delirante, pero familiar, y donde cada día pasaba algo digno de contar, era como un ente vivo empeñado en no arrodillarse ante el canto de los gallos.

Esa noche de noviembre había que celebrar a lo grande. Ocho cajas de cerveza Polar, seis botellas de ron Pampero, diez botellones de Pepsi, tres bolsas de hielo, unos tequeños

que volaron, tres bandejas de bolitas de carne que dormían aún en la nevera y una botella de whisky escondida en el fondo de un escaparate, formaban parte esencial del homenaje. Lo demás fue invitar a un gentío, lavar las cortinas de la sala, barrer, pasar el coleteo, cera, pulidora y desempolvar la ruma de *long plays*. Eran los quince años de Rosa Magdalena y también la noche en la que Rosa huyó.

—Ha, ha, hace como fresco —le comentaba el Gaguito Martínez al Catire Juan Aníbal, ambos con una cervecita en la mano, viendo el «bonche» de la Rosa desde la calle de enfrente, figoneando por los ventanales los sucesos de la reunión, llevaban el registro de quien entraba y quien salía, mientras brindaban recostados de los restos de la Vagonier.

—Ojalá no llueva, porque la vaina está de pinga —sentenció el Catire Juan Aníbal con voz recia, clavando todo el penetrante azul de sus ojos en el cielo lento de la noche y detallando con la mirada la fachada de la casona.

—De, de, de pinga está Rosa. ¡Caballero, qué mujer! ¿Te, te, te acuerdas que era feíta y nadie le pa, pa, paraba bola? Mí, mí, mírala ahora. ¡Un mujerón!

—¡Qué pendejo fui!, ¿no? Mi mamá que la llamaba «negra fea», ¿te acuerdas cuando ella se empeñaba en enseñarme a bailar?; ¡y yo que no aprendí a bailar ni bolero!

—Ni, ni, ni que «jueras» el mejor bailarín, Catire. A esa mu, mu, muchacha la agarró Cara 'e cotufa hace unos meses y se, se, se convirtió en su sombra. La atiende como una reina y no, no, no la deja ir ni pa'l baño sola.

—Pero a mí se me hace que la Rosa lo vacila. Ella no lo quiere. Rosa se echa sus escapadas. ¡Yo la vi en estos días!, regresando del liceo. Se metió en el zaguán de doña Carmen y al rato salió: maquilladita, sin la franela caqui y sin la falda, con una camisita negra apretadita y un blue jean. —El tono de voz del Catire cambiaba cuando hablaba de Rosa—. Iba lista para la rumba. Andaba con Marianita. Supongo que Cara ‘e cotufa estaría en el trabajo. Lo cierto es que yo las vi a las dos. Salieron emperifolladas de casa de doña Carmen y se fueron caminando, como nerviosas, pero risa y risa. Agarraron rumbo al centro.

—¿Ve, ve, verdad? ¿Tú crees eso? —replicó el Gaguito Martínez con cara de confusión.

—¡Ahhh pues, señor! ¡¿Para qué te iba a inventar yo esa vaina?! —ripostó Juan Aníbal, moviendo la mano que sujetaba la cerveza—. Otra cosa es que quién sabe para dónde iban. Igual iban a misa, ¿pero como a las cinco de la tarde?, el jueves pasado, yo las vi. Andaban las dos disimulando. Sospechosas. Yo estaba comprando unos terminales allí donde el viejo Pío y vi que pasaron, me quedé callado, ellas no me vieron. Las fui siguiendo con la mirada un rato, y como apareció el malandrino este de José Emilio, me les pegué atrás... hecho el loco. —Los ojos del Catire se encendieron cuando recordó el momento en que aquel delincuente acechaba a Rosa—. ¿Porque tú sabes cómo es la vaina?, a mí ese malandrino no me gana lo mío. Cuando vi que entraron donde doña Carmen, y que el José Emilio pasó de largo, me quedé tranquilo y me



devolví. Compré los terminales y cuando iba de regreso para la casa, las vi otra vez. Salieron como un celaje. Arregladitas las condenadas. ¿Quién sabe para dónde irían? —Terminó diciendo Juan Aníbal, poniendo cara de análisis y mirando con nostalgia el horizonte.

—¡Tú, tú, tú si hablas mariqueras! —dijo el Gaguito Martínez con mirada retadora—. Esas mu, mu, muchachas son sanas. Esas no, no, no son mujeres de partí'a chico. Otra vaina es que tú sigas pe, pe, pendiente de Rosa.

En esa discusión estaban el Gaguito Martínez y el Caire Juan Aníbal, cuando se acercó Ramiro, con sigilo, queriendo sorprenderlos.

Ramiro Díaz, un personaje habilidoso de verbo fluido, flaco, alto, con lentes culo 'e botella, le estaba ahora echando los perros a Amelia, tras haber fracasado con Rosa Magdalena. Tenía ya muchos años estudiando ingeniería en la ilustre Universidad de Carabobo. Empezó con la intención de graduarse, pero con el transcurrir de los semestres fue entendiendo que su verdadera vocación era la política y que le era mucho más útil al partido estando dentro de la universidad, entonces cambió de objetivo. Se convirtió en «estudiante profesional» y ya con más de doce años dentro de la facultad, ejerciendo funciones políticas, no tenía las menores ganas de titularse. El partido le pagaba por organizar el movimiento interno en la universidad y con el carnet gozaba del medio pasaje y del comedor. Juan Aníbal lo llamaba «El Casi Ingeniero Díaz» cuando se lo encontraba en los pasillos de la facultad. Ramiro

ya se había convertido en una institución dentro de la institución y los estudiantes jóvenes lo respetaban.

—¡¿Qué cuentan señores?! ¿Por qué están tan arruma'os aquí? ¿No los invitaron? —Con estas preguntas, a modo de salutación, se incorporó Ramiro a la tertulia de Martínez y Juan Aníbal.

—Aquí chico, viendo los toros desde la barrera —dijo Juan Aníbal entrecerrando sus ojos azules y pasándose la mano por la cabellera rubia.

Juan Aníbal se codeaba con todos los especímenes de la zona, por el puro regocijo de estar en la manada, pero bastaba verlo de reajo para reconfirmar que era un ejemplar diferente. Su mirada, su porte, sus gestos y expresiones, dejaban claro que era un caballo de otro establo. Sus únicos compinches eran Manuel y el Gaguito Martínez. Se la pasaban jugando baloncesto, pelota 'e goma, cartas, ajedrez o dominó, discutiendo pendejadas y muertos de risa. Soñaban con cambiar el mundo en medio de sus conversadas borracheras de fines de semana. Eran muchachos sanos. Fueron criados desde muy pequeños en el barrio, lo que les otorgaba visa de inmunidad ante los malvivientes dueños del lugar. Manuel y Juan Aníbal fueron un caso especial dentro de aquella ensalada de dificultades en la que se había ido convirtiendo el barrio de San Blas, pese a la sorpresa de mucha gente, ambos consiguieron un cupo universitario, lo que les abrió las puertas de la ilustre Universidad de Carabobo. La noticia se difundió como pólvora, y no faltó la vieja agorera que dijera:

«entrar es fácil, lo difícil es graduarse». El Gaguito no tuvo la misma suerte, ayudaba a su papá en el taller mecánico, cortaba monte y pintaba casas.

—¿Puro tomá caña?! —Les reclamó Ramiro al Gaguito y a Juan Aníbal—. ¡En esta vida hay que mover algo más que el codo, compañeros!, ¿a ustedes como que no los bailaron de chiquitos? Vamos pa' allá a ve' cómo está eso. Tú quédate, Gaguito, tú no tienes vida, eres un vago profesional. Pero tú, Juan Aníbal, eres un universitario, chico, un futuro ingeniero. Un hombre inteligente que tiene que aprender a codearse con la gente y a disfrutar el momento, porque te digo algo: el tiempo pasa y no espera por nadie.

Juan Aníbal se quedó mirando la expresión de profeta en la cara de Ramiro. Se tomó un trago y le dijo:

—Déjame aquí tranquilo con mi cervecita, Ramiro. Te prometo que otro día me como el mundo.

—Eso espero, porque si no te lo comes tú, ¿quién en este barrio de mierda va a dar la cara? —Ramiro hablaba con la determinación de quien se cree visionario—. Además esta noche hay que aprovechá', que esto no es to'os los días. Tengo años conociendo al Negro Rabanado y no mea pa' que la tierra no chupe. Así que esta es la ocasión pa' quitarle el invicto y arrancarle un par de cervecitas de a gratis.

—Si quieres anda tú. Después nos cuentas. Nosotros vamos a estar aquí. —La voz de Juan Aníbal sonó concluyente.

—Ustedes se lo pierden. —Con esa frase el Casi Ingeniero Díaz dio por terminada la disertación y siguió rumbo

a la casona de los Rabanedo. De haber sabido lo que estaba a punto de suceder, hubiese preferido haberse quedado recostado a los restos de la Vagonier, perdiendo el tiempo con el Gaguito y Juan Aníbal.

Ramiro llegó a la casona. Entró saludando a todo mundo y pasó hasta la cocina. Empezó a llover con fuerza. El espacio de pronto se hizo insuficiente. Había entrado un gentío buscando guarecerse. La pista de baile se atestó, el agua entró por los ventanales y se formaron varios charcos. Amelia no encontró el escurridor, trajo entonces una escoba para secar un poco el piso. De pronto Ramiro la sacó a bailar, la forzó a dar unos cuantos pasos de baile con la escoba en la mano. Amelia lo disfrutaba, pero ponía cara seria, estaba molesta con Ramiro, así que se lo quitó de encima por puro orgullo. Pasada las doce de la noche apareció la vieja Magali, borracha, armando un escándalo y se puso a echar un pie con todo el que se dejaba. Ramiro la bailó, pero, al poco rato, se las arregló para dejarla con Secundino. El Casi Ingeniero Díaz deambulaba entre la pista y la cocina, tomando y comiendo, hasta que vio a Cara ‘e cotufa pasar rumbo al baño y estando ya con cuatro palos de ron encima, se le ocurrió la pésima idea de ir a sacar a bailar a Rosa Magdalena. La quinceañera se negó.

—Estoy cansada —le dijo con sequedad, poniendo una mano en la pronunciada curva de su cintura y arrugando con el gesto la perfección de su nariz.

Las canciones de Bonny Cepeda y Wilfrido Vargas se apoderaban del ambiente. El implacable *pick up* Panasonic,

aguja de zafiro, arrancaba con nitidez el ritmo de cada uno de los «elepés», que a treinta y tres «erre pe emes», iban desfilando por su plato. Era el aparato consentido de Secundino y se perfilaba como el héroe de la noche.

Ramiro insistió y arrastró a la quinceañera a la pista, su brazo casi secuestraba la cintura de Rosa, cuando esta se zafó, justo en el instante en que Cara ‘e cotufa hacía acto de presencia. La canción: «La vaca vieja» iniciaba su compás, invitando a todos a bailar al son de La Billo’s Caracas Boys. Se oía el pegajoso estribillo.

—«¡Ayyyyyy! que la vaca vieja está... es la vaca vieja... arriba vaca vieja que te traje leche pa’ tomá’...».

De pronto Ramiro saltó como un corcho, patinó y cayó largo a largo sobre la pista, moviendo la mesita del *pick up*. La aguja trastabilló, y quedó empeñada en repetir una frase: «... es la vaca vieja..., es la vaca vieja..., es la vaca vieja...». La gritería se mezcló con risas por lo bajito. Cara ‘e cotufa se había acercado a Ramiro con discreción, hasta tenerlo a tiro, allí le lanzó un primer golpe y lo falló. Ramiro esquivó el zarpazo, pegando un brinco muy aparatoso, aterrizó en un charco y resbaló. Cara ‘e cotufa se disponía a rematarlo a patadas en el piso, en medio de los gritos y de la letanía del *pick up*, cuya aguja parecía presa del pánico, repitiendo sin parar: «eslavacavieja... eslavacavieja... eslavacavieja». El cielo se caía a pedazos. Un trueno estalló rotundo iluminando la noche. Fueron dos grandulones a detener a Cara ‘e cotufa, mientras el viejo Secundino se escabullía buscando a Rosa Magdalena,

la encontró y le estampó una cachetada que retumbó como otro trueno. Secundino entonces se le fue encima a Rosa, y Mariana se le colgó del brazo, el Negro se sacudió con violencia, haciendo salir a Mariana disparada. Entre tanto, uno de los grandulones le estrellaba un trancazo en el estómago a Cara 'e cotufa, quien encajó el golpe con firmeza y le devolvió un recto de derecha entre ceja y ceja. A todas estas, Secundino ya había recibido un bandejazo en la cabeza. Las bolitas de carne rodaron por el piso encharcado. Ramiro se puso en pie como pudo y buscaba a Cara 'e cotufa, cuando de la nada recibió un gancho al hígado que lo retornó doblado de vuelta al suelo. Secundino ya se había armado con la escoba y amenazaba a los presentes. En medio de la sampablera estalló otro trueno y se oyó un chispazo. La oscuridad se adueñó de todo. El *pick up* calló y una voz de mujer soltó el gañote:

—¡Coño 'e la madre! ¡Ya saltaron otra vez los tapones!  
—Y con ese grito destemplado se puso fin a la trifulca.

Habiendo calmado los ánimos, los asistentes se dedicaron a platicar sumidos en la oscuridad. Fue entonces cuando decidieron que era el momento de cantar el cumpleaños feliz, así que hizo su aparición el pastel, con sus quince velitas encendidas, y todos los presentes entonaron el «ay que noche tan preciosa...», mientras el bizcocho decorado con fondant caminaba radiante, como flotando en la penumbra. Manuel se esforzaba por cambiar los tapones, alumbrado por un yesquero, a riesgo inminente de caer electrocutado. Todos esperaban la voz de Rosa Magdalena.

—¡Rosa!, ¡Rosa! —gritaban las amigas. Pero Rosa no aparecía.

De pronto la luz volvió.

—¡Rosa!, ¡Rosa! —gritaron las hermanas. Pero no hubo respuesta.

Al minuto se oyó otro chispazo y los tapones volvieron a saltar, dejando todo nuevamente a oscuras.

—¿Y Rosa? —preguntó Secundino a los presentes. Ante el silencio salió a la calle azorado, se acercó a la Vagonier, donde seguían instalados el Gaguito Martínez y Juan Aníbal, cubriéndose con un periódico del aguacero.

—¡No han visto a Rosa?! —Inquirió Secundino con tono desencajado. Mientras, dentro de la casona se apagaban las quince velitas, sin noticias de la quinceañera.

El pastel, sin Rosa, fue indultado. Nadie lo tocó.

Tan pronto Secundino dio media vuelta, para volver a la casona cabizbajo, Juan Aníbal salió disparado, sin mucho preámbulo, iba solapado en medio de la oscurana. Enarbolando el periódico, sin importarle el haber dejado al Gaguito Martínez a la intemperie. El Catire avanzaba subiendo por la calle Campo Elías con dirección a la casa de doña Carmen, no obstante, al pasar por el garaje de los Rabanedo, ubicado en la parte posterior de la casona, vio el portón entreabierto. Se acercó. Entró. Mariana surgió como una sombra morena y lo tomó del brazo, sorprendiéndolo.

—¡Déjala en paz! ¡Deja que haga su vida! —le dijo con firmeza. Su vestido blanco lucía hermoso, la tela se adhería

a sus curvas mojadas bajo la luz de la luna, y la cara de fiera despeinada le acentuaba los encantos.

—¡Suéltame, pendeja! —le contestó Juan Aníbal, mientras le retiraba el brazo.

—A ella ya no le importas, no quiere saber nada de ti, ¿no lo puedes entender? —Mariana azotaba con frases hirientes a un Juan Aníbal paralizado por la confusión y la borrachera.

El Catire no lograba deshacer el agarre de Mariana, que le hundía las uñas en el brazo. Sin pensarlo la empujó, la sacudió una y otra vez, hasta dejarla tendida en el suelo. No supo lo que hizo, retrocedió en silencio y se alejó. Mariana había ejercido su rol de escudera a la perfección.

Entre tanto se oyó un estallido dentro de la oscuridad de la casona. Aquello sonó como un cañonazo. Gritos. Luego una quietud maciza se instaló en la noche. La brisa se detuvo. El *pick up* enmudeció. Los titubeantes rayos de luna se abrieron paso aluzando a un hombre ensangrentado. Estaba tirado en el piso del improvisado salón de baile, yaciendo sin vida ante los ojos incrédulos de todos los asistentes.





**II**



## Las volteretas del reencuentro

*Dieciséis años después.*

UN IMPACTANTE Y nuevo Ford Mustang, modelo 1996, pasaba por la calle Colombia. La noche de San Blas tejía su encanto colonial. La nostalgia lo fue atrapando y se detuvo con indecisión y lentitud. Estacionó su auto deportivo a unos seis o siete metros de la esquina de calle Colombia con Campo Elías y se mantuvo en silencio dentro del coche, viendo a lo lejos la casona de los Rabanedo Camacho. Estuvo allí un rato eterno. De pronto la puerta se abrió, dando paso a una mecedora, detrás salió el Negro Secundino. Una versión inconfundible, pero ya bastante canosa y venida a menos, con apenas vestigios de lo que en otros tiempos fuese el Negro Rabanedo: *cácher* estelar de los Guerreros de Los Guayos. Entonces el auto deportivo avanzó, los cristales se abrieron y el conductor sacó la cabeza por la ventana.

—¡Hola, Negro! —dijo Juan Aníbal, con afecto. El saludo cortó el aire y la noche se trancó por un momento.

Secundino alzó la mirada.

—¿Por fin viniste, Catire?! —Con esa pregunta sencilla el Negro Rabanado intentaba exorcizar la expresión de su interlocutor.

Juan Aníbal se estacionó frente a la casona, bajó del auto con prisa y abrazó al Negro. Secundino dijo muchas cosas con la mirada y el gesto. Después habló:

—Tengo una botella ‘e whisky escondida hace más ‘e quince años, esperando a que aparecieras —dijo el Negro con tono de complicidad.

—¿Mira tú! Pues justo por eso vine. A tomar un turno al bate contigo. ¿Y qué estamos esperando? —contestó Juan Aníbal esbozando por fin una sonrisa y colocándose en posición de bateo. La estampa de atleta de aquel joven alto y rubio, hizo que el Negro Rabanado recordase los tiempos en los que el béisbol era su pasión.

Secundino volvió a entrar en la casona, al rato salió con un banquito y lo puso al lado de la mecedora. Miró a Juan Aníbal como quien mira un objeto de veneración.

—Ya vengo —dijo y volvió a entrar.

En menos de un minuto salió.

En una mano llevaba dos vasos de vidrio mal lavados, y en la otra una botella polvorienta y una bolsita de plástico llena de cubitos de hielo. Echó algunos cubitos en los vasos y sirvió dos tragos, mientras el visitante se acomodaba en el banquito.

—¿Supiste que el papá del Gago Martínez estuvo grave? —preguntó Secundino, buscando tema de conversación.

La boca le temblaba un poco, pero no era un temblor de miedo, trataba de disimularlo, pero muy en el fondo temía este reencuentro con el Catire—. Le dio un pre infarto —añadió y arrugó el gesto.

—Me enteré ayer. Me jodió la noticia. —Juan Aníbal estudiaba cada expresión en la cara del Negro, esperaba el momento oportuno para por fin abordar ese asunto que lo había tenido por tantos años sumido en la incertidumbre—. Apenas hace un mes que llegué, y no he tenido tiempo de visitar a nadie por aquí. ¿Un pre infarto?, ¡qué vaina, Negro!, y yo que pensé que el papá del Gago estaba sano y resulta que la está contando de milagro, ese señor es una joya, es una persona tan educada y decente; y de los pocos mecánicos buenos que quedan por aquí. Un gran tipo, ¡don Teodoro Martínez!

—¡Un gran tipo, sin duda! —exclamó Secundino.

—¡Como pasa el tiempo, Negro!, ya tenía muchos años sin venir al país, desde que conseguí la beca y me fui a hacer la maestría. ¿Supiste que me gradué y conseguí una beca para hacer la maestría en el extranjero? —La inexpresiva cara del Negro Rabanado no daba lugar a ahondar en ningún tema; sin embargo, el Catire lo ignoró—. Después ya no quise saber más nada de estos rumbos —dijo Juan Aníbal, barriendo el cielo con la mirada, para luego quedar mirando al suelo. Hizo otra pausa y prosiguió —. ¡Salud, viejo, por San Blas!

—¡Salú! ¡Por cómo pasa el tiempo, chico! —dijo Secundino con las pupilas dilatadas y vidriosas—. Es curioso, pero «estos rumbos», como tú los llamas, te atrapan, Catire,

estos rumbos te amarran y no te dejan ir. To'os los que dicen que se van, al rato vuelven, unos más tarde que otros, pero to'os vuelven. ¿Supiste que Manuelito también se graduó?... El muy paju'o, en luga' e trabajá' e ingeniero, montó una zapatería. ¡¿Tú has visto, semejante locura?!, ¡¿tanto estudiá' pa' eso, chico?! —Secundino batió los hielos dentro del vaso y se llevó a la boca un trago largo para acompañar la frase.

—Jeje —rio con voz baja Juan Aníbal—. Quizá por eso cuentan que por aquí hay mucho ingeniero vendiendo chicha. Sacan el título por puro trámite, viejo, nunca pensaron en ejercer, quizá necesitan un papel que diga que invirtieron su tiempo en algo útil, pero «¿ingeniero en zapatería?», eso no lo había visto yo. —Juan Aníbal se quedó meditando un rato en lo que acababa de decir, recordó que Manuel fue siempre un gran amigo, un hombre disciplinado, pero sin madera para el estrés asesino que se vive en las grandes corporaciones, fue también un muy buen estudiante, lo que no le alcanzó para abrirse camino, prosperar nunca había sido fácil, y en esos tiempos menos, pensó, luego añadió—: ¡tanto quemarse las pestañas!, ¡tanto joderse!, para terminar de «ingeniero en zapatería», remendando suelas y cambiando tapitas. ¡Qué vaina! —Sacudió la cabeza y se echó un trago largo que lo regañó.

Un paréntesis de silencio se abrió en el reencuentro, de pronto Juan Aníbal soltó la pregunta, sin pensarlo mucho:

—¿Y qué es de la vida de Rosa? —Era la pregunta que había querido hacer desde un principio. Un sonido de latigazo

estremeció la noche y el Catire se echó un trago todavía más largo que el anterior.

—Marianita se «jue» a vivi' a Caracas —replicó el Negro Rabanado, eludiendo la pregunta que quedó en el aire—. Tú sabes que ella también estuvo bastante mal... Ella se «jue» de aquí a hacé' su vida, chico. Aunque dígame eso, muda'se de aquí, pa' los cerros 'e Caracas: ¿a quién se le ocurre esa vaina? —lo dijo y se quedó moviendo la cabeza de un lado a otro, luego completó la idea—. Definitivamente, las mujeres cuando quieren a un hombre lo persiguen hasta el fin del mundo. — Luego vio al Catire y rectificó—: bueno..., algunas. Marianita cada tanto viene por ahí, trae cosas y pasa saludando. Tú sabes que ella siempre ha ayudado mucho en el barrio.

—Gracias a Dios está bien entonces —dijo Juan Aníbal—. Aunque vivir en los cerros de Caracas no debe ser fácil. ¡Sus razones tendrá! A veces hay que huir, viejo. A veces hay que salir corriendo, no importa a dónde, hay que salir corriendo sin dudar. A veces uno lo que quiere es olvidarse de todo, Negro, olvidarse de uno mismo, empezar de nuevo, re-inventarse. ¿Tú nunca has sentido eso alguna vez? —La pregunta sembró una expresión nostálgica en la cara del Negro Rabanado—. Cuando vea a Amelia y a Mariana, saludelas de mi parte. —Juan Aníbal se tomó otro trago, pero ahora corto. Luego insistió—. Mire, ¿y qué es de la vida de Rosa?

—Amelia vive aquí, allí adentro está en la cocina. —El Negro evadió la pregunta de nuevo, pero una puntada en el corazón le indicó que era el momento de decir algo más acerca



de Rosa Magdalena; sin embargo, siguió hablando de Amelia—. No es porque sea mi hija, pero Amelia «ejuna» mujer trabaja'ora, chico. Una rolo 'e mujer. Tiene un hijo, y ha echado pa'lante... y Rosa también tuvo una hija...

El Negro Rabanado hizo una pausa larga para evaluar el rostro del Catire ante aquella revelación, no sabía cómo decirle que Rosa había tenido una hija. Observó la expresión en el rostro de Juan Aníbal y prosiguió:

—El año pasa'ò me trajeron un álbum, con las fotos 'e los quince años 'e mi nietecita. ¿Tú sabes que Rosa se «jue» a Puerto Ordaz? ¿Tú te acuerdas que desapareció por varios días y después nos enteramos que se había ido a Ciudad Bolívar?... Pues de allí brincó a Puerto Ordaz, preñá' y sola. —La voz de Secundino ganó énfasis en la frase que acababa de pronunciar—. Rosa y yo hablamos, y arreglamos nuestros temas, y ella se la pasa invitándome, pero en to'os estos años me he negado a i' pa' allá, Catire.

—¿Y eso? —preguntó Juan Aníbal, frunciendo el ceño, pero poniendo toda su atención en cada una de las palabras del Negro.

—¿Tú sabes lo qué es, que en más 'e quince años, ni una visita, chico?, ¿qué vaina es esa, vale?, ¡tiene uno que i' pa' allá a juró!, porque ella no quiere veni' pa' acá. El viejo e' «juno», esa vaina no me parece justa, no consideran a uno, chico. De paso, querían que arreglara la Vagonier: ¡imagínate tú! —La voz del Negro Rabanado tomó vuelo, y por un instante fue la misma de cuando era joven. Juan Aníbal

sonreía con chispas en la mirada, aunque por dentro seguía intrigado, queriendo descifrar lo que había hecho Rosa—. Querían que me «juera» manejando hasta allá: ¿tú has visto?! No tanto por la manejá', sino por cree' que la Vagonier tenía arreglo. En la vida lo que no se usa se descompone, y a veces «juno» trabaja y trabaja pa' terminá' comprando cachivaches, que al rato se da cuenta que no son pa' uno. Es así, uno compra vainas caras sin pensa'lo mucho, uno cree que por llegá' a darse ciertos lujos uno va a sé' feliz; y después resulta que uno lo que anda es más preocupa'lo, porque los lujos hay que cuida'los demasia'lo, y generan envidia, mi hermano —Juan Aníbal asintió con la cabeza, como dando a entender que coincidía con los pensamientos del Negro, pero en realidad lo hacía para animarlo a seguir hablando—. Muchas veces, Catire, por más que uno nada y nada... termina uno en la misma orilla, y es lo mejor... porque si nada más allá, te ahogas; y si es así, ¿pa' que tanto pe'lo y tanta lucha? Eso sí, mi nietecita sacó la misma sonrisa 'e Rosa. El mismo pelo negrito, los dientes parejitos, la nariz fina y la cinturita estrechita, igualita a Rosa a su edad. Mi nietecita cumplió quince este año. —Después de estas palabras la noche se instaló en los ojos del Catire, su mente empezó a divagar y algunas imágenes del pasado llegaron a su memoria.

—¿Y cuántas nietas tienes, viejo? —preguntó Juan Aníbal con cierta cautela.

—Esa na' más y un varoncito. El hijo de Amelia. ¡Feo el carajito! ¡No sé a quién salió! Por ahí anda —dijo el Negro

Rabanedo con aires de gran veracidad, mientras Juan Aníbal abría los ojos y contenía la risa para no escupir el trago.

«Yo aquí haciendo dramas con el pasado y para el Negro todo es un gran chiste», pensó el Catire.

—¿Entonces es muy feo el carajito, tu nietecito? —preguntó Juan Aníbal con guasa.

—El que es feo es feo, Catire, no hay pa' que adorna'lo. ¿Tú sabes que Amelia tuvo un aborto antes 'e tené' a ese carajito, a Walter Omar? Yo siempre le digo que abortó al buenmozo, y que el que tuvo le salió como le salió. —Juan Aníbal seguía conteniendo la risa. La mano de Secundino temblaba sujetando el trago, y los hielos sonaban a cada rato—. Aquí vive ella con su hijo y montó una peluquería en el garaje; el oficio lo heredó 'e la mamá, y bueno, ¿pa' qué garaje, si no hay carro? De eso vivimos en parte, entre lo que da la peluquería, y de lo que de «vejen» cuando nos manda Marianita, porque en la Good Year me trataron muy bien, pero al final me botaron «pal» coño, y con lo que me dieron me compré una lavadora, no alcanzó pa' mucho, pero ahí voy, conseguí un trabajito 'e vigilante en la escuela Fermín Toro y de vez en cuando ayudo al viejo Martínez en el taller.

Secundino se quedó meditando, parecía calcular el tono de su próximo comentario. Juan Aníbal lo interrumpió en sus cavilaciones.

—¿Y el papá del carajito?

—El papá del que abortó ese si era un buen tipo, pero el papá de Walter Omarcito, ese «e'jun» bandido, chico. Amelia

tuvo ese carajito con un hombre que todavía no sé 'e dónde lo sacó. No me acuerdo ni «cómoje» llamaba —contestó Secundino con el vaso de whisky a orillas de los labios—. Yo nunca estuve 'e «acuejdo» con ese casorio a lo loco, 'e la noche a la mañana. Porque Amelia estaría preñá', chico, pero pa' casase con una mujer hay que quere'la, ¿no «ejasí»?

El Catire asintió con la cabeza, mientras buscaba el sentido de los pensamientos del Negro Rabanedo. Por un momento pensó en Rosa Magdalena. Luego preguntó:

—¿Y qué pasó entonces?

—¡Pues nada extraño! ¡Al final yo tuve la razón! El vagabundo ese salió un domingo, chico, plancha'ito y almidona'o, dijo que dizque iba a comprá' cigarros... ¡Y no volvió más nunca! No sé si por fin firmaron el divorcio, con eso te digo todo. Y el carajito lleva el apellido del loco ese. —Secundino hablaba mirando al horizonte y la luz dejaba ver su cabello plateado y su cara surcada de arrugas—. Tú sabes cómo son las mujeres, cuando son pendejas y quieren homenajear a un hombre, enseguí'a quieren que les pongan el apellido, como si eso sirviera pa' algo: Walter Omar Valderrama, se llama el carajito... ¡Hazme tú el favor! ¿Y los Rabanedo Camacho?, ¿dónde quedamos? Pero bueno, ella le echa bolas, también hace comidas, atiende la peluquería, y se ocupa 'e la casa. Esa e' «juna» muje' echá' pa' lante, con sus locuras, como todo el mundo.

—Todos tenemos un toque de locura, Negro —dijo Juan Aníbal.

—Y algunas tienen un toque, pero de cordura, Catire. Yo he llega'ò a pensa' que la obsesión de Amelia «ejun» día de estos se' la dueña 'e esta casa «er» coño, y además consegu' el supuesto entierro que hay en el patio. —La barba blanca del Negro Rabanado parecía relumbrar por momentos—. ¿Tú sabes que dicen que en algunas de estas casas viejas 'e San Blas hay joyas y monedas de oro enterrá's. Hubo una época en la que Amelia «jela» pasaba abriendo huecos en ese patio «er» coño. —Juan Aníbal soltó la risa. Secundino se quedó otra vez pensativo, como reflexionando en lo que acababa de decir.

—¿De qué te ríes? —preguntó el Negro.

—Me acordé de una vaina, pero hace muchos años de eso. —Juan Aníbal se entretuvo un momento, pensando en aquel árbol de guanábana. Luego dio un giro a la conversación, buscando oxigenar las ideas—: ¿Y la señora Magaly, la dueña de la casa? No le han preguntado a ella por el entierro. —Juan Aníbal sonreía, incluso parecía haberse relajado un poco.

—¿No supiste que la dueña 'e la casa falleció? —preguntó el Negro, y sin esperar contestación alguna prosiguió, dando uso a ese manido ardid de la conversación caribeña, según el cual se pregunta algo sin intención de que sea respondido con palabras, solo para retar por un instante al interlocutor con la mirada, evaluar la expresión del rostro y, sin pausa, atropellar al otro con la respuesta, argumentando detalles confirmatorios—. Sí vale, sí vale, la vieja Magali murió en su ley, se la llevó el aguardiente. ¡Que Dios la tenga en su gloria!, y los «coñotes» 'e los hijos han intenta'ò sacarnos varias

veces 'e aquí. Pero qué va, chico, ¡al inocente lo protege Dios! Ha sido un pe'ò tras otro, un pe'ò tras otro y aquí seguimos, al pie del cañón, al parecé' nadie sabe dónde están los dichosos papeles de la casa.

—¡Coño viejo! Yo no te imagino a ti en otra casa.

—Ni yo.

—¡Salud, viejo, por el pasado que no vuelve!

—¡Salud, ingeniero... Por los que vuelven del pasado!

El sonido de los vasos de vidrio fue la antesala de un nuevo contexto en la conversación, como si estuvieran sellando una tregua, aunque ninguno había querido aún jugar sus verdaderas cartas.

—¡Y así que tienes una nietecita y un nieto! —comentó Juan Aníbal y le tocó el hombro a Secundino al concluir la frase, después entrelazó las manos y, poniendo cara de reportero, dio otro giro a la conversa—. Una es la hija de Rosa y el otro hijo de Amelia, ¿y Marianita nunca se casó? —preguntó con analítica inquietud.

—No sé, chico. Estaba viviendo con un hombre, de eso sí me enteré —contestó Secundino, cambiando la entonación y quedando en silencio, con el semblante agrio y los ojos extraviados. Juan Aníbal se percató de la incomodidad que ese tema generaba y ante la actitud del Negro ofreció otro camino a la conversación.

—¿Todavía tienes el *pick up* Panasonic? —interrogó Juan Aníbal, buscando opciones temáticas, en un intento por no perder la sintonía de intimidad que le otorgaba Secundino.

—Esa vaina to'avía suena, ¿increíble no? Esa vaina e' «jun» milagro tecnológico. En estos días lo puse y estuvimos oyendo discos y jugando dominó. Espérate aquí.

Secundino entró de nuevo a la casona y encendió el *pick up*. Metió la mano en la ruma de elepés y sonrió frente a la carátula que el azar le puso a la vista. Activó el plato, colocó el *long play* y dejó caer el brazo con suavidad sobre el borde del disco. La aguja de zafiro empezó a hacer su oficio y la Billo's Caracas Boys fue inundando el aire de la noche. Volvió a la mecedora, con lentitud. El Catire estaba mirando el cielo, como contando estrellas, de pronto se percató que el viejo había regresado y disparó a boca jarro:

—¿Y la Vagonier?

—Ese «jue» otro milagro, chico. Hace como dos semanas desperté y ya no estaba. Alguien que se apiadó, porque esa vaina se estaba derritiendo con el sol y los años. Se la «jueron» llevando por piezas, ya ni como mesa la usaban. Un día salí y no estaba, eso fue no hace mucho, no sé quién se habrá lleva'o esa vaina, pero «haiga» sido, quién «haiga» sido, le doy las gracias. —Juan Aníbal sonrió para sus adentros al escuchar eso.

—¡Coño viejo!, ¡la casona sigue en pie! ¡Igualita!, con la fachada intacta, con sus ventanales con reja y el zaguancito. ¡Otro milagro más!

—Jejeje —rio Secundino—. La casa sigue en pie, pero el milagro má' «jarrecho» 'e to'os los milagros, no es ninguno de esos. —Secundino se echó otro palo seco y largo. Aquel whisky

viejo le supo a gloria. Llevaba rato buscando el momento para soltarle el anzuelo correcto al Catire, así que se mojó la garganta buscando tono para enfatizar la próxima frase—. El milagro má' «jarrecho» son los ojitos de mi nietecita... los ojitos de mi nietecita son bellos, chico: ¡azulitos como el cielo!

El Catire Juan Aníbal lo miró impávido, confundido, como quien estando vivo deja que el alma le abandone el cuerpo. De hecho, Juan Aníbal murió por tres segundos, luego resucitó. Quedó paralizado, pensativo. Se sacudió y de un solo sorbo se clavó el whisky dejando el vaso vacío. No le supo a gloria. Las pupilas se le dilataron. Quedó en silencio. Luego extendió la mano, pidiendo otro trago. Volvió a tomárselo de un sorbo... caliente y sin respirar.

—¿Qué pasó, Catire? —preguntó el Negro Rabanedo, haciéndose el inocente.

Juan Aníbal miró al cielo un instante, luego comentó con desasosiego, evadiendo la mirada de Secundino:

—¿No tienes una foto?, ¡muéstrame una foto de tu nieta, por favor!

Dominó un rato el silencio. Secundino hurgaba en la cartera, con una sonrisa maliciosa, hasta que dijo con una lentitud sepulcral:

—No tengo, chico. —Mientras tanto, el *pick up* aprovechó para tomar por asalto la noche con otra canción.

«... Ayyy que la vaca vieja está, es la vaca vieja, arriba vaca vieja que te traigo leche pa' bebé', es la vaca vieja, arriba mi vaquita que te traigo leche pa' tomá' ...».



La botella de whisky escondida durante más de quince años, estaba ya a medias, Juan Aníbal miraba con semblante serio a Secundino. Lo analizaba. Lo observaba con detenimiento sin decir palabra. Terminó por aceptar, con reservas, que no habría más referencias acerca de Rosa Magdalena, al menos no por esa noche. El Negro Rabanado se acababa de percatar que no tenía ni una foto de su nieta en la billetera.

«Este viejo coño ‘e madre», pensaba Juan Aníbal, adivinando, viendo a Secundino sonreír, intuía que el Negro le estaba echando vaina, pensaba que de alguna manera lo estaba jodiendo. Al final decidió que le había mentido acerca del color de ojos de su nieta. Pero Secundino lo observaba, con cierta guasa, viendo cómo se iba resquebrajando la sonrisa en la cara del Catire.

El Negro ya casi había olvidado como se usaba una carcajada; sin embargo, emitió una de manera visceral, una carcajada nerviosa y estridente. Ambos ya habían tomado demasiado. Juan Aníbal se le quedó mirando con fijación y lo retó:

—¡A ver, Negro!, ya que no me vas a hablar más de Rosa, hablemos entonces de béisbol: —Secundino soltó otra carcajada y parpadeó varias veces.

—¡Ay, Catire, eso ya «jue»!, ahora to’o son esta’ísticas y estrategias; ¿y qué sé yo ‘e números, Catire?, aquí el ingeniero e’ «justé».

Así siguieron Secundino y Juan Aníbal, repasando el anecdotario. La conversa se hizo larga; no obstante, de lo sucedido la noche de los quince años de Rosa no hablaron.

Nadie mencionó aquel disparo infame que manchó de sangre el suelo, en medio de la penumbra de aquel improvisado salón de baile sin quinceañera. Aquella lluviosa noche de noviembre. Nadie contaba ya esa historia. Nadie se comió aquel pastel. Nadie volvió a usar aquella escoba. El arrendajo ciego había muerto y los turpiales también, la jaula estaba vacía. Los perros seguían entrando y saliendo como fantasmas. Las paredes de adobe se seguían descascarando. El tiempo hizo lo que mejor saber hacer: limpiar la memoria hasta que los recuerdos parezcan ajenos. La casona de los Rabanedo Camacho seguía en pie, atesorando historias, inventariando proezas, inmunizada al pago del servicio de luz. El esqueleto de la Vagonier había desaparecido. La botella de whisky, escondida durante más de quince años, estaba a punto de consumirse. Juan Aníbal seguía confundido, esbozando una sonrisa tonta, sin decir palabra. Siguió la conversa y el Catire volvió a pensar: «Este viejo coño ‘e madre», luego se sacudió la borrachera y dijo con determinación:

—¿Y en qué parte de Puerto Ordaz vive Rosa?

Secundino se quedó inerte ante la fuerza empleada por Juan Aníbal en elaborar la pregunta, luego a modo de respuesta sonrió, retando de frente la mirada azul del Catire, mientras la aguja de zafiro del *pick up* seguía trabajando, dando vida a la impecable voz del «Sonero del mundo»:

«... En el cachumbambé, en el cachumbamba, merengue para a'lante, merengue para atrás... En el

cachumbambé, en el cachumbamba, merengue para a'lante, merengue para atrás... El sol se quedó dormido, cansado de trabajar, la luna se ha puesto linda, parece que va a gozar...».

La pregunta había quedado en el aire y Juan Aníbal insistió para sacar al Negro de su mutismo:

—¿Y entonces, Negro? ¿No me vas a decir dónde vive Rosa?, ¿en qué parte de Puerto Ordaz vive?

El Negro Rabanado, ya muy afectado por el alcohol, alzó la mirada al horizonte, e imponiendo a su lengua un tono de fingida sobriedad, dijo de manera mecánica, tropezando en cada frase:

—Ya le 'ije, Catire, ya le 'ije... ¡¿Qué sé yo 'e números?!, ¿qué sé yo 'e esta'ísticas y estrategias? , ¡¿qué sé yo 'e la vida 'e las hijas mías, si ni de la mía sé mucho?! Aquí el ingeniero e' «justé», Catire. El ingeniero e' «justé». Así que «Justé» quiere sabé', pues búsquele...

Mientras, el gran éxito del «Sonero del mundo» se apoderaba del ambiente:

—«... En el cachumbambé... En el cachumbamba... Merengue para a'lante, merengue para atrás... En el cachumbambé... En el cachumbamba... Merengue para a'lante, merengue para atrás».

**III**



## La Vagonier

CUANDO EL NEGRO Secundino apareció montado en aquella camioneta, San Blas entero puso toda su atención en el acontecimiento. La inusual llegada de aquel portento de ingeniería automotriz apartó a todo el barrio de sus ocupaciones domingueras. La negra María Antonieta lo vio desde el ventanal, se restregó los ojos, alzó los brazos y gritó:

—¡Mi amor, qué belleza!

Nadie sabía si se estaba refiriendo al Negro o a la camioneta, pero para ningún vecino el suceso fue indiferente, todos habían salido con urgencia y desparpajo a certificar la noticia. Secundino andaba radiante, un poco exaltado. Las casonas viejas y desvencijadas de la calle Colombia abrieron de par en par sus ventanales oxidados. El Negro estacionó la nueva Grand Wagoneer, modelo 1974, justo frente a la residencia de los Rabanedo Camacho, en la mera esquina de calle Colombia con Campo Elías, y esperó, con la radio encendida, a que María Antonieta saliera a posarse al lado de la reluciente novedad. Sonaba la emisora Radio América, la

onda de la alegría, ocho noventa, dejando oír a gran volumen una canción lenta y bonita, que prometía ser un éxito:

«... y me quedo mirándote a ti, encontrándote tantos motivos...».

Secundino desmontó de la camioneta con parsimonia, alzando unos papeles y señalando con la mano en dirección a María Antonieta.

Juan Aníbal, el Gaguito Martínez, Manuel y Ramiro eran unos chamacos entonces y estaban allí, formaban parte del grupo de adolescentes que asistieron al revoloteo. La camioneta brillaba como una nave espacial. Los Rabanedo no habían querido meterla al garaje para que todo el mundo pudiese admirarla y envidiarla. La exposición de la Vagonier constituía una suerte de venganza, perpetrada por los Rabanedo Camacho, ante una comunidad que nunca habían terminado de digerir la llegada de aquel negrero al ilustre barrio de San Blas. Hacía ya más de dos años que de improviso aquella tribu de malolientes se había instalado en la otrora casona de los Bermúdez. En un principio, nadie dio crédito a la invasión azabache, los ignoraban, como aspirando que fuese lo mismo que una gripe pasajera. No lo podían entender, ni mucho menos asumir.

La vieja Magali de Bermúdez fue la culpable de la tragedia social que significó la aparición de los Rabanedo Camacho en San Blas. Magali enviudó y se mudó a la hermosa

urbanización de Lomas del Este, se fue a vivir con una de sus hijas y puso en renta la vieja casona de la calle Colombia: «demasiada casa para mí sola», pensó la viuda. Muchos quisieron rentarle la propiedad, pero ella andaba como indecisa. Cuando su peluquera de toda la vida, la negra María Antonieta, se autoproclamó como candidata para quedarse como inquilina, no supo qué responder. La propuesta la sorprendió por completo: «¿y esta peluquera y su marido tendrán cómo pagar la renta y los servicios?», se cuestionó, pero al rato se mostró alborozada. Entre una pintada de uñas de manos y pies, una depilación milimétrica de cejas y la aplicación de un tinte rubio natural Miss Clairol (misma que le quitó diez años de encima), la vieja de Bermúdez pasó de la duda a la celebración.

—¡Benditas tus manos, María Antonieta! Jamás pensé que me vería tan espectacular de pelo amarillo, ¡si hasta parezco una actriz! —exclamó Magali, con los ojos recién maquillados con sombra azul celeste y la mirada clavada en el espejo.

La negra aprovechó el jolgorio para insistir con su propuesta.

—¡No es pa' tanto, 'oña Magali! Su belleza «ej» 'e nacimiento, yo na' más medio le doy formita a su melena y un «colorjito» pa' que se vea diferente. Cualquier «coja» que uno le haga, usted va a quedá' como una reina —dijo María Antonieta, hundiendo sus manos largas en la frondosidad del cabello de Magali de Bermúdez—. Y «ji» no «ej» indiscreción,



¿cuantos meses de «depósito» está pidiendo? La verdá' es que yo siempre he «joñado» con vivi' en San Blas.

La viuda de Bermúdez empezó a oír el planteamiento de la negra con otro semblante y llegó un punto en el que por pura inspiración, y casi sin querer, había dicho que sí, sin imaginar siquiera la reacción de sus ex vecinos. Para ese entonces, María Antonieta y Magali tenían ya algunos años compartiendo confidencias, las unía una especie de insólito lazo de amistad, forjado a base de lavadas, cortes y secadas de pelo, se habían ido ganando confianza, platicaban de todo. Magali le contaba como la tristeza por la partida de su amado, Atanasio Bermúdez, la había orillado de nuevo al alegre, pero conflictivo hábito de la bebida. Y la negra le bromeaba: «¿quién como usted?», mientras más borracha «májuenamoza». María Antonieta le hablaba de sus hijas y de su abnegado esposo; y también le narraba cómo había aprendido el exquisito arte de la peluquería, justo en una de las casonas de San Blas. En aquellos ayeres María Antonieta era la estrella de un reconocido salón de belleza localizado en la pomposa avenida Bolívar de Valencia, cerca del afamado Tropi Burguer. La negra era una estilista consagrada, al punto que varias de las clientas del Bella Valencia: Salón de Belleza, esperaban horas para ser atendidas por María Antonieta Camacho. Su éxito se lo debía al apoyo incansable de Secundino, pero su amor no había sido siempre así.

La verdad fue que la negra María Antonieta conoció a Secundino en la urbanización popular Los Guayos y al

principio ni lo volteaba a ver. Siempre fue una negra pretenciosa, pero linda, de culo firme, cadera ancha y cintura breve, una diosa de piel oscura que no se detenía a hablar con cualquiera. Ella sabía que tenía lo suyo. El joven Secundino era tan solo uno más del séquito de piropeadores, que se daban cita en fila india para verla pasar, recién bañada, en las mañanas, oliendo a Jean Naté: Limón dulce, dizque rumbo a su trabajo en la zona industrial.

Todo era una mentira de la Negra, en realidad iba a diario a San Blas, a la enorme casona de los Granadillo Verastegui, allí María Antonieta hacía labores de limpieza. Nadie en la urbanización popular Los Guayos sabía ese cuento, porque María Antonieta se había ocupado de regar una historia, según la cual, ella era recepcionista en una elegante empresa ubicada en la zona industrial de Valencia. La Negra Camacho salía tempranito, entaconada, olorosa, montada en unas pintas de lujo, dejando muertos a su paso a los babosos moradores del siempre urgido barrio de Los Guayos. Al llegar a la casona de los Granadillo, se ponía su pañoleta, se cambiaba los tacones por unos zapatos de goma, la blusa por una franela, se calzaba unos blue jeans desteñidos y agarraba la escoba. Trapeaba, cocinaba, limpiaba los baños, regaba las plantas, pasaba colete, cera y pulidora, y de paso, fue aprendiendo el arte de la peluquería, a la fuerza, usando como conejillos de india a las hermanitas Granadillo. Fue mucho el trasquilón, el pelo chamuscado y los tintes enrarecidos, que dejó a su paso en aquella casa. Sus elocuentes inicios como

aprendiz de peluquera marcaron sin saberlo el camino a su futura profesión. Maru, Conchita y Marifer, pese a ser las afectadas por los desaciertos estilísticos de la Negra, «gozaban un puyero» jugando al salón de belleza con ella. Por otra parte, la negra María Antonieta era pizpireta, pero honrada; contestona, pero cocinaba sabroso; mentirosa, pero limpiaba bien; muy quejosa, pero divertida, por eso le tenían una paciencia infinita, y no le gustaba hacer de peluquera, pero, cuando le sobraba tiempo, le encomendaban la faena y no podía negarse. Hasta que llegó el día en que le hacía gracia. Eran muchas las loqueras paridas por el ocio de las hermanitas Granadillo, y sus ocurrencias las llevaban siempre a ensayar con su juguete preferido: la negra María Antonieta. El día que dejó como el pájaro loco a la audaz señora María Luisa Verastegui de Granadillo, decidieron pagarle un buen curso de peluquería (¡gracias a Dios!). La negra María Antonieta fue mejorando la técnica y empezó a cogerle el gusto al arte de embellecer cabelleras, lo que la llevó a ganarse una todavía mejor posición entre los aprecio de la familia Granadillo Verastegui, en especial el del joven Toñito, quien, aturdido por la ebullición hormonal de la adolescencia, vio en las curvas de María Antonieta su inspiración.

La Negra se percató de la miradera de Toñito y, ni corta ni perezosa, hizo bien sus cálculos. Ella era mayor que aquel chamaco y tenía otros pretendientes, con quienes se escapaba los fines de semana (Secundino no formaba parte de esa lista), pero Toñito no estaba de mal ver, se había estirado

ganando altura y prestancia, era atento y condescendiente, un poco soso, muchas veces aletargado, pero al mismo tiempo con unos ímpetus que surgían de manera repentina y desconcertaban a cualquiera. Toñito no le quitaba los ojos de encima a la Negra, y a espaldas de su mamá y de sus hermanas, fue dando vuelo a la posibilidad de explorar el terreno.

Un viernes, en la tardecita, le dejó un papelito en la cocina: «te espero esta noche cerca de la iglesia». Así comenzaron las travesuras de la negra María Antonieta con el señorito de la casa. Travesuras clandestinas. Nadie había caído en cuenta de las andanzas de esos dos. Se la pasaban escondidos en las habitaciones de la espléndida casona de los Granadillo, misma que desde la muerte del general había quedado apenas habitada por la señora María Luisa, sus hijas y Toñito, pero que en tiempos de antaño había dado cobijo a personajes ilustres y fue lugar de veladas exquisitas y multitudinarias. La Negra y Toñito dieron vida a varios de los espacios muertos de aquella casona, y además se citaban en la plaza central de San Blas, en los alrededores de la escuela Fermín Toro, buscando los rincones más ocultos. Hasta que un sábado cayó el balde de agua fría.

—¡Qué me cuentas, María Antonieta! ¡No puedo creer que tengas la desfachatez de venirme a mí con esta historia! —exclamó destemplada la señora María Luisa Verastegui de Granadillo, llevándose una mano a la frente y la otra al pecho.

«Vieja payasa», pensaba la negra María Antonieta, que estando preñada de varios meses, ya no se molestaba en

ocultar la panza, pero hasta entonces nadie sabía de quién era esa barriga, aunque bastaba tener un dedo de frente para imaginarlo. Dentro de su vientre crecía Amelia (la que sería la hija mayor de los Rabanedo Camacho). La negra María Antonieta, presa del cansancio y de las exigencias de su trabajo, se envalentonó y encaró a la patrona:

—Usté' me va a disculpá', «jeñora» María Luisa, pero Toñito y yo hace tiempo que estamos ennovia'os, yo pensé que usté' lo sabía y se hacía la loca. ¡Y aquí está el fruto! —dijo la negra Camacho, viendo a la cara, con irreverencia, a la solemne viuda de Granadillo, para luego ir bajando la mirada con lentitud hasta depositarla en la barriga.

—¡No sé qué decirte, María Antonieta!, pero me cuesta creer que Toñito haya sido capaz de semejante disparate. —El pequeño pañuelo de seda, en la mano huesuda y temblorosa de la viuda de Granadillo, parecía un trozo de tela insignificante ante la tarea de limpiar el desastre dibujado en aquella cara.

La señora María Luisa Verastegui de Granadillo quedó atontada, reflexiva. La noticia le había dejado el razonamiento casi tan revuelto como el abolengo. Toñito certificó toda la narración de la negra Camacho, incluso con cierta gallardía.

—Mamá, yo sé que no era lo que tú esperabas, pero me enamoré, no pude evitarlo. —El gesto de vergüenza en el rostro de Antonio Rafael Granadillo Verastegui, Toñito, no daba lugar más que a la conmiseración.

Las hermanitas Granadillo optaron por apoyar a su hermano, y por extrapolación a la Negra; sin embargo, todos

vivieron un terremoto con esa primera barriga de María Antonieta. El vientre empezó a crecer, nadie sabía muy bien cómo asumirlo, pero la familia Granadillo eran gente pragmática, y María Luisa la que más, así que pasada la amargura de la sorpresa, tocaba ver cómo proceder en concreto, de allí que al nacer Amelita estaba ya todo planificado. Los Granadillo (incluido Toñito), lejos de preocuparse siquiera por conocer a la neonata (¡quien sabe Dios cómo vino al mundo!), habían urdido un acuerdo utilitario y sencillo: le concedieron a María Antonieta la opción de habitar un departamento, viejo y semiabandonado que tenía la familia en la urbanización popular Los Guayos, le pagarían una mensualidad y los gastos médicos. Asunto arreglado.

María Antonieta estaba feliz, en extremo feliz, sabía que, dadas las circunstancias, las cosas podrían haber terminado mucho peor para ella y su criatura. Los Granadillo no la echaron, hicieron la vista gorda y la dejaron seguir trabajando en los quehaceres de la gigantesca casona. Por otro lado, la repentina independencia de María Antonieta llegó como una bendición en su familia, y para ella también lo fue, en especial después del calvario que vivió durante el embarazo, teniendo que soportar la cantaleta diaria de su «Amá», Catalina.

Dionisia Catalina Camacho se había hecho cargo de María Antonieta tras el fallecimiento de sus padres. La negrita María Antonieta apenas contaba con siete añitos cuando aterrizó en los brazos de Catalina. María Antonieta la llamaba «Amá», pero no había documento alguno que sustentase ese

calificativo. Catalina era su tía, una negra azul marino, imponente, recia y mal hablada, de esas que parece que nunca gozaron de juventud y se encarnaron directo en la adultez. Se la pasaba ocupada en su negocio de venta de cerveza y departiendo con los que ella llamaba sus clientes. Catalina vivió con María Antonieta y con otras dos de sus hermanas en una casa muy modesta, en las afueras de la nunca bien recomendada zona de Güigüe, y allí seguía vendiendo cerveza, con ceguera, rodeada de perros y gatos, y atendiendo a los que iban necesitados de sus rezos y supuestas facultades exotéricas.

La negra María Antonieta no sabía qué contestar ante los constantes reproches de su Amá, Catalina, quien al verla sin trabajo, levantándose tarde y dedicada a la nada, después de haber abandonado la escuela, se llevaba las manos a la cabeza y decía cada tanto:

—¿¡Qué «amos» a hace' contigo, Marita?!; ¡¿qué «amos» a 'jacé'?!; ¡no joda! ¡No tengo idea 'e qué hacé' contigo! Nunca arrimas una pa'l mingo.

Por eso, cuando la negra María Antonieta se fue a vivir a Los Guayos, con Amelita en brazos y una de sus primas se fue con ella, a hacerle de niñera, Catalina fingió alivio, pero en el fondo nunca le perdonó que la dejará allí, varada en medio de aquel desierto en llamas, en aquella casa de Güigüe, que parecía a punto de caer derretida bajo la inclemencia del sol valenciano, se sintió menospreciada. María Antonieta lo sabía y aún así la trató como quien deja atrás una pesadilla. «¡Bicha mal parida, mal agradecida!», pensó Catalina para sus

adentro, aunque muy en el fondo había aprendido a quererla sin remedio.

Al principio la llegada de la negra María Antonieta, con su bebé y su prima, había sido la comidilla en aquel sector de Los Guayos. Varios galanes se apuntaban a la lista de «amigos de María Antonieta», se ofrecían a ayudar con la bebé, pero la negra los vacilaba y se hacía respetar. Secundino se fue volviendo su admirador más acérrimo.

—«Adiós, mi angelito mañanero», «se me cuida, mi estrellita caída de la noche», «vaya con Dios, reina de mis sueños». —Eran algunos de los piropos con los que el Negro Rabanado obsequiaba el paso de la negra María Antonieta cada mañana.

No había ruta ni amanecer en el que María Antonieta pudiese evadir la voz del Negro Secundino, quien puntual y fastidioso, con mirada melosa, custodiaba el paso fino de la negra por las aceras, haciendo las veces de centinela. Hasta que una mañana, por fin, le arrancó una sonrisa. La ilusión le duró poco. Pronto, ante sus ojos sobresaltados, desfiló María Antonieta con la segunda barriga. Vale decir que los amores con Toñito Granadillo seguían viento en popa, y que la familia Granadillo se hacía la desentendida.

Secundino no se amilanó, siguió con su empeño; y hasta un regalo le llevó a la pequeña Marianita, la nueva hermana de Amelita. El Negro Rabanado fue tomando confianza y más de una vez emboscó a la negra, quien, ya de pura costumbre, le reía la gracia y hasta le aceptaba la cercanía.



—¿Tú no te has da'ò cuenta 'e cómo me pones cuando me miras con esos ojitos negros? Me «vajavení» matando un día de estos y ni cuenta te vas a da'. —Los latidos acelerados en el pecho del Negro Rabanado se oían como tambores anunciando batalla.

—¿Y se pue' sabé' qué «eje» lo que «justé» quiere 'e mí? —le preguntaba la negra a Secundino, acercando a la boca del Negro la inflamada carne roja de sus labios—. ¿Un «bejito»? ¿O algo más?, porque si es un «bejito» «je» lo doy.

La negra jugaba con Secundino a placer, y alguna vez estuvieron juntos, cosas que pasan sin querer. El Negro se envalentonó recordándole siempre aquel momento, pero ella nunca le dio el sí, hasta que llegó un punto en el que se impuso el desaliento: la tercera barriga de María Antonieta apareció en escena.

Secundino seguía embrujado por aquel cuerpo inmune a los partos, la negra seguía con los muslos firmes y las curvas en su sitio, además se la pasaba envuelta en aquella persistente fragancia a Jean Naté: Limón dulce, y Secundino seguía suspirando por ella, pero entendió el mensaje. «Nunca me va toma' en serio», eso pensó. «¿Y cómo hace uno pues? Esa belleza 'e negra no nació pa' fijase en un pobre loco, ignorante y feo, como yo», sentenció en su fuero interno y poco a poco se fue alejando.

El Negro Rabanado empezó a trabajar en la Good Year, en una contratista, y así logró apartar a la negra de su mente, se fueron distanciando sus encuentros, hasta tornarse fortuitos. La puntualidad y la persistencia del piropeador de las mañanas,

fue cediendo ante el desánimo que María Antonieta destilaba con su indiferencia; sin embargo, cuando la veía, siempre tenía un piropo elegante a flor de labios, reservado para la ocasión de tropezarse con la negra. Se había ganado a pulso los apodos de «Papá piropo» o el insultante «Piropopreñao». Sus amigos del barrio gozaban burlándose de él.

—¡Secundino, ayer vi a María Antonieta! Está preñada otra vez, pero me dijo que después de este sí te toca a ti —le decían sus «amigos» de la urbanización popular Los Guayos.

Un día María Antonieta con sus tres hijas desapareció del barrio. No dejó rastro. Por fortuna, Secundino ya había tomado otro camino. Lo habían ascendido a operador de calendaria y, para cuando le llegó el chisme, sencillamente arqueó la boca y dijo:

—Ella nunca estuvo bien en esta mierda de dizque urbanización popular Los Guayos, era mucha negra pa' este barrio 'e gente bolsa.

El Negro Rabanado se distinguió siempre por sus méritos en el trabajo, no era muy inteligente, pero era responsable, deportista y hábil con la maquinaria. Quiso Dios que le reconocieran sus esfuerzos en aumentos de salario. Quiso Dios que de la contratista lo pasara a un cargo de planta, con mejores prestaciones. Quiso Dios que fuera un hombre sano y ahorrador. Y aquella tarde, después de más de dos años sin verse, se paró el Negro a tomarse un café en la panadería La Espiga de Oro en la urbanización La Isabelica, después de salir de un juego de béisbol.

María Antonieta se encontraba en ese entonces en una situación muy precaria, desesperada, sola, viviendo en una habitación rentada en el sector diez de La Isabelica, con sus tres hijas pequeñas y sin apellido (las niñas Camacho les decían). Así la había dejado Antonio Rafael Granadillo Verastegui, Toñito, quien se despidió de este mundo sin más pena ni gloria que la de haberse templado, sin compasión, a la negra Camacho, hasta sembrarle tres hijas, una tras otra. La familia Granadillo ya se había acostumbrado a ese desaguisado. Parecía que parte del acuerdo de María Antonieta con los Granadillo, era quedar preñada de Toñito cada tanto. A fin de cuentas, el acuerdo había resultado una estrategia muy acertada, un pacto que funcionaba, garantizándole el trabajo y el sustento a María Antonieta y a sus niñas. Y el departamento de Los Guayos era grande, y la negra Camacho ya era como de la familia. En cualquier caso, a María Antonieta le gustaba el «jujú» con Toñito, y viceversa; y, según los cálculos de la negra: «Si a la tercera no fue la vencida, entonces no habría quinto malo», pensaba. En cualquier momento habría que registrar a las niñas y darles formal apellido. Esa era la gran esperanza de la negra y Toñito quería hacerlo, pero doña María Luisa Verastegui de Granadillo pesaba en las decisiones de sus hijos como una terrible losa de mármol, así que Toñito terminó por negarse a reconocer a las niñas.

Toñito y la Negra discutieron acerca de la tercera barriga. María Antonieta estuvo insistiendo un tiempo: «ya ‘ejhora’, Toñito, tienes que darles tu apellido, son ‘tujijas’», le

echaba en cara cada vez que podía, luego entendió que sería imposible y, desilusionada, prefirió alejarse del señorito Granadillo por considerarlo, además, un pendejo, un títere, un enclenque emocional manipulado al antojo por su madre, así que usó todas sus armas para herirlo sin piedad. Toñito, en medio de su despecho, aceptó la sugerencia de su mamá y se comprometió con Raquel Molina y Maldonado, la hija de los conspicuos Molina y Maldonado (billete mata pasiones), así que hubo que enterrar en la más profunda secrecía el origen de las niñas de la negra Camacho.

María Antonieta aceptó el pacto de silencio y registró a las niñas solo con un apellido: Camacho. Todo a cambio de un dinerito. Y bueno: ¿quién le iba a creer ese cuento a «la negra encargada de la limpieza»? ¿Tres hermanitas pobres, portando un apellido de sangre azul? En esos menesteres estaban los Granadillo y la negra Camacho, cuando sin decir agua va, Toñito soltó el mecate. Una mañana sombría, semanas antes de casarse con Raquel Molina y Maldonado. Toñito se atragantó con una cabeza de ajo y fue encontrado sin vida en su habitación.

—¿¡Quién hubiese sospechado esa desgracia?! ¿Quién se iba a imaginar que un muchacho tan joven, tan entero, tan de buena familia, se despidiese de esa forma de este mundo?, víctima de una sana costumbre mañanera: al levantarse se comía una cabeza de ajo en ayunas para evitar el catarro —eso dijo doña Gertrudis Arismendi, una gran amiga de la familia Granadillo.

—¿Quién iba a pensar que un señorito tan correcto y precavido encontrase en sus sanos hábitos su perdición? — dijo doña Mayte Aristizabal (madre de Juan Aníbal), en uso de su acento castizo, al comentar lo sucedido entre un grupo de señoras cercanas a la familia Granadillo Verastegui.

¿Quién iba entonces a calcular que los Granadillo, víctimas de una encubierta mala racha económica, vieran frustrados sus planes de salvación, asociados al emparejamiento de Toñito y, además de asumirse hundidos por el deceso del señorito, se vieran en aprietos monetarios relevantes?

Según la viuda de Granadillo, no quedaba más remedio que vender el departamento de Los Guayos, así que optaron también por despedir, sin consideración alguna, a la contestona, mentirosa y pretenciosa negra María Antonieta, sin previo aviso (además, ya casi no había cómo pagarle). María Luisa Verastegui de Granadillo decretó, además, que la negra fue la responsable indirecta de la muerte de su retoño.

—La mamá de esa negra arrastrada fue una cualquiera y la tía es bruja, ese cuento no me lo echaron, yo sé que es así — vociferó una noche María Luisa, entre sollozos, delante de sus hijas, en frente del cuadro pintado al óleo, con marco de filigranas recubierto con pan de oro, que mostraba sobre un hermoso corcel al finado general Marco Antonio Granadillo (QEPD).

Catalina fue entonces a reclamarle a María Luisa. La viuda de Granadillo hizo caso omiso de los argumentos de la bruja, así que la negra María Antonieta, de la noche a la mañana, se vio sin trabajo, sin techo, obvio: sin liquidación, y

con los muy pocos ahorros escondidos en una caja de Corn Flakes, fue a parar con sus hijas a una habitación de mala muerte en el bullicioso barrio La Isabelica, donde una amiga piadosa le rentó una pieza (volver a Güügüe con Catalina era una opción aterradora, que María Antonieta no quiso considerar).

Allí estaba esa tarde, lo que quedaba de la pretenciosa negra Camacho, sacando cuentas para comprar un pan dulce en la panadería La Espiga de Oro, repasando en su mente la próxima jugada, cuando el destino la puso en jaque, y al mismo tiempo le envió un alfil salvador. Un alfil Negro. Secundino Rabanedo, el Negro Rabanedo, el alfil de la reina María Antonieta, llegó diciendo:

—Me da un marrón claro y un golfea'o, por favor. —El agudo olfato del Negro percibió el olor a Jean Naté: Limón dulce y volteó.

Jamás calculó María Antonieta que aquella sonrisa nerviosa que le devolvió a Secundino, esa tarde húmeda y soleada, serviría de algo. Supuso que la ignoraría, pero aquella sonrisa espontánea que se le dibujó sin querer, pero con gracia, funcionó en principio para mostrar la blancura de sus dientes parejos y brillantes, envueltos entre sus labios carnosos, y, como aderezo, la acompañó con una mirada profunda, lanzada en una fracción de segundo, por el rabo del ojo, un dardo directo a la vena femoral de aquel Negro falta 'e respeto (como ella lo etiquetaba cuando vivía en Los Guayos). Ese gesto simple y casi involuntario, dejó prendido y sin palabras al

Negro Secundino Rabanedo, quien durante semanas, estuvo atesorando ese momento en sus recuerdos, suspiraba, era el mayor de los logros a su perseverancia. Esa sonrisa fue el salvoconducto de la negra Camacho (y de sus hijas), para volver a la vida del Negro Rabanedo.

Secundino no las sacó de aquella habitación en La Isabelica así no más. El Negro se había echado una novia de buena estirpe, Ernestina Sanabria, y estaba comprometido a casarse en unos meses. Se atravesó la negra María Antonieta en esos planes. Empezaron a salir a escondidas. Se fundieron sin piedad, con la desesperación de quienes sienten que perdieron mucho tiempo, y sin importar las cuantiosas inversiones en largas y reiteradas faenas de amor, escenificadas al cobijo y en la discreción del Motel La Quizanda; dieron rienda suelta a su alegría por reencontrarse.

Por aquellos días de exaltación enamoradiza, Secundino le compró un *pick up* Panasonic al gordo Gumersindo Antequera, bajo la advertencia de incurables fallas en la aguja:

—Ese bicho todavía suena y, a lo mejor, acomodándole el brazo y cambiándole la aguja, puede que quede medio bien y te dure un par de años, pero así como está no te lo garantizo ni te recomiendo que lo uses con ningún disco nuevo. —Secundino se arriesgó e ignoró la advertencia.

El Negro andaba ilusionado, en las nubes, se la pasaba entonando boleros, se imaginó encerrado en su habitación, extasiado, oyendo música, definitivamente necesitaba el *pick up* y se lo compró a Gumersindo. Con cautela, poco a poco,

Secundino fue sustrayendo algunos *long plays* de la cultivada colección de su papá, el viejo Severino Rabanedo, entre ellos un elepé de Gabriel Siria Levario, mejor conocido como Javier Solís, de quien no se cansaba de oír en su habitación, con volumen bajito, aquella polémica canción:

«...porque tu amor es mi espina, por las cuatro esquinas hablan de los dos... Que es un escándalo dicen y hasta me maldicen por darte mi amor... No hagas caso de la gente, sigue la corriente y quiéreme más, con eso tengo bastante, vamos adelante sin ver qué dirán...».

Un jueves al medio día, siguiendo las instrucciones de su pasión y el mandato de Javier Solís, el Negro se animó y lanzó la bomba del «no me caso». Para el fin de semana, Secundino ya contaba con una extensa lista de las más enconadas enemistades. El Negro no podía seguir viviendo en Los Guayos bajo el acoso incesante de los familiares de Ernestina, la reprobación de su propia familia, los discursos de Severino y el rechazo de sus propios amigos. Lo tildaban de «rolo 'e loco». Los Guerreros de Los Guayos se quedaron sin su cátcher estelar, mismo que los había guiado a coronarse en cuatro torneos consecutivos. Y cuando se enteraron de que la culpable de todo era la negra María Antonieta, la cosa empeoró. «Piropopreñao» andaba nervioso («Piropopreñao» era uno de tantos apodos con el que los amigos de Secundino lo habían rebautizado, y que para esos momentos ganó fuerza ante otros menos ofensivos



como «Papápiropo», «Negro pajú» o «Piropo en salsa»), y aún así con los nervios anudados y el ánimo por el suelo, sostuvo una conversación violenta con su papá.

—Aclárame una vaina, muchacho pajú, ¿te estás drogando o estás embruja'o? —Así empezó el diálogo el viejo Severino Rabanado cuando se enteró que su hijo no se casaba con Ernestina y que la cambiaba por la negra María Antonieta—. Ernestina «ejuna» muchacha bonita, ¡pajú!, una muchacha 'e buena familia, hacendosa, educá', con futuro, ¿la vas a cambiá' por una negra asquerosa, muerta de hambre, que 'e paso tiene tres hijas de otro, y vas a mantené' ese gentío? ¡Coño, piensa con la cabeza!, ¡pero con la cabeza de arriba!, muchacho pajú —dijo Severino levantando un brazo, mientras con el otro se rascaba el escaso pelo blanco que todavía le quedaba en la cresta.

—No me ofenda pa' —contestó el joven Secundino, con el gesto rígido, bajando los hombros y paseando la mirada por el piso.

—¿Y cómo quieres que te trate?, ¿quieres que te aplauda, pajú? ¡Tienes meses acostándote con Ernestina!, esa muchacha se ilusionó y ya hasta fecha pa' casa'te pusiste, tienes al cura esperando y hasta planes 'e luna de miel. ¡Sé hombre, chico!, ¡no seas tan coño 'e madre!, ni tu mamá, ni yo te criamos así. ¡Eso que está' «jaciendo» con esa negra asquerosa va a terminá' mal! ¡Eso no tiene futuro! Y las oportunidades buenas en la vida se presentan una sola vez —sentenció el viejo Severino con un temblor en los labios—. ¡Piensa con

la cabeza de arriba, muchacho pajú! Y una vaina más, ¿no has visto por casualidad unos *long plays*, chico?, en estos días estaba buscando uno de Javier Solís y no aparece.

Secundino y María Antonieta retaron las profecías. Consiguieron una casita en el barrio Atlas y allí rentaron. María Antonieta consiguió un buen trabajo en una cotizada peluquería de la avenida Bolívar, El Bella Valencia: Salón de belleza. Una prima y un primo de María Antonieta se fueron a vivir junto a ella en la casita del barrio Atlas. Amelia, Mariana y Rosa crecieron rápido. Secundino seguía trabajando en la Good Year, jugaba béisbol para el equipo de la empresa y vivía ahorrando todo lo que podía. Oír música era uno de los grandes placeres que le llenaban el alma, disfrutaba a su antojo del *pick up* Panasonic y de los pocos elepés que tenía. Así pasaron varios años, ajustados a la vida en la pequeña casa del barrio Atlas, hasta que una noche llegó María Antonieta con la novedad:

—¡Nos vamos a vivi' a San Blas! —exclamó la negra con la satisfacción de quien se siente ganador de la lotería.

Amelita y la pequeña Mariana enfurecieron. Rosa apenas tenía ocho años y para ella la noticia no significó gran cosa. Amelita y la pequeña Mariana eran adolescentes, morenas, altas, de buen porte y un poco pretenciosas como la mamá. Amelita era ocurrente y fantasiosa, la pequeña Marianita más agresiva y realista. Rosa era la menor y también la más prieta. Su silueta desgarbada y su baja estatura la hacían desentonar frente a sus hermanas, además no se preocupaba

por arreglarse demasiado, era una negrita «ni fu, ni fa» y de carácter ligero, se reía de cualquier cosa. Decían los ignorantes que su físico había salido buscando a su abuela Catalina, pero sin la estatura de esta, la llamaban «negra chorizo», en alusión a ese color morcilla que su piel exhibía sin pudor, a ella todo eso la traía sin cuidado, ella solo soñaba con ser actriz y protagonizar las telenovelas de aquel entonces.

María Antonieta hizo de todo, pero el parto de Rosa la dejó sin más semilla. Secundino no insistió con el tema de tener hijos, su alma entusiasta le permitió ignorar ese detalle, aunque para sus adentros tenía esperanza, también sentía una herida profunda que le era mejor no toquetear. Fue desarrollando una corteza dura y cierto aire taciturno se le instaló en los huesos. Con el correr de los años aprendió a labrar sus propias claves de felicidad. La cama con María Antonieta era su olimpo personal, su oasis, su justificación; besarla y poseerla fue el asidero de vida al que se aferró su espíritu dicharachero. María Antonieta Camacho supo convertir el agradecimiento en amor, y decidió entonces aportar un sucedáneo para paliar la ausencia de hijos con el Negro, un artilugio para compensar el déficit, así que se empeñó en que todas las niñas llevaran el apellido de Secundino. El Negro no le veía el chiste a aquella ocurrencia, pero, como siempre, la determinación de la negra lo empujó a pensarlo. Hasta que entendió el mensaje de fondo y la complació. El trámite fue largo y tedioso, en algunos momentos quisieron tirar la toalla, pero las niñas se habían ilusionado con la posibilidad

de ver en Secundino algo más que un padre postizo, ellas se alegraban con la idea de tener un verdadero papá, uno que las llevara del brazo, con orgullo, que las representase con su firma y les diera su apellido. Así se fundó la familia Rabanedo Camacho: los invasores de San Blas.

Desde la aparición en escena de la Vagonier, el joven Juan Aníbal, Manuelito y el Gaguito Martínez no hablaban de otra cosa. Echaban a volar su imaginación y discutían acerca de los autos que comprarían cuando tuvieran una familia. Imaginaban viajes, fantaseaban con las conquistas que caerían rendidas a sus pies al verlos pilotear el carro de sus sueños, diseñaban y rediseñaban vehículos de toda índole, competían en sus fabulaciones. Juan Aníbal decía que algún día iba a tener un carro como el de *Meteoro*. En eso andaban, hasta que llegó Ramiro con una revista de autos en inglés. No entendían nada, pero las fotos eran excusa suficiente para animar la conversación.

—*Printed in the United States of America, publication data 1974.* Mírala donde está —indicó Manuelito ante la mirada atenta del Gaguito y Juan Aníbal—. ¡Te digo que esa camioneta del Negro es importada, coño!

—¿Pero co, co, cómo crees que el Negro «jue» a Estados Unidos y se la trajo? —Refutó el Gaguito con cara de duda existencial.

—¡No seas bruto! Esas cosas las traen en barcos desde allá. —Las manos gruesas del joven y espigado Juan Aníbal zarandearon al Gaguito, sujetándolo por los hombros.

—Aunque mi papá dice que esa camioneta se la compró el Negro a su jefe —comentó Ramiro, torciendo la boca al final de la última frase—. Y que le costó un dineral, dice que le dieron un préstamo para comprarla.

—Ha, ha, ha, haiga sido, cómo haiga sido, está a, a, a, arrechísima —concluyó el Gaguito.

—Yo le voy a pedir que me deje dar una vuelta para ver que se siente manejar esa nave —afirmó Juan Aníbal, decidido, como soñando en voz alta, sin ver a nadie, posando el azul de sus ojos en algún punto indefinido del horizonte.

—¡Por dios! ¡El Negro será Negro, pero no es pendejo! —Estalló la voz de Ramiro con aires de pedagogo—. ¡Primero muerto!, antes que prestarte esa camioneta, Juan Aníbal.

Todos callaron cuando vieron a Secundino salir de la casa y enfilar hacia la Vagonier. Los saludó a todos diciendo:

—¿Les gusta?, háganme el favor de sostener la puerta del garaje que la voy a guardá'.

El Gaguito Martínez y Manuel salieron corriendo a colaborar, gritando que abrieran las puertas para sostenerlas mientras la camioneta entraba. Ramiro se quedó en silencio, abrazando la revista. Juan Aníbal se atrevió a tocar la ventana del conductor. Secundino bajó el cristal y Juan Aníbal le balbuceó con cara de súplica:

—¿Me dejas dar una vuelta?

Hubo un silencio breve. Luego, ante los ojos incrédulos de Ramiro, Manuelito y el Gaguito, Secundino se bajó del asiento del conductor y le cedió el paso a Juan Aníbal

para que montara al volante. El Negro Rabanedo abordó en el puesto del copiloto y empezó a darle instrucciones. Las caras frizadas de Ramiro, Manuelito y el Gaguito, se esforzaban por sostener la quijada en su sitio. El joven Juan Aníbal arrancó la Vagonier, y con la mano de Secundino sobre la suya, fue sosteniendo el volante y, poco a poco, iniciando el movimiento. Vale decir que Juan Aníbal fue la única persona a la que Secundino otorgó el privilegio de usar ese asiento, alguna vez en la vida.

La mamá de Juan Aníbal observaba los acontecimientos a la distancia. Cuando vio a su crío abordar el puesto del conductor de la Vagonier, salió disparada. doña Mayte Aristizabal era una española, muy española, llegó a Venezuela con su marido hacía ya muchos años, en los tiempos de Rómulo Betancourt, era buena persona, agraciada y de modales refinados, pero la prepotencia ibérica nunca la perdió. Avanzó hacia al garaje de los Rabanedo a paso firme y con zancada larga. Al llegar se recompuso, se veía azorada, tomó aire y alzó el cuello.

—¡Juan Aníbal, baja de allí, por favor! ¡Cuántas veces te he dicho que no uses lo que no es tuyo! —El marcado acento castizo se dejó oír a lo largo de toda la frase, en especial el ceceo en la palabra «veces». Las venas inflamadas en la garganta de doña Mayte, y el temblor de su voz, le daban un aspecto de severidad implacable, cualquiera hubiese dicho que además de indignada, estaba asqueada de ver a su pequeño compartiendo un rato con el Negro Rabanedo.

—Tranquila, ‘oña Mayte. Yo le di permiso pa’ manejá’ la camioneta, por un ratito no más —dijo el Negro en tono conciliador.

—¡Gracias! Pero es que prefiero que Juan Aníbal no vaya por ahí haciendo estas cosas. ¡Imagínese si pasa algo! Se me caería la cara de vergüenza . —Y otra vez el gesto de altanería en la mirada y la marcada pronunciación de la «z» en la palabra «vergüenza», dejaban claro el aire de superioridad que emanaba de doña Mayte Aristizábal.

El jovencito Juan Aníbal se bajó de un brinco de la camioneta, dejándola encendida, su mamá lo tomó del brazo y lo arrastró hacia ella, como una leona que cobija su cría.

—La vieja españoleta está arrecha —le dijo Manuelito a Ramiro al oído, en voz muy baja.

—Yo creo que le van a entrá’ a coñazos al Catire en lo que lleguen a su casa por andar de espabilado —le contestó Ramiro, entre dientes.

Llegó el día siguiente, el incidente con doña Mayte ya estaba olvidado y los Rabanedo Camacho, con todos los personajes que hacían vida en la casona de calle Colombia con Campo Elías (la prima y el esposo de la prima, la amiga que vivía con ellos y el amigo que rentaba una habitación), se treparon a la Vagonier buscando la mejor manera de encajar en los límites del vehículo. Llegó un punto en el que no cabía un alma más, y don Arellano (el inquilino) estaba aún afuera. Se apretaron, formando una grotesca masa de brazos, piernas y cabezas, desde afuera se veían fragmentos de caras y manos

estrujadas contra los cristales, un amontonamiento tal como los que se hacían en el transporte público en hora pico. Y así, uno encima de otro, se fueron a pasear al recién inaugurado Parque Alexander Von Humboldt. Dieron varias vueltas alrededor del parque y se detuvieron a comprar unos raspapòs. Tuvieron que desarmar y recomponer la lasaña humana una y otra vez, para poder salir y entrar de la camioneta en cada parada. La conversación de los Rabanedo Camacho giraba en torno a la sorpresiva desaparición de Blanca Nieves y de dos de los enanos, figuras decorativas emblemáticas, protagonistas en el concepto original del Parque Alexander Von Humboldt, pero que unos días posteriores a la inauguración, se esfumaron, dejando un enorme signo de interrogación prendido en la frente de los habitantes de Valencia, y cinco enanos huérfanos, dando así un nuevo nombre al lugar: el Parque de los Enanitos.

—La «prójima» vez traemos la cámara, pa' retratarnos con la fuente y los cinco enanos que quedan, pero tenemos que apurarnos, porque en cualquier momento «je» llevan estos enanos también, el hampa no descansa —comentó María Antonieta.

—Yo quiero ir pa' la playa —Amelita se mantenía firme en su propósito, pese a no ser atendida.

—El otro fin de semana vamos todos, porque mañana su papá y yo «vamoja» visitá' a la abuela Catalina —A María Antonieta le brillaban los ojos cuando hablaba con determinación.



Secundino arrugó la cara. La idea de ir a Güigüe, como parte de los paseos de estreno de la Vagonier, no era justo lo que tenía en mente, menos tener que verle la cara a la vieja Catalina. En fin, no quiso discutir el tema, pero le apetecía mucho más la propuesta de Amelita. Ni Secundino, ni María Antonieta, ni mucho menos Amelita, sospechaban que la discusión que sostenían acerca del destino de los viajes de la Vagonier, era una discusión de vida o muerte, un primer debate de destinos: Güigüe vs. Tucacas, donde la bajada de Puerto Cabello, con sus sinuosas curvas y su amplia colección de baches y remiendos, tendría la última palabra.

Al día siguiente se fueron a Güigüe (siempre la negra se salía con la suya). Catalina los invitó a pasar y les ofreció café, ni se percató de la camioneta.

—¿Amá, no va a decí' na'a 'e la camioneta nueva? —Le cuestionaba María Antonieta a Catalina, al entrar a la casa vieja de Güigüe.

—¿Cuál camioneta, mija?

Los rumores de la ceguera de la vieja Catalina quedaron confirmados al instante. Los había reconocido por la voz. Se conocía la casa de memoria, tenía muchas velas, pocos chécheres y solo estaba acompañada por un perro y varias gallinas. Decían que veía por los ojos de otros porque era bruja. Catalina era rezandera, y parecía inmortal. Vivía sola, sus sobrinas la habían abandonado y ya las hermanas habían partido. Estuvieron repasando anécdotas y conversando un buen rato, hasta que Catalina trajo a colación una vieja profecía.

—¿Te acuerdas, Marita, que te la pasabas quejándote por andá' a pata, en camionetica y autobús?, ¿te acuerdas que te dije que algún día vendrías monta'a en un carrote, meneando el culo? —Catalina hablaba con la cara puesta en una masa de arepas que parecía muy seca. Tenía la mirada apagada, quizás resignada a que sus mejores tiempos habían quedado atrás.

—Sí me acuerdo, Amá. Me acuerdo mucho 'e lo que usté' me dijo y me ha pasa'o mucho de lo que dijo que me iba a pasá'—comentó María Antonieta y su brazo se posó en el cuello de Catalina.

—Pero también te dije que tuvieras cuida'o, hija, porque en esos días 'e gloria, te estaría rondando la pelona. No todo lo que se desea conviene, hija. No todo lo que uno quiere le «jace» bien a uno, eso «ejasí», y haberte cruza'o en la vida 'e otra mujer pa' destrozarle sus ilusiones, eso no se hace —diciendo esa frase lapidaria partió Catalina a servir el café, dejando a la audiencia crispada. —Desde la cocina seguía murmurando— Ademá', justé no ha aprendí'o a respetá' lo ajeno, ni a valorá' lo que tiene... ¿Cuánto hace que no me venía a ve'?... ¿Por qué?, porque no me quería oí'.

Catalina se extendió en su lista de reclamos, la negra María Antonieta hizo lo que pudo por mantener la armonía inicial, pero en algún momento no soportó más la escena.

—¡Vieja local, ¡vámonos «pal coño»!, no vaya a ser que le eche una vaina al café —sentenció María Antonieta, hablándole a la cara a Secundino.

Durante el regreso, Secundino venía muerto de risa. Amelita, Marianita y Rosa iban jugando en el asiento trasero. Encendieron la radio y volvió a sonar la canción bonita de Italo Pizzolante, en interpretación de la Rondalla Venezolana:

«... una rosa pintada de azul es un motivo, una simple estrellita de mar es un motivo, y me quedo mirándote a ti y encontrándote tantos motivos...».

A María Antonieta le gustaba mucho esa canción.

—Tú sabes que esa vieja está loca mi amor, muchas ganas de vení' a perdé' el tiempo, pa' acá tan lejos —agregó Secundino viendo a la negra de reajo.

—¡Pero es mi Amá, chico!, ¿quieres que la abandone?, como han hecho los demás...

La discusión siguió entre subidas y bajadas de tono. Contraversaron hasta que el cansancio y la reiteración de alegatos los venció. Los paseos en la nueva camioneta quedaron suspendidos hasta que la negra superase el trauma del reencontro con Catalina.

Secundino estuvo usando la camioneta a diario para ir y volver del trabajo. El joven Juan Aníbal, Manuelito y el Gaguito Martínez andaban siempre pendientes de la hora, para ir a colaborar y ver de cerca la Vagonier, con la excusa de ayudar a abrir el garaje.

Un martes, Secundino tuvo una mala idea: pensó en pasar a buscar a María Antonieta por el salón de belleza sin

avisar, quería darle una sorpresa y además dar ocasión para que la negra luciera la camioneta ante las compañeras de trabajo. El sorprendido fue el Negro, cuando le dijeron que María Antonieta se había ido temprano. Arrancó entonces rumbo a San Blas con la esperanza de verla en la casa. María Antonieta llegó ese día un poco tarde, entró diciendo que tuvo mucho trabajo. Secundino no dijo nada. Se fue a dormir sin cenar, inventando una excusa. Esperó el martes siguiente para hacer un nuevo intento y el resultado fue el mismo. De nuevo le informaron que María Antonieta se había ido temprano y otra vez la negra llegó tarde a casa. La duda se sembró en la mente del Negro Rabanado, hasta abrirle una grieta en el alma y rebanarle los sesos en juliana. Trazó un plan.

—Este fin de semana su mamá y yo nos vamos solos pa' la playa y ustedes se quedan —anunci Secundino ante el estupor de las niñas.

Las caras largas no se hicieron esperar. El berrinche de Amelita fue el más destacado. Ella siempre fue la más sobreactuada e inventadora. María Antonieta la tranquilizó a los gritos, luego celebró el anuncio y se esmeró en justificar la decisión; sin embargo, muy en el fondo, algunas gotas de recelo se vertieron en sus meditaciones a raíz de la noticia.

—¿Y sé pu'e sabé' qué mosquito te picó? —Le preguntó la negra a Secundino, frunciendo los labios, con tono de extrañeza, cuando estaban a solas.

—Nada chica, «nojotros» también tenemos derecho a salí' solos, ¿no? —Argumentó el Negro subiendo los hombros—.

Un fin ‘e semana pa’ «nojotros», sin las niñas, nos lo merecemos.

Ese domingo salieron los esposos Rabanedo, tempranito rumbo a las playas de Tucacas. La Vagonier cubrió la ruta con comodidad. Sus dos tripulantes iban felices. Se llevaron un casete y fueron cantando todo el camino:

«Y me quedo mirándote a ti, y encontrándote tantos motivos...».

El ruido de las olas se escuchaba desde la entrada al pueblo de Tucacas. A la playa de Isla Larga se podía entrar en auto, por una módica suma. El resplandor del sol sobre la arena blanca arrancaba destellos de una hermosura singular, las palmeras meneándose al ritmo de la brisa, un mar apacible de aguas cálidas color turquesa, un lugar paradisíaco, aunque para los asistentes no fuera más que otra de tantas playa, porque la costumbre de regocijarse, cuando quisieran, en aquella costa de belleza gratuita les había ido mermando la capacidad de asombro.

—La ventaja ‘e llegá’ temprano es que uno consigue buenos lugares —comentó María Antonieta, instalando el culo en una toalla que había extendido bajo una palmera preciosa, a pocos metros de las aguas verde esmeralda de Isla Larga.

Entretanto, el Negro cuscuseaba buscando dónde colgar la hamaca. El sol brillaba con impudicia, el ruido suave de un oleaje tímido invitaba a descansar. Abrieron la cava

con cervecitas y empezaron el festín. Poco a poco el lugar se fue llenando y convergieron en escena varios equipos de sonido portátiles, ofreciendo una curiosa ensalada de ritmos. No faltaron a la cita los vendedores de «rompe colchón» y «vuelve a la vida», y otras comidas típicas del lugar. Al avanzar la mañana, una multitud de jóvenes y niños se fue adueñando de los espacios.

Secundino cumplió con el ritual de embadurnar de bronceador a María Antonieta, mientras ella se empecinaba en mantener sobre su cabeza un sombrero de ala ancha, pese al afán del viento por arrancárselo. El Negro se trepó a la hamaca cerveza en mano y estuvo un rato viendo el horizonte.

La brisa salada soplaba con insistencia, santificando el aire con aroma de mar. El Negro Rabanedo se fue adormilando, pero no tardó en llegar el momento en el que una inesperada pelota de playa multicolor, fuera a golpearle en la mano, haciendo que derramara la cerveza en la hamaca. Se quedó mirando expectante a los niños que venían a recuperar la pelota que reposaba a unos metros de la hamaca. Los niños no traían la menor intención de enunciar una disculpa. «Así somos aquí, nunca nos disculpamos por na'. La responsabilidad' e cada quien 'ejevitá' el coñazo, 'antejequele' llegue a la cara, porque nadie le va a avisá' a uno, ni nadie le va a pedí perdón», pensaba el Negro, moviendo la cabeza de izquierda a derecha. «¡Coño 'e la madre!», concluyó en su pensamiento, y volvió a intentar relajarse, estirando las piernas en la hamaca, ahora olorosa y húmeda de cerveza. El Negro cayó

rendido y recién entraba al segundo sueño cuando un balón de voleibol, cual meteorito, le aterrizó en las costillas, y al abrir los ojos, un amenazante disco de plástico pasó silbando sobre su cabeza. El Negro se sobresaltó, y al salir del estupor del sueño, vio con sorpresa que un arreo de chamacos pululaban alrededor de las palmas que sostenían los amarres de la hamaca, y habían inaugurado, a muy pocos metros de allí, las olimpiadas de juegos de playa de mil novecientos setenta y cuatro, mientras otros cuatro jóvenes estaban intentando descifrar cómo montar una carpa a tan solo metro y medio del otro lado de la hamaca.

La ensalada de ritmos tomó cuerpo, se batían en duelo los innumerables éxitos de la Billo's y los Melódicos, además de un temazo del Puma Rodríguez llamado «El Pavo Real», el cual sonaba con inclemencia en el costado sur de la playa, invitando a mover las caderas a la voz de:

«Numerá'ò, numerá'ò, viva la numeración, quien ha visto matrimonio sin corre' amonestación. Numerá'ò, numerá'ò, viva la numeración, quien ha visto matrimonio sin corre' amonestación. Qué chévere, qué chévere, qué chévere... qué chévere: Pavo real, uhhh, pavo real, uhhh, pavo real...».

Mientras, al norte, a todo volumen, sonaba un éxito de Roberta Flack que incitaba al crimen diciendo:

«Killing me softly with his song, killing me softly, with his song, telling my whole life with his words...».

De pronto, una pareja de novios llegó sin saludar siquiera y se instalaron en la misma palma donde reinaba la negra María Antonieta, desde el amanecer, coronada con su enorme sombrero. La negra los miró con indiferencia, a través de unos lentes oscuros que daban a su rostro un toque extraño de distinción con folklorismo. «¡Qué bolas tienen estos! Llegan ‘ají’, como perro por su casa, ni buenas tardes, ni mucho menos un con permiso», pensó. La negra notó un silencio raro en la pareja de invasores, cuando estuvo a punto de decirles algo, vio que encendieron sendos cigarros Belmont y empezaron a discutir a los gritos. Las groserías y las ofensas en alto volumen se adueñaron del momento, la pareja de recién llegados se destajó en medio de una querrela violenta, de esas que es mejor no meterse. La negra sacudió un rato el humo de cigarro con el sombrero y ante la derrota inminente de sus pretensiones, decidió irse a nadar, se puso de pie, se sacudió la arena del culo y dejó abandonados la toalla y los bolsos, recostados en la palmera. «¡Qué bolas, vení’ aquí a armá’ ese escándalo!, qué falta ‘e educación, después dicen que uno, el indio ‘patarrajá’, es el culpable de todos estos bochinches», seguía pensando la negra, mientras se adentraba en la alberca natural, sintiendo, en sus pies descalzos, la sensación gratificante de la arena suelta, blanca, limpia y tibia. De pronto una columna de humo se alzó vertiginosa, denunciando una fogata



que un grupo de borrachos acababa de encender, a treinta metros de allí. Tenían una gallina agarrada por el pescuezo, con la clara intención de iniciar la elaboración de un hervido, justo al lado de un letrero que rezaba: prohibido hacer fogatas.

Lo de la persecución de la gallina por mar y tierra fue todo un *show*, un poco incómodo, la verdad, pero, apartando ese detalle, fue un día bonito, con tintes románticos que avivaron los recuerdos. Ya de regreso, se pararon en Puerto Cabello a comprar unas empanadas de cazón. De pronto Secundino abrió una botellita de ron Cacique. Lo hizo con la intención de buscar valor. Conocía bien a la negra, la estaba cazando, buscaba el momento exacto para soltar la pregunta a quemarropa, tenía que ser justo en el momento menos pensado para ver la cara que ponía. María Antonieta era una maestra de la mentira y si le daba la menor pista le iba a voltear la partida y jamás se sabría la verdad.

Subieron a la Vagonier, cada uno armado con una Frescolita y una empanada. Secundino conocía el casete y lo adelantó hasta que empezó a oírse:

«... y me quedo mirándote a ti y encontrándote tantos motivos ... yo concluyo ... que mi motivo mayor eres tú...».

Terminando la interpretación a dúo de la Rondalla Venezolana en el reproductor y María Antonieta a capela, Secundino subió la velocidad y escupió la pregunta como un balazo:

—¿Oye chica, y pa' 'ónde vas tú los martes, al salí 'el salón?, ¿por qué llegas tan tarde a la casa los martes?

La negra Camacho fue agarrada en curva, literalmente. Su cara no pudo ocultar la sorpresa. No supo qué decir. Hubiese sido fácil contar la verdad, decir que había quedado en ir a Lomas del Este, los martes al final de la tarde, para atender a Magali, pero le subía la indignación por la garganta de solo pensar en la desconfianza del Negro; y encima sentir que todo lo que habían vivido ese día había sido solo un montaje, así que calló y solo movía la cabeza en silencio. Secundino prosiguió la ofensiva sin piedad:

—Claro, como ahora ando en la camioneta, ya no «jabes» calculá' cuánto tardo en i' 'e un la'ò pa' otro... Negra, ¿en qué andas tú, chica?

La discusión tomó alas y en unas de las curvas del camino sucedió lo inesperado. María Antonieta explotó y empezó a montar una de gritos y frases inentendibles. Acusó a Secundino de desconsiderado y pendejo. Secundino se alteró. La negra pasó del reclamo al enojo y afincó un grito estruendoso:

—¡Cállate por favor!, ¡no seas tú tan mal pensa'ò, chico!

Secundino respondió con otro grito y un amago de cachetada, cuando de pronto cayeron en un bache. El Negro perdió el control de la Vagonier. Se despeñaron. Secundino volvió en sí ya en una cama del Hospital Carabobo. La negra María Antonieta no tuvo la misma suerte. Amelita, Marianieta y Rosa quedaron desiertas, desconsoladas y huérfanas.

La Vagonier quedó hecha un amasijo de metal, cuyos restos fueron trasladados, ceremoniosamente, hasta dejarlos estacionados justo al lado del restaurante La Batalla, casi frente a la casona de los Rabanedo Camacho. Con el pasar de los días la Vagonier fue ganando identidad en el paisaje, hasta convertirse en una pieza más del mobiliario urbano. «¿Y no pensarán quitar esa vaina de allí?», pensaba la gente, cada vez que pasaban junto a los restos de la Vagonier. Pasó el tiempo y lo que era una hermosa camioneta último modelo, se transformó en una especie de obra de arte moderno. Un frígido monumento luctuoso que decoraba la calle con su deformidad y cuya presencia ya nadie cuestionaba. El Negro Secundino se recuperó del accidente, pero nunca tuvo ánimos para meter el esqueleto de la camioneta en el garaje y mutilar así el mapa del barrio, dejándolo sin una de sus referencias más socorridas. Así pasaron las semanas, los meses, los años, hasta que, bajo el conjuro de la costumbre y la desidia, los escombros de la Vagonier, modelo mil novecientos setenta y cuatro, transmisión manual, para cinco pasajeros, azul cobalto, con asientos de piel; fueron declarados patrimonio de la humanidad de San Blas, estancia de los vagos de la zona, refugio de drogadictos y albergue de pedigüeños, adquiriendo con ello un carácter utilitario que le daba estatus de intocable.

Durante el velorio de la negra, la vieja Magali de Bermúdez se acercó a darle el pésame a Secundino.

—No sabes cuánto lamento esta desgracia. María Antonieta era una gran mujer y una gran amiga —las manos

de Magali sujetaron al Negro por los hombros mientras le hablaba.

—Ella a usté' la apreciaba mucho, decía que era su clienta consentida —dijo el Negro, mirando a Magali a los ojos. Puso sus manos sobre las de ella y las apretó.

—Eso es verdad. La negra era «peleonera», pero muy trabajadora —comentó Magali con tono de confianza—. Y conmigo era especial, siempre buscaba la manera de complacerme en mis caprichos, lo admito. Yo ya ni siquiera tenía que ir al salón de belleza.

—¿Y eso? ¿María Antonieta no te atendía en el salón?  
—La extrañeza del Negro llamó la atención de Magali.

—La negra iba a mi casa.

—¡Ni sabía que la negra te atendía en tu casa! —exclamó Secundino con cierta sorpresa en la cara.

—Yo pensé que ella te lo había dicho, a lo mejor no te dijo nada por no molestarte, porque sabía que te ibas a empeñar en ir a buscarla todos los martes en la noche.

—¿Los martes? ¿La Negra te atendía los martes en la noche? —La boca se le trababa al Negro al formular estas preguntas.

—Síííí, ella me iba a hacer las uñas y a arreglarme el cabello, todos los martes, sin falta, decía que era el único día que podía escaparse del salón, llegaba como a las siete y a las ocho y media se iba. Una cosa rapidita, pero no sabes cuánto se lo agradecía, porque déjame decirte que las mujeres hacían fila en el Bella Valencia, para ser atendida por la negra.

«La negra estaba los martes con Magali», pensaba el Negro. Miles de conjeturas se agolparon en su cabeza. «Maldita inseguridá! ¡Maldita ‘esconfianza!»», se dijo a sí mismo y concluyó la conversación con Magali con la mirada extraviada.

—Discúlpame Magali, tengo que i’ «pal» baño, al rato seguimos la conversa.

**IV**



## Un árbol de guanábanas

CUANDO DIONISIA CATALINA Camacho se apersonó en la casa de los Granadillo esa tarde de noviembre, María Luisa sintió un escalofrío. Aquella visita no podía ser en son de paz. Ambas habían quedado atadas por las andanzas del espabilado general Marco Antonio Granadillo, y aunque estuvieron muy distanciadas un largo tiempo, ahora parecía que reencontrarse era una obligación.

María Luisa siempre fue una mujer refinada, instruida y fachendosa, de tez blanca, talle delgado, educada en colegio de monjas, persignada, pudibunda y respetuosa de sus deberes, de las que tira la piedra y esconde la mano. Ella nunca supo digerir las travesuras de su esposo, Marco Antonio, así que después de su muerte inventó una colección de historias que lo ensalzaban, al punto de endiosarlo y convertirlo en una especie de héroe patrio (se propuso inmortalizarlo post mortem). Como parte de esa estrategia de fabulación, María Luisa mandó a pintar un óleo falaz, en el cual el ilustrísimo general Granadillo lucía gallardo, montado sobre un corcel



zaino en una llanura, lo que de entrada buscaba ocultar la poca pericia de Marco Antonio como jinete y su aversión a los caballos. La viuda de Granadillo vivió entre altibajos con su esposo, acechada por los deslices del general y por sus ganas de ser amada, por lo mismo sucumbió a las tentaciones en el ejercicio de su rol de cónyuge ejemplar, pero era tal su obsesión por la fachada social que aprovechó la inocencia de sus hijos y la indiferencia del vecindario, para fabricar una leyenda a su antojo, un relato rebosante de atributos inmoderados y referencias quiméricas en torno al «heroico» general Granadillo. Lo transformó en un ícono de virtudes y ahora no podía aceptar el peso del desengaño, y mucho menos el de la culpa. Ella nunca tuvo el sabor de las mujeres del Caribe, no tenía el desparpajo ni el olfato, nunca las vio venir, no sabía coquetear, bailaba mal, lo suyo era una ilusión de señorío construida a pura fábula, pero era muy intuitiva, muy aplicada, disciplinada y persistente. María Luisa decía haberle dado tres hijas y un hijo a Marco Antonio, pero ese detalle nunca terminó de aclararse, el general siempre renegó, en la intimidad, de la autoría de su semen en la hechura de Toñito y de las trillizas.

—Ese niño y esas niñas son todos tan raros, ¿Marilú, tú estás segura que son hijos míos? —El general resoplaba cuando hacía esta pregunta, su cara rechoncha, morena y ametrallada por el acné, se enrojecía, mientras sus ojos negros brillaban de suspicacia y su bigote revoloteaba sobre sus labios.

Al final, entre los sollozos, y juramentos sobre la Biblia, María Luisa impuso la versión según la cual Toñito y las trillizas eran los únicos descendientes del general Granadillo. Además, cierto aire familiar, recogido en dos de las trillizas, daban a María Luisa un punto a favor, así que el general acabó por asumirlo, sin pleno convencimiento, pero se dejó llevar, a fin de cuentas la familia Verastegui era muy adinerada (eso parecía) y un matrimonio en sana paz resultaba a todos muy conveniente, y lo de las supuestas andanzas de la señora María Luisa con un joven portugués, dueño de una panadería cercana, quedó reducido a un rumor lejano, que se fue destiñendo todavía más cuando le prohibieron ir a comprar el pan y una de las trillizas fue encargada de esa tarea. Sin embargo, el nacimiento de Toñito trajo de nuevo el revuelo a la cama de la familia Granadillo Verastegui. María Luisa juró ante la Virgen que uno de sus bisabuelos era canario de ojos claros y cabello enrulado, que no tenía fotos, ni testigos, pero que de allí había bebido el neonato su apariencia enclenque, pálida y de pelo amarillo ensortijado. Marco Antonio no hizo más que alisarse el bigote, además sabía que no tenía moral para armar un alboroto, porque en esos días María Luisa había deducido que la negrita María Antonieta Camacho, la bebé de la negra Eloína (la mesera del bar del Hotel Intercontinental), sí era obra del general Granadillo, y eso la trastornaba a ella y lo aturdía a él. «Me descuidé, qué bolas las mías», pensó el general cuando la negra Eloína le vino con la noticia. Esa certeza perturbó mucho a María Luisa en un primer

momento, pero luego lo ignoró, y dejó que el almanaque se deshojara, sin mayores comentarios al respecto.

Marco Antonio era un hombre severo, pero juguetón y romántico en el fondo, robusto, moreno, de espalda ancha y ojos oscuros, con un bigote de brocha que le tapaba el labio superior, de verbo ligero y de frases exactas para cada ocasión, pero distraído en los detalles, pantallero, inventor y flojo en demasía. El general Granadillo se había afianzado en su capacidad para arrimarse a quienes estaban en la buena, y sacar provecho de toda circunstancia, sin más mérito que el de su habilidad social. María Luisa lo conocía muy bien, y sabía que detrás de su coraza, era un hombre de buen corazón, por eso no se dio por sorprendida cuando, en sus últimos días, le pidió, por caridad, que se hiciera cargo de la pequeña María Antonieta.

—Marilú, júrame por Cristo que le vas a echar la mano a la negrita, no te olvides de ella, por favor. —Esa promesa selló una gruesa atadura entre la negra Catalina y doña María Luisa Verastegui de Granadillo, un binomio tan insólito como el agua y el aceite.

La madre de María Antonieta fue la negra Eloína Camacho, una negra altísima, risueña, de muy buen ver, pero discola y enfermiza, hermana de Catalina. El general la conoció un fin de semana en medio de una borrachera en el Hotel Intercontinental y fue suficiente para depositar un encargo en su vientre. Eloína quedó deslumbrada con Marco Antonio Granadillo, se sentía una diosa, nunca entendió el significado

de ninguno de los poemas que le recitaba el general, pero le bastaba con lo bonito que sonaban para vivir montada en una nube. Nadie pensó que la negra Eloína moriría en el parto. Al general no le importó demasiado, pero sí tenía conciencia de su paternidad, así que, pasado el trámite velatorio, asumió su responsabilidad con la bebé.

Tres años más tarde, el pintoresco general Granadillo fue víctima de un extraño padecimiento, unas fiebres muy altas y un dolor en los huesos lo fueron consumiendo, no sin antes darle una casa y un dinerito a Catalina; y el compromiso, por juramento, de hacerse cargo de la pequeña María Antonieta. Fue así cómo la pequeña negrita Camacho pasó su infancia en aquella casa rural en Güügüe, capital del Municipio Carlos Arvelo, al sur del lago de Valencia, al lado de sus primas reales y postizas, de sus supuestas tías, de gallinas y perros; no obstante, siempre se notó su estampa de negra fina y sus aires burgueses (aunque su manera de hablar no fuera gran cosa).

La jovencita María Antonieta, como sabemos, era avispada, nunca estudió, pero tenía cierta vocación para algunas labores, así que Catalina no tardó en parir la brillante idea de ir a hablar con María Luisa, viendo que ya había que buscarle oficio a la muchachita. «No pienso mantené' esta criatura to'a la vida», pensó. Sabía que María Luisa no le podía negar el favor de darle trabajo a la muchacha. La persignada viuda del general Granadillo se irritó en principio ante aquel planteamiento absurdo.

—¿Qué se ha creído esa negra loca de Catalina?! ¿Cree que yo dirijo un orfanato o una casa de albergue? —María Luisa vociferaba delante de Toñito y de sus hijas, en un arrebato de histeria, en el comedor de su casa, frente al óleo del general Granadillo (que en paz descanse).

Pero la viuda de Granadillo fue siempre una mujer reflexiva, de repensar las decisiones y a veces desdecirse, así que pasaron algunos meses y terminó por oír los argumentos de Catalina; María Luisa aceptó aquella insólita situación, además la enorme casona, donde habitaba con sus hijos, tenía muchas habitaciones y un enorme patio con garaje, resultaba muy difícil de administrar y de mantener, así que un poco de ayuda no le vendría mal, resultado: a la joven, contestona, de fina estampa, pretenciosa y altanera, jovencita María Antonieta Camacho, se le abrieron las puertas de la casona de los Granadillo en San Blas. Fue así como la negrita Camacho se encumbró, adquiriendo el puesto de «la cachifa de los Granadillo», cargo ilustre que por motivos prejuiciosos se preocupó en ocultar con eficiencia. Su quehacer en la casona fue llevándola no solo a especializarse en trapear, barrer, pulir pisos y cocinar, sino también a aprender el redituable oficio de la peluquería; no obstante, su «pretenciosura» y altanería siguieron intactas. Luego sucedió lo impensable: Toñito Granadillo se prendió de la negra y esta, como ya sabemos, le regaló varias hijas.

Muchos años después, una tarde de noviembre, Catalina fue a informar del deceso de María Antonieta. La bruja Dionisia Catalina estuvo varios días destrozada por la noticia; no obstante, se enfundó en su mejor percha, se encomendó a sus santos y como pudo salió rumbo a la iglesia de San Blas, llegando allí se orientaría, pensó. No era fácil transitar con la ceguera, pero preguntando se llega a Roma y Catalina llegó a San Blas.

Toca decir que la negra María Antonieta y su amá Catalina nunca compaginaron, al punto que sostuvieron siempre una relación simbiótica, muy en el fondo se apreciaban los favores que se profesaron entre ambas en tantos años de forzada convivencia. El antagonismo entre ellas se sustentaba, quizá, en una asimetría extrema en la forma de ver la vida. Con el tiempo la «tía madrastra» y la «hija adoptada a la fuerza», aprendieron a tolerarse y a traducirse la una a la otra y, por tanto, descubrieron una peculiar forma de comunicarse afecto, fundada en una aparente pugna constante y ofenderse la una a la otra sin piedad. María Antonieta gustaba de vestirse bien, oler rico, asearse, peinarse, era ordenada, aspiraba a grandes cosas y hacía lo necesario para salirse con la suya. Catalina era desaliñada, desorganizada, no reparaba mucho en su apariencia y detestaba a las personas ambiciosas, capaces de hacer lo que fuese por obtener lo que querían. Por otra parte, había que admitir que la sabiduría popular de Catalina era un tesoro.

—¡Marita por Dios!, to'ó tiene límites, la vida es como un espejo, mijita, hay que sabé' respetá', pa' ser respecta'ó,

considerá' a los demás, pa' que te consideren a ti, serví' a los demás, pa' que te sirvan a ti. Porque «ji» mientes, te van a mentí', «ji» traicionas, te van a traicioná'; y «ji» jodes te van a jodé', apréndase eso, hija, la vida «ejun» espejo. —María Antonieta odiaba los sermones de Catalina.

Cuando la bruja Dionisia Catalina Camacho se ponía a rezar, a prender velas, a atender a la gente del pueblo, a curar mal de ojos, o a conversar con sus santos, aquello llegaba al culmen de lo insoportable para María Antonieta, así que se inventaba cualquier cosa para salir. Le repugnaba todo ese circo pseudo religioso, el cual no solo no le reportaba ningún beneficio a ella, sino que además lo estimaba muy contraproducente a sus aspiraciones:

—¿Quién se va a toma' en serio a alguien que vive rodea'ó 'e locos, y de un montón de gallinas, danzando junto a un cuarto lleno de imágenes y velas?, ¿cuándo voy a progresá' si estoy siempre relacioná' a gente jodida y persegui'a por las malas vibras? —Eran las palabras de María Antonieta cada vez que se enfrentaba a los escándalos y borracheras de Catalina en trance, o cuando la oía en medio de algún ritual. Por fortuna, todo ese aquelarre estaba confinado a un cuartucho en el traspatio de la casa de Güügüe, pero el solo hecho de saber que eso estaba sucediendo la indignaba.

Con todo y lo dicho, ambas sabían con certeza que se tenían la una a la otra, que el lazo de agradecimiento era mucho más fuerte que la rencilla y que podían ofenderse con saña e ironía, pero al mismo tiempo sabían que podían contar

con el apoyo incondicional de la otra en cualquier momento y más a «la hora de la chiquita».

Catalina pensó que, después de todo, María Antonieta le había parido tres hermosas hijas al joven señorito de la casona de los Granadillo. Como les comenté, Antonio Rafael Granadillo, Toñito, se había vuelto loco con el «tumba'ò» de la negra María Antonieta, así que obviando el detalle de los títulos nobiliarios, se empecinó en saciar sus apetitos de cama con ella, inocente también del supuesto parentesco que tenían y, a espaldas de su mamá y de sus hermanas (al menos al principio), enfiló los cañones con dirección a la negra María Antonieta, que calculó la jugada con rapidez y aceptó la apuesta, sin saber que estaba entregándose a su medio hermano (todo esto asumiendo que Toñito también era hijo del general Granadillo, cosa que siempre estuvo rodeada de un halo de misterio).

Pese a las quejas del general, cuestionando el origen de las trillizas y de Toñito, y tildando a María Luisa de ser una mujer presa fácil de las tentaciones, la realidad fue que la cama de la viuda de Granadillo solo conoció a dos hombres. El general Granadillo fue uno de ellos, y también era padrote de darse a respetar, por lo que vista la circunstancia dada con la negrita María Antonieta, y el especial cariño que le tenía, intentó imponer en María Luisa algún tipo de responsabilidad a la fuerza, después de todo, ella también podía considerarse «la madrastra» de la negrita Camacho, y además la heredera de los Verastegui tenía un largo rabo de paja, así que podría esperarse



algún tipo de solidaridad con este tipo de orfandades, o alguna mínima ayuda de su parte; sin embargo, el general fracasó en el intento. Luego esa historia de telenovela, según la cual la negra de la limpieza le había parido tres hijas al señorito de la casa (Toñito), se había perdido en los registros, nadie la daba por cierta, ni mucho menos por sabida, excepto Dionisia Catalina y María Luisa, quienes en sus conciencias sabían cómo se había batido el hervido de incertidumbres, en esa olla de mentiras revueltas con medias verdades.

Aquella tarde de noviembre, Dionisia Catalina tuvo que tocar con vehemencia la puerta de la casona de los Granadillo. Todo estaba en silencio. La vieja y elegante casona parecía vacía, pero el instinto le dictaba que no se diese por vencida. Las campanadas de la iglesia indicando que eran las cuatro de la tarde, se oían a lo lejos. La puerta se abrió de repente. María Luisa Verastegui de Granadillo oteó a través de sus lentes a la mujer que tenía en frente. El desparpajo y la grosería eran la marca de fábrica de Dionisia Catalina, así que sin amilanarse un milímetro apuntó:

—¡Buenas tardes, «jeñora» 'e Granadillo! Usté' «jiempre» tan arreglá'. «Je» tardó, ¡carajo!, pensé que no me iba a abrí'. —Los ojos casi ciegos de Catalina alcanzaban a ver en lo borroso la ropa planchada y almidonada de María Luisa Verastegui, y a oler su perfume de señora rica.

—Buenas tardes, Dionisia, tiempo sin saber de ti. —Así contestó al saludo María Luisa, sabiendo que Catalina detestaba ser llamada por su primer nombre. María Luisa subió la

apuesta y de improviso dijo —: Déjame y busco las llaves de la reja, supongo que tenemos mucho de qué hablar.

María Luisa se encontraba sola esa tarde, sus hijas habían salido de viaje y, pese a la tangible incomodidad que le reportaba la visita de la bruja Catalina, decidió que era buen momento para atenderla, además la mataba la curiosidad. Hacía muchos años que no se veían y la vieja e imponente negra, Dionisia Catalina Camacho, no era de andar dando paseos «pa' ve que veía» y menos en los últimos años, durante los cuales había optado por aislarse del mundo, por vivir en compañía de sus perros y sus gallinas.

Los anteriores encuentros de María Luisa con Dionisia Catalina databan de muchos años atrás y no se habían caracterizado por la amabilidad. Una le echaba en cara a la otra la responsabilidad eludida en el cuidado de la pequeña Marita, otra le echaba en cara que ya se podía dar por servida con la casita que le habían dado en Güigüe y que diera gracias a Dios y a la bondad del difunto General (que la virgencita lo tenga en su santa gloria), porque no había papel, ni constancia, que sustentase ese supuesto parentesco. La viuda de Granadillo se exasperaba cuando le tocaban esa tecla.

—¡Andá tú a saber, quién era el papá de la hija de la negra Eloína!, porque esa negra era enfermiza pero de entrepierna caliente. —La determinación de las frases que usaba María Luisa en estas discusiones era de admirar.

Catalina se enfurecía cuando María Luisa usaba esas expresiones y contra atacaba con saña.

—¡Virgen ‘e Coromoto!, María Luisa, por favor, por los clavos ‘e la cruz ‘e Cristo, «ji» lo que está a la vista no «nejejita» anteojos. ¿O usté ‘jigüe» creyendo que don Marco Antonio me dio la casa por «ju» gran bondad?, mírele bien la cara a Marita, mírela bien, yo no tengo la culpa ‘e que «jus» hijas «jayan» salido así, blanquitas y «esperrugi’itas», apaga’itas y sin chiste. —La sonrisa desafiante en los labios de la bruja Catalina le daba un aura de victoria en estas discusiones bizantinas—. Y de Toñito no hablemos, que el parecido con el portu es canta’o. ¿Con qué culo «je» sienta la cucaracha?, ¡justo tú, María Luisa, «vaja» vení a hablá ‘e calenturas en la cuca!, pero tienes que está más ciega y bruta que yo, porque Marita «ejel» porte y la cara de mi general, eso sí, con cuquita, yo no sé que tendrán tus hijas entre las piernas —le ripostaba la vieja Camacho, en aquellas batallas de esgrimistas de la ironía.

Allí estaban de nuevo, esa tarde de noviembre, pocos meses después de que el mundo se conmocionara con la dimisión de Richard Nixon por el escándalo *Watergate*, dos muy viejas conocidas, tan disímbolas como arquetípicas, dispuestas a aventarse otro round de verdades a la cara. Cada una en una silla del ante patio de la casona de los Granadillo. Catalina tomó a siento y se quedó mirando el detalle de los pilares con decorados de yeso, los pajaritos enjaulados y lo frondosa que estaban las plantas, en especial la de hoja elegante. En una esquina, sosteniendo con finura una taza de té de manzanilla, la persignada y correctísima, señora María Luisa Verastegui de Granadillo, con toda su distinción por delante, con

aquel pelo blanco, de peinado impecable, su vestido beige de tardes domingueras, con bordados en la solapa, sus uñas de un rosa pálido, pintadas a la perfección y un discreto collar de perlititas blancas. En la otra esquina, aplastada sobre su asiento, sosteniendo un pocillo de café hirviendo, la ordinaria y mal hablada negra Dionisia Catalina Camacho, con su tosco pelo inmóvil, abundante y rebelde, con lamparones blancos, luciendo una insólita bata marrón oscura, descolorida, de tela de yute, lo que, sumado a su mirada amenazante y a su ceguera, le otorgaba una presencia espectral, como para santiguarse ante aquella aparición «zamurezca» de un metro ochenta y cinco. Las uñas rojas, despostilladas, en la nuca un collar de cuentas de madera y colgando del brazo un carterón negro, la bruja Catalina portaba sus mejores galas. La conversación empezó por recordar con añoranza los viejos tiempos, no faltaron las anécdotas y los «te acuerdas de ...». Estuvieron a cada rato interrumpiéndose, corrigiéndose la una a la otra en los detalles de sus narraciones, como dando a entender «yo sí me acuerdo bien de eso». Así fue transcurriendo esa tarde gris, con olores intensos a café y a cargados tés de manzanilla. Las galletitas nadie las probó. De pronto, sin querer, descubrieron una obviedad: ambas tenían muchas historias comunes, diferentes puntos de vista, pero muchos cuentos paralelos y por dar tantos rodeos al meollo de su encuentro, habían terminado por construir una burbuja de complicidad sabrosa, una tregua sanadora que prometía ir sacando a la luz lo que tenían que decirse, pero sin estragos, con mucha más

cordura de lo que se habían pronosticado (la vejez las había dotado de paciencia, los años habían templado el carácter de las dos, ya no estaban para gritos y jaleos).

Después de recordar los riquísimos besitos de coco de la panadería Branger, y todas las exquisiteces que se vendían allí, hasta antes de la muerte de la esposa del portugués, Catalina desenvainó el machete de su boca y soltó:

—Imagino que te enteraste que el año pasa'o falleció la esposa del portugués, el 'e la panadería. «Ji» a mí me llegan esas noticias, supongo que a ti más rápido.

—¡Que en paz descanse!, doña Joana ya no podía con ese calvario de enfermedad. —María Luisa se santiguó con la mano derecha y la tasa de té le tembló en la mano izquierda, derramando una gota por el borde. Sabía por dónde vendría el nuevo ataque de Catalina.

—¿Y tú no te has acerca'o a dá'le el pésame al portu? Uno le agarra cariño a los vecinos con los años, ¿verda'?

—Deja el doble sentido, Catalina, ya estamos muy viejas para jugar a las adivinanzas, ¿no te parece?

—A las adivinanzas estuvo jugando el general Marco Antonio contigo to'a su vida, qué descará' fuiste, «Marilú», «ají» te decía él. ¿Tú crees que el no «jabía» que tú tenías tus cositas con el portu? Te aclaro, hoy, domingo, veintitrés de noviembre de mil novecientos setenta y cuatro, que to'o San Blas sabía esa vaina, pero como tú te empeñas en vivi' sabe Dios en qué mundo, pensabas que la cosa estaba muy escondí'a.

La viuda Granadillo se puso de pie con lentitud, dio otro sorbo a la tasa del té ya frío para aclararse el gañote y darse tiempo para pensar su respuesta.

—Parece que va a llover, Dionisia. —El cielo se encapotó sobre el jardín de la casona de los Granadillo, y una brisa fría empezó a circular—. ¿Y viniste nada más a decirme eso?

—¡Cálmate, chica!, tú «jempre» con un bendito estrés auestas. Voy a hacé' e cuenta que cómo no sabes que «'ecí», te haces la loca... ¿Te enteraste que mi negrita María Antonieta se mudó a San Blas?

María Luisa volvió a colocar la tasa de té sobre la mesa y acarició el mantel bordado.

—¡Me desayuno con la noticia!, yo a María Antonieta le perdí la pista, después de que nos entregó el departamento de Los Guayos.

—«Noj entregó elapartamento», ¡por Dios! —Catalina se fue poniendo de pie para intimidar con su estatura a María Luisa. Dio un par de pasos y sonrió—. ¡Qué descará', chica! Qué manera tan fina 'e decí' que la echaste como a una basura. Después 'e «tantojaños» que te ayudó aquí mi negrita, ¡la echaste, María Luisa!, fuera 'e juego: ¿tú qué tienes en las venas? Porque sangre no 'ebe se'.

La viuda de Granadillo tragó saliva y sintió el impulso de un reflujo estomacal que le amargó el gesto; sin embargo, se recompuso como pudo, se hizo la desentendida, y con voz solemne se dirigió a su invitada.

—Dionisia, ven conmigo que te voy a explicar algo. —  
María Luisa soltó la frase y le dio la espalda a Catalina, a la  
espera de que la siguiera.

Salieron caminando con parsimonia rumbo al comedor. Allí se volvieron a sentar, frente al óleo del general Granadillo. Y María Luisa retomó la palabra.

—¡Marco Antonio y sus travesuras! —dijo mirando al cuadro como si le hablara al difunto— Dionisia, si tú tuvieras hijos, y me refiero a hijos tuyos, paridos por tu vientre, no a bebés prestados porque no quedaba de otra; si tú fueras madre de verdad, tú sabrías lo que una es capaz de hacer para defender un hijo y para defender lo que les corresponde a ellos.

Catalina tomó un sorbito de café para lubricarse la boca.

—¡Gua! Si justo por eso vine. —Catalina seguía con una mano aferrada al pocillo de café y con la otra paseaba los dedos por el camino de mesa de colores brillantes—. Vine a recordá'te que eres abuela. Y tus nietecitas viven aquí en San Blas, cerquita, chica, ya «ejora» 'e qué te ocupes de eso.

—¿María Antonieta vive en San Blas?!

—La verda' que tú vives en otro mundo, Marilú. ¿Entonces tú nunca viste por aquí, por San Blas, a María Antonieta, a mi negrita?, es que tú nunca le has «para'ò bola» a lo que «paja» a tu alrededor, pa' ti lo único que existe «jon» estas cuatro paredes. —Catalina detuvo su discurso para observar un juego de candelabros de plata que decoraba la mesa, tocó uno de los candelabros y prosiguió— ¿Quién iba a pensá' que mí negrita terminaría viviendo en esta misma

zona, chica, «jiendo» vecina tuya? Allí to'avía vive su esposo, en calle Colombia con Campo Elías, ¿no conoces al Negro «Jecundino»?

—La verdad nunca me topé con ella, ni menos con su esposo.—La viuda de Granadillo resopló y se llevó una mano a la frente—. Algo oí, alguna vez, acerca de las fiestecitas que se daban allí cerca de la plaza La Glorieta, de un negrero que vivía por esos lados, pero tú sabes que nosotros no somos gente de salir mucho y menos por aquí.

—Pues allí vivió mi negrita los últimos cuatro años, chica, con sus tres hijas, tus nietas, y su esposo, «Jecundino». Bueno, la verdá' vine a 'ecirte que murió hace dos semanas, y que tienes que «haje'te» cargo 'e tus nietas, eso no pue' quedá' así. El general debió dejá' algo 'e valor, algún dinerito.—Catalina dejó salir la frase que le carcomía la boca y luego soltó una carcajada.

—¿Dinerito?, ¿de Marco Antonio? ¡Ay, Catalina!, qué mal informada estás —dijo la viuda de Granadillo alzando el cuello y llevándose las manos a las caderas.

—Míralo ahí monta'ò en «eje» caballo —comentó Catalina viendo el óleo—. ¿De cuándo acá, chica? Si mi general odiaba los caballos y «nojabía» montá'. ¡Qué locura la tuya, María Luisa! Y mientras tú vives encerrá' aquí en tu mundo, yo estuve velando a mi negrita.—Catalina apoyó las dos manos en la mesa del comedor y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. La viuda de Granadillo perdió el temple, al ver cómo se derrumbaba el gesto vigoroso de su adversaria.



—Lo siento mucho, mi sentido pésame, Catalina — contestó María Luisa, con inmediatez, casi por instinto, añadiendo al tono neutro de su respuesta una genuina cara de conmiseración. Ella sabía que el general había adorado a María Antonieta.

—La vaina «jue» así ‘e un día pa’ otro, un choque en la autopista. Iban con una camionetota, nue’écita, que se había compra’o el Negro «Jecundino». «Nojaves» lo que ha si’o to’o esto, María Luisa. Ahora mismo las niñas siguen llorando, ¡«yjon» tus nietas!, y el Negro está grave en el hospital.

—¡Dios mío! —María Luisa se acercó a Catalina y la tomó de una mano— No sé qué decirte Catalina.

La viuda de Granadillo reflexionó unos instantes, buscando las palabras adecuadas y ante la presión de decir algo, eligió ser honesta, quién sabe por qué.

—Antonio Rafael, mi hijo, quiso mucho a María Antonieta. Tú sabes que yo me opuse a eso, pero debo admitir que la amó con el alma, fue el amor de su vida. —María Luisa hizo una pausa se lavó los ojos con las manos—. Ya vengo —dijo y fue con prisa a la cocina y volvió con dos vasos de agua—. Como te decía, Toñito un día me confesó que las dos primeras niñas de María Antonieta eran de él, pero la tercera no, mi hijo nunca negó su paternidad, Antonio Rafael siempre se hizo cargo de las niñas mientras vivió, pero no pudo con lo de la tercera barriga de Marita. —Las gotas de lluvia empezaron a oírse caer en el techo. Catalina observaba con gran atención cada gesto en el rostro de María Luisa—.

¿Tú sabes que una noche me comentó que esa tercera barriga no era de él?, hacía varios meses que andaba tristeando por la indiferencia de María Antonieta, fue por esos días que se acercó Raquelita y un día me llegó con ese cuento, que estaba deshecho, que su princesa, María Antonieta, lo había dejado de querer, que lo había insultado y que no entendía por qué y que él no quería saber nada de Raquel. La verdad que él no quería casarse con Raquelita desde un principio, lo admito. —Catalina esquivó la mirada de María Luisa y se puso a mirar las vitrinas llenas de piezas de vajilla fina, y pasó sus manos por los cristales palpando el polvo, «la limpieza ahora no es como antes», pensó, y luego tomó uno de los candelabros, de manera distraída, estuvo en silencio, no quería presionar a María Luisa para que agarrara confianza en su discurso.

—¿Y qué «pajó» entonces? —preguntó Catalina sin ver a su interlocutora a la cara, acariciando el candelabro.

—Pues que mi muchacho era un romántico insufrible.

María Luisa se había dejado llevar por el impulso de compartir aquella verdad, como respuesta en reciprocidad a la noticia de la muerte de María Antonieta. La viuda de Granadillo se percató del calibre de su imprudencia. Todo lo que estaba contando era algo tan íntimo que jamás debió conversarse así, y menos delante de la vieja Catalina, así que se detuvo por un momento y trató de remendar lo dicho.

—Toñito fue siempre un buen muchacho, ¿sabes?... Él, muy en el fondo, quería reconocer a las niñas, darle su apellido y hacer una vida con Marita, así la llamaba él. —María

Luisa quería callar, pero no podía, no lograba entender por qué su boca hablaba sin permiso, aunque sus pensamientos ordenaban lo contrario. Prosiguió con cierta timidez en la voz— Pero yo me empeñé en que esa pataleta con María Antonieta no tenía sentido, ¡un señorito de su posición no podía echarlo todo por la borda por una simple calentura!, ¡tú me entenderás, Catalina!, y sí, lo empujé a que buscara a Raquelita. —Unas lágrimas se orillaron a los ojos de María Luisa y tomó una servilleta de tela para contenerlas; no obstante, sentía que ya no podía detener la narración.

María Luisa se sintió rodar por un precipicio de emociones al que temía, y en una fracción de segundo se reprendió por su flaqueza. ¡Cómo iba a sucumbir de esa manera!, justo frente a su archirrival Dionisia Catalina, pero al mismo tiempo sintió un alivio enorme, una catarsis estremecedora, sintió como si un fardo le abandonaba los hombros al soltar esas palabras que la estaban aplastando por dentro. Miró a la vieja Catalina, quien a su vez la observaba sin pestañear, aferrada a su vaso de agua, con la boca entreabierta.

—Cuéntame con confianza, chica —dijo la vieja Dionisia Camacho—. Tú «jabes» que yo soy buena pa' respondé', pero soy más buena oyendo, y hay cosas que «ji» uno no las dice, te quemar el alma.

La lluvia arreció. Ya en ese punto María Luisa no pudo más y destrabó su corazón:

—Antonio Rafael tenía muchos problemas para manejar sus emociones, se deprimía seguido, Marita era su tabla de

salvación, era lo único que lo sacaba de esos pozos, mi niño no pudo soportar el desprecio de Marita. ¡Ay, por Dios, Catalina! Esto que te voy a contar es muy difícil. —María Luisa rompió en llanto. Luego se secó las lágrimas y palideció.

La bruja Camacho había previsto en sus alucinaciones que era preciso que hiciera esa visita, pero ahora se veía presa del nerviosismo, por un momento pensó que a María Luisa le daría un telele.

—¡No me jodas, María Luisa!, y yo que pensé que era yo la que venía a suplicarte que me oyeras —dijo Catalina acercándose unos pasos.

—Esto no se lo he comentado a nadie, Catalina. —El aire escaseaba en los pulmones de la viuda de Granadillo, Catalina la ayudó a sentarse—. Antonio Rafael no murió asfixiado por ninguna cabeza de ajo, yo lo encontré esa mañana tendido en su cama. —María Luisa de Granadillo se sintió desfallecer en ese instante, no obstante, sacó fuerzas y prosiguió— Se había tomado unas pastillas y no supe qué hacer, no me salieron las lágrimas cuando lo vi, fue tanto el dolor. Sentía que me desmayaba. Después se me ocurrió que no era conveniente tener que lidiar con el estigma de un suicidio. Sí, yo me inventé esa vaina de la atragantada con la cabeza de ajo, para tranquilizar a las trillizas y para ahorrarnos los comentarios de la gente. —María Luisa se sintió un poco aliviada al hablar. Mientras la lluvia parecía ir atenuándose en su goteo sobre el tejado—. Todos los días me lo reprocho, porque además la noche anterior me dijo que Marita le había

vuelto a decir que ya no quería verlo, que ya no quería saber nada de él, y yo no le presté mucha atención, pensé que se le pasaría, que eran cosas de muchachos. —María Luisa dijo esto último y sintiéndose de nuevo sin aliento se puso de pie con rapidez, abrió la boca buscando aire, se excusó y caminó rumbo al baño.

María Luisa se veía timorata, pero con cierta entereza. La vieja Camacho había quedado muda y muy lejos de sentir algún tipo de satisfacción por ver desquiciada a su oponente, se sintió temerosa, confundida. Se levantó, también buscando aire, se tomó lo que quedaba de agua en el vaso y aprovechó la repentina soledad para deambular por la casona. El general Marco Antonio nunca le había permitido a la negra Catalina entrar a su casa, varias veces había llegado a la reja, pero nunca había sido invitada a entrar. Se detuvo frente al cuadro del general Marco Antonio a caballo, solemne, posado en una llanura sobre un caballo zaino, el cuadro ganaba opulencia con aquel marco de madera hermoso, recubierto con pan de oro. Catalina se persignó y empezó a balbucear una especie de mantra. Siguió caminando, susurrando algo incomprensible, apreciando los muebles de madera fina, el hermosísimo comedor de ocho sillas, con tres candelabros de plata sobre la alargada mesa cubierta por un mantel bordado, los portarretratos, los adornos de porcelana *lladró*, lamentó no tener un rosario a mano y acarició las cuentas de su collar. Sin premeditarlo pasó de manera inadvertida al patio. Era un patio trasero grande, bonito, de pronto sus ojos se abrieron de par en par ante la presencia de

un espigado árbol cargado de guanábanas. Sintió que ya no debía estar allí, sin meditarlo mucho salió de la casona en silencio. María Luisa seguía en el baño, hundida en una especie de *shock* emocional. Catalina entendió que María Luisa no quería que nadie la viera en ese estado, así que se fue sin despedirse y cerró la reja sin hacer ruido.

Hacía muchos años que Catalina había presenciado uno de los tantos momentos en los que el ilustre general, Marco Antonio Granadillo, se dedicaba a compartir con la entonces bebida María Antonieta. Recordaba clarito esa noche en la que se había acercado con una taza de café humeante, negro y sin azúcar, como le gustaba al general. Y observó como Marco Antonio le contaba cosas a su hijita: la negrita, así la llamaba. Él le hablaba como si la infante pudiese entender algo. Esa noche le decía:

—Tú eres una princesita, que un día será reina, la reina María Antonieta, y tu tesoro está oculto, preciosura, enterrado en la pata de un árbol de guanábana y allí estará ese tesoro esperando por ti, mi princesa bella.

En aquellos días, Catalina no dio importancia a las bobadas de Marco Antonio con la niña en brazos, muchos años después soñó que le susurraban que había un entierro en la pata de un árbol, se sonrió para sus adentros, recordando que esa era la historia del general Granadillo y días después se la comentó a la joven María Antonieta, que había ido a visitarla una tarde de sábado. Las dos estaban conversando en la casa de Güigüe, mientras custodiaban a la pequeña Amelita:

—¿Marita, tú te acuerdas que tu ‘apá te contaba que tú eras una princesita?

—¡No Amál!, yo casi ni me acuerdo ‘e mi ‘apá.

—Pues «ji» hija, él te agarraba ‘e chiquita entre sus brazos, en el patio ‘e esta misma casa, y te contaba historias, te ‘ecía muchas cosas, ‘ecía que tú eras la reina María Antonieta y que tenías un tesoro enterra’o en la pata ‘e un árbol de guanábanas. ¡Ayy! ¡Cómo inventaba historias el viejo Marco Antonio.

—¡Ahhh pues «jí»!, yo creo me «acueldo» de algo eso. Eso «jí», yo «ji» estoy segura que en otra vida fui reina, ‘e eso no me cabe duda —sentenció la joven negrita Camacho y tosió de la risa. Ambas terminaron riendo con complicidad.

En aquellos días, María Antonieta recién se había independizado y se había ido a vivir a la urbanización Popular Los Guayos, a un departamento de la familia Granadillo, dejando atrás a la vieja Catalina, como quien rompe un maleficio. En esos ayeres, la negra María Antonieta se esmeraba cuidando a Amelita, su primogénita, a la que, entre otras muchas cosas, le empezó a repetir la misma historia que le contaba el general Granadillo, pero viendo el entusiasmo en sus reacciones y observando sus «gananas de bailar», le adornó la historia, inventándole una canción pegajosa:

«A ton ton, a tonga tonga,  
Amelita, muchachita,  
la más bella y más bonita,  
‘e todas las princesitas,

que «je» llama, que «je» llama,  
que «je» llama, Amelita»...  
«A ton ton, a tonga tonga,  
¿'onde duerme mi princesa?,  
la más bella y más traviesa,  
la que tiene su tesoro,  
escondido entre las sabanas  
enterra'ó duerme el oro,  
en una mata 'e guanábanas».

Marianita y Rosa ya no fueron arrulladas con esa canción inventada. Para ellas hubo menos atenciones, casi nunca estrenaron, porque los vestiditos, los cintillos y zapatitos fueron heredados de unas a otras. Después del nacimiento de Marianita, María Antonieta se fue haciendo cada vez menos mamá y más mujer de buscarse la vida, se ocupaba mucho de sí misma, se compraba ropa cara y se vanagloriaba de su lista de pretendientes, hasta que una vuelta del destino la mandó de manera inesperada a una humilde habitación en el sector diez de La Isabelica, en medio de una situación muy complicada. La familia Granadillo le dio la espalda sin previo aviso.

Secundino las rescató a todas y salió excomulgado del barrio Los Guayos, dejando sin catcher a los Guerreros de Los Guayos. Luego les dio su apellido.

Amelia Camacho pasó a ser entonces Amelia Rabanedo Camacho, una niña no tan buena moza, pero tampoco fea, que creció con muchas historias raras en la cabeza, sin conocer nunca a su papá biológico y muy apegada a su mamá, la



negra María Antonieta Camacho, que, cuando tenía tiempo, la bendecía y le enseñaba el mundo, así pasó su niñez en un departamento modesto en la urbanización popular Los Guayos, y luego en una casita humilde, rentada por el Negro Secundino, en el conflictivo barrio Atlas, hasta que un día llegó la negra María Antonieta con la noticia de la mudanza a San Blas. La entonces adolescente Amelia Rabanedo Camacho se molestó muchísimo. Ella no sabía ni dónde quedaba San Blas y tenía a todas sus amigas en aquel barrio lleno de sinsabores. Cuando llegaron a la casona de calle Colombia con Campo Elías y vieron el montón de habitaciones, los muros anchos hechos de adobe, los techos altos de teja roja, la cocina amplia y ventilada, el enorme baño con su puertecita de madera, el garaje grande, y aquel bonito patio trasero de tierra, con helechos y un robusto árbol de guanábanas al centro, Amelia no pudo menos que sonreír.

Esa noche húmeda de noviembre, Catalina quedó trastocada por la revelación de la viuda de Granadillo, y para limpiar su mente y aprovechar lo que quedaba del día, se apareció en la casona de los Rabanedo Camacho, a fin de cuentas ya se encontraba en San Blas. El Negro Secundino arrugó la cara cuando vio la larga silueta de la bruja Camacho en la puerta: «¿Y esta vieja no estaba ciega?», se preguntó ante la sombra fantasmagórica, prieta, casi azul marino, dibujada en el zaguán tocando el timbre.

—Ahí creo que está tu abuela, Amelita, atiéndela tú que yo estoy muy cansa'ò. —Llegó diciendo Secundino a la cocina.

Amelia frunció el ceño y a regañadientes salió al encuentro. La invitó a pasar, le fue a buscar un pan dulce con café y pronto ya estaban platicando como cotorras. Amelia se animó, sacó dos cervecitas y bajo los efectos del alcohol fueron relajando la lengua, hasta el punto que, en un alarde de hospitalidad, encendieron el *pick up* Panasonic para celebrar la comunión y el entendimiento que estaban experimentando «la tía abuela» y la «nieta», en esa tarde noche tan acontecida. La aguja de zafiro empezó su mágico oficio, dando vida a la voz de Alfredo Sadel:

*«Ansiedad de tenerte en mis brazos, musitando palabras de amor... Ansiedad de tener tus encantos y en la boca volverte a besar ...»*

La vieja Camacho disfrutó la canción, luego disparó el comentario:

—Tengo que hablá' una vaina con tu papá, y otra contigo, Amelita.

—¿Quieres que lo llame?, creo que está 'urmiendo. — Amelia se hecho un trago de cerveza después de haber inventado su respuesta.

—«Noje» preocupe, hija, yo vengo otro día a hablá' con él, pero dígame que estamos pendientes.

—Yo le aviso. ¿Y qué me quiere contar a mí, abuela?

—Coño, hija, te vas a reír, pero: ¿te acuerdas 'e la canción que te cantaba tu mamá de chiquita?, esa de «a ton ton a tonga tonga...».

—¡Claro que me acuerdo, abuela! Si mi mamá todavía me jodía, después de grande, cantándome esa vaina. Yo le voy a confesá una cosa. Cuando Secundino sale y tengo tiempo, me he puesto a «jurungá» ese patio, y he removido la tierra en la pata del árbol de guanábana, uno no sabe si de pronto se consigue una vaina. Porque mi mamá decía que el tesoro estaba en una mata ‘e guanábanas en San Blas.

Catalina se quedó muda, después se rio. Observó a Amelia y le dijo en tono bajito:

—«Puejstás» buscando en el sitio equivocá’o. ¿Te acuerdas cuando fuiste con Rosa y los muchachos a buscá’ el tesoro en la casa ‘e los Granadillo?

—¡Cómo olvidarlo! Pobrecito el Gaguito, qué trancazo se dio, pero allí no había nada y mira que los muchachos echaron pala ese día, ¡me recuerdo y me da risa! —Amelia sonrió al repasar en su mente esa aventura de adolescentes.

—Pues no estaban tan despista’os, pa’ mí que la viuda ‘e Granadillo tiene algo, ella se les adelantó. Alguna herencia tuvo que «habe» deja’o el general y la tiene ella. —Catalina se quedó expectante, analizando la reacción de Amelia.

—¡Abuela lo mejor es dejar ese asunto así! —dijo Amelia con fastidio—. Dios proveerá, qué va a está uno mendigando herencias a «estajalturas».

—¡Pues lo que sea que haya deja’o el general le correspondía a tu mamá algo, eso es así, mija!

Amelia no pudo dormir esa noche, después del perturbador encuentro con su abuela Catalina. La vieja Camacho

siempre había tenido la facultad de alterarla, pero esta vez se había excedido. Por un lado, por volver a llover sobre mojado en cuanto al parentesco de las niñas Camacho con los Granadillo, cosa que aunque se adivinaba dentro de la leyenda familiar, siempre fue un tema tabú; por otro lado, sembrar la posibilidad de una herencia que no venía ni al caso, ni le apetecía en absoluto ponerse a reclamar y para remate la referencia tragicómica de la anécdota del árbol de guanábana. Amelia no lo admitía, pero seguía intrigada por el mito del entierro del general Granadillo, lo había buscado por años.

La hija mayor de los Rabanedo Camacho no pudo pegar un ojo esa noche recordando su infancia. Se dedicó a repasar con mucho detalle aquella aventura, cuando supieron que también había un árbol de guanábanas en la casa de los Granadillo. Se encompinchó con Rosa, a Marianita no le dijeron nada porque sabían que iba a decir que estaban locas. Amelia y Rosa buscaron la manera de convencer a Juan Aníbal, a Manuel y al Gaguito Martínez, y de subirlos a su elocuente plan de asalto a la casona de los Granadillo, eran los hombres indicados para acompañarlas en aquella descabellada ocurrencia.

—¿Tú estás loca, Amelia? —Replicó Juan Aníbal—. ¿A quién se le ocurre esa vaina de ir a meternos en la casa de los Granadillo sin permiso? Para empezar, esa casa tiene una cerca muy alta y las hermanitas Granadillo casi nunca salen de ahí.

—Y si no, no, nos ganamos la lo, lo, lotería y encontramos esa vaina, no, no, nos ponemos las botas, caballo —comentó animado el Gaguito Martínez.

—¡Otro loco más!

—Hazlo como un favor para nosotras, Catire —dijo Rosa Magdalena, moviendo el rostro hacia un lado, llevándose las manos a las caderas e hipnotizando a Juan Aníbal con una mirada seductora.

Juan Aníbal se quedó mirando a Rosa por un instante, luego sonrió y dijo:

—Suponte tú que entramos, Rosa; ¿tú sabes lo que es ponerse a echar pala allí mismo y sin ton ni son, sin saber ni dónde escarbar? ¿Y si nos agarran ahí adentro? ¿No vamos presos?, estaríamos robando. O ustedes creen que vamos a decir: «Disculpe, señora Granadillo, estábamos buscando una pelota 'e goma que creemos que está aquí enterrada». —Tras parodiar esta descabellada idea, en tono pazguato, Juan Aníbal se quedó pensando. Dentro de todas las locuras, esa excusa no era tan mala. Decir que estaban «buscando una pelota en el patio», era la coartada perfecta para justificar que hacían allí, si es que se daban cuenta. Lo demás era meter una pala en una bolsa y «echarle bola», mover la tierra en la pata del árbol a ver que había.

Esperaron el domingo, la hora de la misa pintaba como el momento más oportuno. La joven Amelia y Rosa se quedaron afuera «campaneando la zona», mientras Juan Aníbal, Manuel y el Gago se jugaban el físico, trepando por los techos, con una soga que buscarían dónde amarrar para habilitar el descenso y la subida. Iban apertrechados con una mochilita donde cabía todo, incluyendo la pala, el pico y la pelota de goma (que de ser necesario entraría en escena).

El aterrizaje en el patio sobre los rosales no fue preciso ni suave; de hecho, levantaron un polvo de cuidado, pasado el lance, todo seguía en silencio. Habían hecho un trabajo previo de inteligencia para reconfirmar que no había perros y que la casa estaría sola. Todo marchaba a pedir de boca. Empezaron marcando picotazos con arbitrariedad alrededor de todo el árbol de guanábana, luego usaron la pala para remover la tierra. Trabajaron sin descanso, sin orden, nerviosos y concentrados en la certeza de que pronto debían dar con alguna caja, o con algún cofre. Había lugares muy duros, zonas enraizadas donde el pico no penetraba. No se amedrentaron. Desde afuera, Amelia y Rosa les gritaban bajito que todo iba bien. La hora y media que calcularon pasó volando y aparte de haber destruido todo el jardín, no se veía otro resultado en la faena, así que viendo aquel desastre se desesperaron, de pronto el pico dio con algo que sonó diferente y al mismo tiempo Amelia gritó: «¡Salgan que ya vienen!». Azorados por la voz de Amelia, prefirieron quedarse con la duda, emprendieron la huida. Juan Aníbal y Manuel treparon con destreza usando la cuerda atada a una saliente del techo. Vino el turno del Gago. Pisó mal al tratar de buscar apoyo en la pared, ya casi llegando al techo. Los nervios lo traicionaron. El Gaguito se fue de espaldas en caída libre y aterrizó sobre el rosal. De nuevo se levantó un polvo y en esta ocasión un grito desgarrador se escuchó en toda la cuadra: «¡Ayyy co, co, coño!». Chicharrín, el perico de las Granadillo, entró caminando apurado al jardín y empezó cantar:

«Únicamente tú, eres el todo de mi ser, únicamente tú, únicamente tú, únicamente tú...».

El Gaguito, aún tendido sobre el rosal, se percató de que no podía apoyar bien la pierna derecha, así que se quedó sentado, inmóvil, dispuesto a inmolarse por la causa. Amelia, Rosa, Juan Aníbal y Manuel avistaron a María Luisa y a las hermanitas Granadillo a lo lejos y salieron despavoridos, dejando al Gaguito Martínez en el patio, recostado del árbol de guanábanas, con todo el honor de los caídos en batalla.

—¡Como usted comprenderá, señor Martínez, nadie se cree el cuento de que su hijo estaba buscando una pelota de goma! —Apuntaba María Luisa, escoltada por la policía, que ya se había desplazado a la zona, y en presencia del Gaguito Martínez y su papá, que seguía sin dar crédito a lo que estaba sucediendo—. Olvidémonos de los destrozos causados en el jardín, eso ya habrá tiempo de resolverlo, mi inquietud es entender qué pretendía su hijo al entrar así a mi casa a perpetrar este desmelene.

—Yo entiendo, señora María Luisa, pero entienda usted también que es un muchacho y está muy nervioso, no puede hablar y hay que atenderle esa pierna. Si usted me lo permite yo me hago cargo de arreglar todo esto, después que lo atendamos. —Así trataba de disuadir don Teodoro Martínez a la enconada María Luisa, que no paraba de repiquetear sobre el suelo con su tacón derecho.

La noche después de encontrar al Gaguito tendido en su patio, María Luisa Verastegui de Granadillo estaba desencajada, por eso tuvo una larga conversación con su difunto esposo. Solía sentarse a bordar manteles, sola y de noche, frente al cuadro del general Marco Antonio, allí empezaba a mover los labios con rapidez, dando vida en su imaginación a largas tertulias con su finado marido. «Esa bruja, Catalina, ¡qué insolente!», pensó.

—¿Qué crees tú, Marco Antonio? Tuvo que ser ella la que mandó a este muchacho, ¿quién más pudo haber estado en la pista de tu cofrecito, mi amor? —murmuró María Luisa y alzó la vista hacia el cuadro, mientras acariciaba una cajita de madera antigua.

Amelia no pudo dormir esa noche del reencuentro con su tía abuela y María Luisa Verastegui de Granadillo tampoco. La viuda de Granadillo todavía bordaba y muy de vez en cuando hablaba con su difunto marido. Esa misma noche, después de discutirlo en su imaginación con Marco Antonio, le pidió disculpas por lo que haría y trazó un plan para aquietar el revoloteo de Dionisia Catalina, así que poco más de una semana después, una mañana de martes, se puso en marcha, rumbo a Güügüe. Ahora sería ella quien sorprendería en su terreno a la vieja Camacho.

No fue fácil dar con la casa de Dionisia Catalina Camacho. Cuando la vieja Camacho avistó con dificultad la figura inconfundible de María Luisa Verastegui en su puerta, pensó: «vieja inventadora y muerta de hambre, ya sé por qué vino».



—¿Cómo estas, María Luisa?, te veo mejor que en estos días. —La apariencia de Catalina era como para salir corriendo y no voltear atrás, pero a ella le importó bastante poco.

—¿No me invitas a pasar? —respondió María Luisa con fingida amabilidad. Estaba decidida a hacer lo que había ido a hacer a cualquier precio.

En verdad, María Luisa Verastegui de Granadillo había logrado sorprender a Dionisia Catalina. Aquella casa parecía que en años no había sido limpiada como Dios manda, el olor a perro y humedad, el polvo en los sillones desvencijados, las paredes mohosas y una ligera nube de moscas revoloteando sobre los trastos sin lavar apilados en el fregadero, daban cuenta de un lugar sumido en el casi total abandono. María Luisa empezó a considerar la posibilidad de que aquello hubiese sido una mala idea, pero se contuvo; y ya sentada, con una tacita de barro en la mano, oliendo el aroma del café, se reanimó.

—Cuéntame una cosa, Dionisia, ¿tú sigues empeñada en que yo le debo algo a Amelia, a Mariana y a Rosa?

—Empeñá' no. Convencí'a, «ejuna» mejor palabra.

—Me encanta tu sinceridad. —La cara de María Luisa se arrugó cuando sintió una piedra en el café—. ¿Y esto? —dijo sacando de su boca un pedazo de tierra asopado.

—¡Disculpa!, es que no esperaba visitas y a veces el techo bota piedritas. ¡Qué vergüenza! —La sonrisa en los labios de Catalina no se condecía con sus palabras; sin embargo, intentó recomponer la afrenta—: Coño, chica ¿y si en

vez ‘e café me aceptas una cervecita?, están «friitas» y además está haciendo mucho calor y esta vaina va pa’ largo.

—Cómo tú quieras.

María Luisa estaba programada para no desairar a la anfitriona de la casa, ya se había imaginado lo que tendría que aguantar, así que, casi sin meditarlo, aceptó una cerveza tras otra. La conversación se fue extendiendo como una enredadera. Ya llevaban tres cervezas cada una y de nuevo habían caído en la tentación de dar rodeos, de referir historia tras historia e incluso de chismear con cierta complicidad. Entradas en confianza y viendo caer la tarde, fue María Luisa quien disparó primero.

—¿Mira esto que te traje?

—¡Y ese reloj?! —exclamó Catalina poniendo cara de extrañeza.

—Esta porquería era todo lo que había en la bendita caja enterrada de Marco Antonio, esto es toda la supuesta herencia de «Mi General Granadillo», como le dices tú — María Luisa hizo una pausa breve para evaluar la reacción de la bruja Camacho, luego prosiguió—. Y te digo una cosa más; No es un reloj de oro, ni vale mucho, ya ni siquiera da la hora. Ese es todo el supuesto tesoro. ¿Y te digo otra cosa?... , Marco Antonio nunca sirvió para nada.

Una especie de neblina grisácea se apoderó de la cara de la viuda de Granadillo cuando pronunció esta última frase. Las recientes discusiones con la parentela del general y la inminente decadencia económica que agobiaba a su

familia, la llevó a quitarse algunas de las miles de máscaras que se había construido por años, ya no quería, ni podía, mantener ese parapeto de abolengo. Tomó aire y continuo su estudiado discurso.

—Marco Antonio no fue un hombre de mal corazón, ni malo ni bueno, fue un hombre de su época, pero te diré que ni como padre, ni como esposo, ni como militar, fue gran cosa y tú lo sabes, Catalina, para qué nos vamos a engañar. —dijo María Luisa y Catalina quedó estupefacta ante aquella revelación.

La bruja Camacho tomó el reloj entre sus manos y puso cara de profundo análisis.

—Pues la verdá' que esta vaina no da pa' mucho —dijo mirando el reloj con detenimiento—. Y, según tú, el dueño tampoco. Jeje —rio la bruja Camacho—. ¡Quién te oyera y quién te oyó!, Marilú, hasta ahora «vieneja» entendé' que el general era un mujeriego, un hombre 'e sacale filo a la vida y punto, no era ningún héroe, ni ningún santo, ni ningún pozo 'e virtudes, chica.

Ambas soltaron la carcajada. Y Catalina continuó hablando:

—Así que este era el gran «tejoro» 'e Marco Antonio, ¡qué buena vaina! —habló y dejó al descubierto unos dientes ruinosos, afilados y muy manchados.

—Ese relojito se lo regaló su papá y, según él, era su recuerdo más preciado —dijo la viuda de Granadillo frunciendo los labios con la cerveza en la boca—. Marco

Antonio nunca tuvo remedio. Era muy mujeriego y despilfarrador. Ganó mucho dinero, pero igual lo perdió, entre el juego y los negocios maltrechos de su familia, que de paso, son todos unos buitres.

Catalina se quedó observando el semblante de María Luisa mientras denostaba de su amado general. «Fin de mundo», pensó.

—¿Y yo te tengo que creé «to'aesta» historia, María Luisa? —La cerveza en la mano de Catalina se movió de un lado a otro, derramándose un poco—. Jeje —se rio—. Tú crees que yo nací ayer.

—¡Tú puedes creer lo que te dé la gana, Dionisia!, pero yo cumplo con decirte la verdad, y tu eres bruja, pregúntale al difunto, si no me crees a mí —dijo María Luisa y se empujó de un trago el resto de su cerveza.

Las viejas rivales brindaron a la salud del olvido. Destaparon otras cervezas y siguieron conversando como si el tiempo no les importase en absoluto. De pronto María Luisa hurgó en su cartera y extrajo una bolsa.

—¿Y necesito que me ayudes con esto? —diciendo estas palabras, María Luisa sacó de la bolsa un lienzo doblado: era el óleo del general Marco Antonio Granadillo—. Me dijeron que tenías aquí un buen patio, así que vamos a quemar esto, por favor, ¿te parece?

Dieron las nueve de la noche y allí estaban, viendo el humo del lienzo elevarse a los cielos. Las cervezas se acabaron y ellas seguían allí, medio borrachas, esperando que el

óleo ardiera por completo. Los desencuentros parecieron volar junto al humo del cuadro del general Granadillo, al menos por ese instante. María Luisa se fue muy tarde, satisfecha y trastabillando. Entonando la canción favorita del recordado perico, Chicharrín:

«Únicamente tú, eres el todo de mi ser...».

Antes de abordar su auto, reflexionó: «¿Se habrá tragado el anzuelo?, ojalá funcione y me deje en paz». Luego aprovechó la ocasión, volteó hacia Catalina y le dijo, con voz afectada:

—¡Y una última cosa, chica! ¡Devuélveme mi candela-bro!, ¡no me jodas!, que es de plata, de un juego que me regaló mi abuela. Si quieres te dejo el reloj.

V



## La tragedia de las hermanitas Granadillo

NO AMANECIERON. QUEDARON tendidas en el comedor, justo frente a la mancha que dejó en la pared la ausencia del óleo del ilustre general Granadillo. El cuerpo de Maru estaba tambaleando en una silla, a punto de caer al piso por su propio peso. El de Conchita lucía abrazado a la mesa. Marifer quedó con la cabeza apoyada sobre un plato. Todo estaba servido para la cena, tres vasos llenos de agua a medio tomar, uno al lado de cada cuerpo, los cubiertos dispuestos con corrección y tres hallacas abiertas, destrenzadas, sobre una bandeja de porcelana. Fue una despedida siniestra a la vez que conmovedora. Fueron halladas un veinticinco de diciembre en la tarde, los forenses calcularon que tenían no menos de veinticuatro, ni más de treinta horas de fallecidas. En la escena, sobre la mesa, se encontraba un regalo grande, de moño rojo, con una tarjeta que tenía dibujado un Santa Claus: feliz navidad 1995.



—¡Qué pulso!, venir a suicidarse en navidad —exclamó uno de los detectives asignado al caso. Las hermanitas Granadillo habían decidido irse como vivieron, siempre juntas.

Hacía apenas tres meses de la muerte de doña María Luisa Verastegui de Granadillo, madre de las trillizas. En el sepelio de María Luisa nadie entendía la presencia de aquella vieja negra, alta, con porte de espectro llanero, pero ninguno se atrevió a decirle que se fuera. Era Dionisia Catalina Camacho, una vieja amiga de la fallecida, quien, con todo el desparpajo del mundo, fue a dar las condolencias, y quizás a certificar que la difunta era la misma María Luisa que ella conocía.

Las trillizas quedaron desgarradas por la muerte de María Luisa, un paro cardíaco sin previo aviso. Se acostó una noche y nunca despertó. Maru, Conchita y Marifer recibieron el «sentido pésame» de parte de Catalina, y continuaron aferradas a su rol de dolientes afligidas, ignorando todo cuanto sucedía en el entorno. «Qué muchachitas tan raras», pensó Catalina. «Ellas ‘jiempre’ han si’o así, como unos fantasmas vivientes, siempre parecen en esta’o ‘e gracia, felices, pero a la fuerza, como niñas que nunca crecieron», continuó Catalina en sus reflexiones. En efecto, las hermanitas Granadillo eran una triada fatua e indivisible, una sola entidad distribuida en tres personajes, tan borrosos, como desapercibidos, casi indistinguibles la una de la otra, pese a sus notables diferencias físicas. Una era muy alta, otra mediana, otra bajita, todas muy flaquitas. Una con el pelo liso muy negro, otra lo tenía ensortijado, una con los ojos saltones, otra con los ojos rasgados,

una de una palidez que casi la hacía transparente, otra rojiza. Habían venido todas en un mismo parto, a llenar de dudas e incertidumbre el hogar del heroico general Marco Antonio Granadillo y de la muy distinguida señora María Luisa Verastegui. Pasado el estrés del nacimiento (que fue bastante complicado), sobrevino la noticia, algo no andaba bien con las niñas, su desarrollo no fue del todo normal, retraso mental, fue el diagnóstico. Ante aquella circunstancia, María Luisa se apresuró a inventar una justificación para el padecimiento de las niñas y darle otro hijo al general: Antonio Rafael, Toñito, fue la carta ganadora de María Luisa, el único y supuesto hijo varón del general, mismo que falleció muy joven.

María Luisa poseía una mente práctica, que asumía siempre los problemas de su familia bajo la premisa de generar el menor daño mediático posible. Fue así como se las ingenió para educar a las niñas, haciendo que por reflejo una protegiese siempre a las otras:

—Conchita, usted siempre tiene que velar por Marifer y por Maru —decía María Luisa, tomando a Conchita por los hombros y moviéndola hacia adelante y hacia atrás—. Maru, usted siempre tiene que proteger a sus hermanas. —Una mirada frenética se apoderaba de los ojos de María Luisa cuando giraba estas instrucciones cargadas de obsesión—. Marifer, usted tiene siempre que estar al pendiente de Maru y de Conchita.—Protegerse entre ellas era la consigna con la que María Luisa taladraba la mente de sus hijas una y otra vez.

Las hermanitas Granadillo fueron criadas bajo esa programación atávica subconsciente, que en la práctica llegó a funcionar de alguna manera, haciendo que con el tiempo una no se pudiese explicar sin la otra, cerrando una especie de triángulo de identidad. María Concepción Granadillo, María Eugenia Granadillo y María Fernanda Granadillo: Conchita, Maru y Marifer, se convirtieron en cartas de una misma baraja, pero una baraja con solo tres figuras repetidas e intercambiables. Eran tres vistas de un mismo objeto, tres personas habitando una especie de mismo cuerpo de seis brazos, seis piernas y tres cabezas, entrenadas para moverse juntas, pensar juntas, reír, sufrir, temer y defenderse juntas.

El titular del renombrado diario *NotiTarde* reseñaba aquel veinticinco de diciembre, en la página de sucesos: «Vivieron juntas y así se fueron». Quienes conocían los detalles de la noticia, decían que había varias cosas sin explicación, que hablar de un trío de suicidas era una simplificación que no contribuía al esclarecimiento del hallazgo; sin embargo, era incuestionable la muerte de las hermanas, así que en efecto: vivieron juntas y así se fueron.

Desde que Amelia Rabanedo Camacho supo de la noticia que enlutaba toda la parroquia San Blas, anduvo muy nerviosa, casi paranoica, hecha un mar de angustias sin explicación:

—¡Dios mío, no puede ser! —exclamaba por los rincones, elevando plegarias al cielo.

Al revisar la casona de los Granadillo, los detectives habían encontrado una caja de madera con un reloj, un collar de perlas y varias cartas. María Luisa gustaba de escribir en un diario, y además nunca se deshizo de las cartas del finado general.

En una carta maltratada, vieja y amarillenta, firmada por el general Marco Antonio Granadillo, rezaba que el contenido de aquella caja debía ser dado a Catalina Camacho para ser usado para la manutención de María Antonieta Camacho. En el diario de María Luisa había una nota dirigida a Toñito, donde su madre le expresaba todo su cariño y le rogaba perdón, dejando entrever que el joven Antonio Rafael se había suicidado. En otro escrito del diario, María Luisa pedía clemencia de manera desesperada, llegando a insinuar que ella tenía cierta responsabilidad en la muerte del general Marco Antonio Granadillo. En otra página conmovedora, María Luisa comentaba las profundas dudas del general acerca del origen de las trillizas, ese diario fue devastador:

*Hoy Marco Antonio me volvió a herir con sus dudas, noto que cada vez que llega tomado su mente delirante atrapa casi cualquier tema y lo vuelve un ser agresivo, la bebida lo transforma, a veces me da miedo, en especial cuando empieza con su discurso favorito, ese de venir a reclamarme que sus hijas son de otro y que su hijo también. ¡¿Hasta cuándo tendré que soportar este calvario?! Yo sé muy bien lo qué hice, pero a lo hecho pecho, y qué puede saber él que yo no sepa, no tiene base ninguna para*

*venir a echarme en cara algo de lo cual no tiene idea: siempre será así: su palabra contra la mía. Solo debo seguir siendo firme en mi versión: ¡ayúdame, Dios mío!*

*María Luisa*

Habría que decir que las hermanitas Granadillo nunca habían podido superar la inesperada muerte de su hermano menor, Toñito, quien murió muy joven, atragantado con una cabeza de ajo, según rezaba en el reporte oficial, aunque en el diario de María Luisa se insinuaba otra cosa. Maru, Marifer y Conchita siempre vivieron acosadas por el vacío que dejó la súbita pérdida de su hermano. Sumado a esto, ellas jamás habían entendido lo de la desaparición del óleo de su papá. El óleo del ilustrísimo general, don Marco Antonio Granadillo, se evaporó, dejando hueco al hermoso marco, labrado con finura y recubierto con pan de oro, lucía como un objeto de madera triste, viudo y solitario, que anunciaba un vacío en la pared, una especie de evidencia de que algo estuvo allí. Luego bajaron el marco y quedó solo una mancha oscura y rectangular. Las hermanitas Granadillo nunca pudieron terminar de digerir la pérdida de la que consideraban la más sagrada referencia de lo que había sido su padre: el heroico general Granadillo. Por si fuera poco, la muerte de su madre (por causas naturales) las había dejado en *shock*, huérfanas de solemnidad, sin norte, no lograban recuperarse. Vagaban como autómatas, sin brújula, parecían sonámbulas que caminaban sin rumbo por toda la casona.

Una mañana, Maru se aventuró a entrar en el sacrosanto espacio de la habitación de su mamá y hurgando en el escaparate, se tropezó, por casualidad, con la dichosa cajita de madera. Esa caja, donde María Luisa guardaba con celo las agujas de tejer, era un objeto infaltable en sus secretas conversaciones con el finado general Granadillo. Esa caja vivía escondida y guardada bajo llave, en las entrañas de un ropero de madera, casi tan pesado como el karma de la propia María Luisa.

Nunca supieron cómo se las había ingeniado la viuda de Granadillo para mantener su buen nivel de vida todos esos años. En la caja todavía quedaban un collar y un reloj, pero según una vieja hojita, escrita en hermosa letra Palmer, donde se detallaba el inventario de la caja, se daba referencia de varias pertenencias de mucho valor. Toca referir que el general Marco Antonio se casó ilusionado y apurado con María Luisa, ante la noticia del embarazo de la otrora codiciada señorita Verastegui, pero cuando vio crecer a las trillizas no daba crédito, inició unas pesquisas y encontró, según él, rastros de lo que parecía ser «algún trompo enrollado»; no obstante, nunca hubo una evidencia contundente, pero en castigo le arrebató en silencio la caja de las joyas y procedió a enterrarla bajo el resguardo del árbol de guanábana del patio. María Luisa enloqueció buscando esa cajita en esos ayerés:

—¡Dios mío, cómo va a desaparecer esa caja!, allí están las joyas de mi familia, mi única herencia. —Se la pasaba exclamando contrariada. Luego se enteró de la existencia de

la pequeña negrita María Antonieta, fruto del desenfreno del general con la negra Eloína Camacho. La negra Eloína murió en el parto y cuando el chisme de que Marco Antonio tenía una hija con otra mujer llegó a oídos de María Luisa, se tranzó la pugna con la vieja Dionisia Catalina Camacho.

María Luisa quedó de nuevo encinta con rapidez y el pequeño Antonio Rafael Granadillo vino entonces a ser la luz del hogar. El general siempre dudó que fuese su hijo, pero fingió un gran orgullo por su único hijo varón, mas no por ello le regresó la caja de las joyas a María Luisa, quien en medio de sus poses de corrección y elegancia, nunca se comió el cuento del robo de la cajita.

Marco Antonio Granadillo amó con locura a su negrita María Antonieta, su bebecita, y soñaba con que sería una reina, así que ante la intempestiva muerte de Eloína, planificó todo para financiar el futuro de la que, a ciencia cierta, consideraba su única hija. El general fue invirtiendo en joyas y, poco a poco, fue sumando piezas a las pocas que tenía la caja en un principio, al punto que tuvo que escribir un inventario para diferenciar las suyas de las de María Luisa, «por si acaso», pensó. El general se la pasaba entonces enterrando y desenterrando la dichosa caja, hasta que en una de esas, María Luisa lo cachó, pero se hizo la loca. La señora Verastegui de Granadillo también se enteró de la existencia de la negrita María Antonieta y también se hizo la desentendida; no obstante, fue tramando con paciencia el camino de su venganza: «Por la boca muere el pez y tú, Marco Antonio, aunque

no seas pez vas morir por la boca», pensó, y desde aquel día empezó a poner especial atención en lo que cocinaba para Marco Antonio.

El general empezó entonces a complicarse de un extraño padecimiento y de improviso, un desmayo lo sacó de circulación, llevándolo a un agonizante desenlace. Pasaron semanas y bajo los cuidados de María Luisa, no se recuperaba. Varias veces pidió hablar a solas con la vieja Catalina, y varias veces su solicitud fue denegada sin argumento. María Luisa disfrutó muy en el fondo el verlo postrado, pero nunca sospechó que tras su muerte la culpa le pesara tanto en la conciencia.

Maru encontró esa mañana la caja de María Luisa, misma caja que terminó por guardar el tesoro del general Granadillo, misma que se había transformado en caja de agujas de tejer al volver a las manos de su mamá. Maru no supo cómo reaccionar ante el hallazgo, trató de procesar el descubrimiento sin afectar a sus hermanas, pero fue imposible, no muy tarde tuvo que confesar lo que había hallado y entonces la situación empeoró.

Maru tuvo el desatino de leer algunos pasajes del diario de María Luisa, junto a sus hermanas:

*Nunca quise a nadie como te quise a ti, Marco Antonio, nunca amé como te amé a ti. Cierto que en tus desatenciones tuve uno que otro desliz. ¡Perdóname, donde quiera que estés!, pero tu falta de interés me orilló a entrar en esos laberintos. Fuiste tú quien no supo venir a mi encuentro, fuiste tú quien me rechazó una y*



*mil veces, fuiste tú quien ignoró todos mis ruegos. Yo no merecía el castigo de tu indiferencia, ni la vergüenza de ver cómo le brindabas más amor a una bebecita bastarda. Verte cómo atendías con amor y con mayor dedicación a una criatura cualquiera que te apartaba de tu hogar era algo que no podía permitir, amor mío, ¡no lo podía permitir!, entiende que fuiste tú quien provocó todo esto, no tuve más opción que la de defenderme a mí, a mi reputación, y a mi prole. Ya había sido suficiente con soportar tus desatinos de borracho, de padrote mujeriego, como para encima cargar con la deshonra y la desventura de las más nefasta de todas tus locuras, ¿Qué querías?, que asumiera con naturalidad que la negrita se mezclase con nosotros, que la vieran corriendo y criándose al lado de mis hijas, eso es pedir demasiado, amor mío.*

*Con amor.*

*María Luisa*

*¡Cuánto te extraño en estos momentos, amor mío! No te imaginas lo que fue verlo dormido en su cama y cuando vi en la mesita de noche la caja de ansiolíticos sentí que me moría. Lo más espantoso que puede enfrentar una madre es la muerte de un hijo, pero saber que te pidió ayuda a gritos y no quisiste dársela, eso es algo que no sé si pueda soportar. ¡Marco Antonio donde quiere que estés, oriéntame!, dime qué hacer, dime cómo salir adelante, no puedo sola con este peso, con este dolor que me bloquea el pecho. Dame una señal, dime qué debo hacer. Cuando todos se enteren del suicidio de Toñito vamos a ser la comidilla más grande de la ciudad, todo mundo va a querer averiguar el porqué y cuando salga*

*a la luz sus amores con la negra María Antonieta, y la existencia de sus hijas con la negra Camacho: ¡qué horror!, eso es algo que rebasa por mucho los límites de lo admisible: ¿Qué hago, Marco Antonio, qué hago?*

*Desesperada.*

*María Luisa*

Dentro del diario estaba doblada una carta breve, firmada por un tal Joao Ferreira:

*Mi querida María Luisa, sé que no puedes acercarte a verme, por eso te escribo estas líneas. ¡Quiero ver a mis hijas!, quiero sentir a mis trillizas en mis brazos, porque estoy seguro que son sangre de mi sangre, ¡no me puedes negar ese favor! Respóndeme, María Luisa, dime cuándo las podré ver, hazlo por el amor que nos dimos.*

*Joao Ferreira*

Marifer se puso muy nerviosa y no paraba de llorar, Conchita casi no hablaba de por sí y ante aquella circunstancia quedó aún más ensimismada, no emitía palabra. Y Maru temblaba, como si el frío de aquellas verdades se le hubiera metido en los huesos. Se ve que en medio de la desesperación tomaron una decisión final.

Tras una experticia a fondo, la policía dio con la carta donde las hermanitas Granadillo se despedían de este mundo, misma que no apareció de buenas a primeras, porque había sido tomada por el perico Chicharrín y casi enterrada en el patio,

también dieron con la caja de madera y la reportaron como extraviada (hay cosas que no cambian con los años) y, visto lo visto, y apoyados por los análisis forenses, dieron el caso por cerrado, declarando que, sin margen de duda, se trataba de un suicidio. Nadie nunca supo nunca del contenido real de aquella carta ni de aquella caja que, según los reportes, nunca apareció, ni mucho menos dieron parte a los Rabanedo Camacho.

Cuando el caso se aclaró, Amelia por fin respiró con tranquilidad. Solo entonces pudo llamar a Rosa para contarle.

—¡Hermanita, cometí una locura! —Le dijo Amelia a Rosa viéndola a la cara sin pestañear.

—¿Y ahora qué hiciste? —contestó Rosa Magdalena.

—¡Me da pena contarlo!, pero bueno, tengo que desahogarme. Yo le llevé unas hallacas a las hermanitas Granadillo, para que se las comieran en Navidad, como acto de buena fe, días antes del suicidio. —Los senos de Amelia rebotaban en su pecho mientras narraba con ansiedad—. Ya sé que parece una locura, pero a fin de cuentas, tú sabes que somos medio hermanas, y yo creo que uno tiene que buscar a la familia. Pero bueno, no pude aguantar la tentación de hacerlo, quería acercarme a ellas.

—¡Solo tú sigues con ese empeño, de acercarte a los Granadillo, Amelia!, ¡por Dios! Tú sabes mejor que nadie que la viuda nunca nos quiso, tú sabes cómo cuenta la abuela que trató a mamá. ¡Nadie nos quiere en este barrio «er» coño, y tú sigues empeñada en buscarlos! —El rostro enfurecido de Rosa Magdalena le acentuaba la luz de la mirada y la blan-

cura de los dientes— ¿Tú no has visto cómo nos miran esos burguesitos de mierda?, cómo se limpian la nariz cuando nos ven pasar, cómo ven el piso cuando nos dan los buenos días, ¿has visto cómo me trata a mí la mamá de Juan Aníbal? Otra vieja loca que cree que su retoño va a pecar con una negra de tercera como una. Y a todas estas: ¿cuál es el drama de haberle regalado unas hallacas a las hermanitas Granadillo?

Amelia entrelazó las manos a la altura del pecho.

—Yo supuse que no se las iban a comer y que las iban a rechazar, así que se me ocurrió que antes de llevárselas, para asegurarme que no lo fueran a tomar a mal, se las llevé a mi abuela Catalina para que les rezara. —La sorpresa asaltó la cara de Rosa, dejándola muda por un instante—. ¡Ya sé que fue otra locura! Le conté a la abuela que quería ver si al final uno se acercaba, después de todo somos familia. Mi abuela me dijo que dejara las hallacas en la mesa, que ella les iba a rezar en la noche y que pasara a buscarlas al día siguiente.

—¿Me estas jodiendo, Amelia?! —comentó Rosa frunciendo el ceño—. ¿No fue suficiente con el «rolitranco» 'e pe'ò que se formó la vez que entramos a buscar el supuesto entierro en el árbol de guanábanas en el jardín de los Granadillo?, ¿te acuerdas? —Remató.

—¡Te lo juro, que así fue! Pero menos mal que ya se aclaró que fue un suicidio. Apareció la carta. Parece ser que las hermanitas Granadillo estaban muy deprimidas por la muerte de su mamá. Yo ya no podía ni dormir, pensando que Catalina, en sus loqueras, les había echado una vaina a esas hallacas.

—¿Y esas hallacas, las tendrá la policía? —Rosa se quedó reflexionando por un par de segundos—. ¡Hay que tener bolas para comerse unas hallacas rezadas por la vieja Catalina!, con todo y que es mi abuela —añadió Rosa.

—¡Nadie ha dicho nada acerca de ningunas hallacas. Ya sé que fue una locura, pero es que mi abuela vino la otra vez a hablar con mi papá y volvió a insistir sobre el tema de la familia, y agregó que había visto a las hermanitas Granadillo, que estaban muy mal —refirió Amelia.

En ese instante hizo acto de aparición Mariana, que escuchaba a lo lejos la conversa.

—¿De qué están hablando ustedes? Si se puede saber —dijo y cruzó los brazos.

—¡Nada!, de las ocurrencias de Amelia, que las hallacas que le regaló a la abuela no le quedaron bien. —Las cejas de Rosa se alzaron como las de un águila, y se quedó evaluando la reacción de Mariana.

—Y tú dijiste: ¡ya la pendeja de Mariana se comió este cuento! ¿Tú crees que yo no me he da'ò cuenta de que Amelia anda hecha un manojo 'e nervios desde que se supo lo de las hermanitas Granadillo? —Replicó Mariana con agresividad—. ¿Tú crees que tampoco me he da'ò cuenta de cómo te mira el Catire, Juan Aníbal, y de cómo tú lo miras a él?, cuida'ito, Rosa Magdalena, que usté' se echó novio, y su novio es bravo, y lo hizo porque quiso, su novio es de mecha corta, y a mí se me hace que lo hiciste pa' darle celos al Catire. Inclusive, te advierto, que mi papá no va soportá' esas

puterías en esta casa, eso de un novio hoy y otro mañana. Y con lo ilusiona'ò que anda el pobre con la idea de celebrarle los quince añitos a su inocente Rosa Magdalena. —Mariana descruzó los brazos y avanzó hacia Amelia—. ¿Y tú y qué le regalaste unas hallacas a las hermanitas Granadillo?, ¿o fue que me falló el oído?, ¡qué bolas las tuyas!

—¡Sí se las regalé! —contestó Amelia alzando la barbi-lla—. ¿Y qué?, ¿me vas a castigá'? Te recuerdo que la hermana mayor soy yo, y bueno, quise acercarme a los Granadillo, a fin de cuenta somos familia.

—¡Par de locas! —dijo Mariana, viendo a sus hermanas con las manos en la cintura—. Una que cree que somos de sangre azul y vamos a salí' de abajo el día que los Granadillo digan que nos regalan el apellido. Y la otra que cree que un estudiante universitario, Catire, ojos azules, de apellido ilustre, se va a vení' a fijá' en una negra chorizo, que de vaina medio lee y medio escribe, y la va a llevar al altar, vesti'íta de blanco, y Amelia y yo de damas de honor: ¡bájate de esa nube, Rosa Magdalena y atiende a tu novio! —Una sonrisa irónica se dibujó en el rostro de Mariana—. Cada quien con su locura, pero pónganse límites pa' la inventadera, que aunque el cielo sigue arriba: los zamuros no llegan —les dijo Mariana, les dio la espalda con desdén y se fue moviendo la cabeza de un lado a otro, haciendo zigzaguear sus caderas.









## Un juego increíble

SECUNDINO Y JUAN ANÍBAL siguieron repasando el anecdotario, ambos estaban ya tomados y el alcohol les nublaba un poco las entendederas. El Negro Rabanado lucía aferrado a su silla y el Catire lo miraba con picardía desde un banquito. Seguían allí, frente a la vieja casona en la esquina de calle Colombia con Campo Elías. La botella de whisky polvorienta que había destapado Secundino para celebrar el reencuentro con Juan Aníbal, parecía tener el don de alivianar el espíritu, dejando que la conversación se pasara por las viejas cicatrices, sin que ninguna se reabriera.

Secundino entró a la casona a cambiar el *long play*. El *pick up* Panasonic, punta de zafiro, seguía dando la talla y animando la velada. Amelia estaba encuevada en la cocina, vio pasar a su papá y lo llamó para darle algo de comer. Secundino volvió a su silla con dos platitos de peltre y dos arepas.

—Saludos te manda Amelia, está allá adentro, que ahorita viene. —Le ofreció a Juan Aníbal una arepa rebosante de mantequilla y queso, y reanudaron la charla, comiendo a gusto.

El *pick up* Panasonic daba vida a la voz del «Inquieto Anacobero»:

«Vengo a decirle adiós a los muchachos, porque pronto me voy para la guerra...».

—Está bonito tu carro, Catire. —Las manos del Negro temblaban mientras se llevaba un trozo de arepa a la boca.

—Siempre quise uno así, como el carro de Meteoro, cuando te veía a ti en la Vagonier pensaba en que quería un carro como este. Me lo ofrecieron cuando llegué y lo compré, sin pensarlo mucho. Está nuevecito, un Ford Mustang 1996 —dijo el Catire mordiendo la arepa.

—Lo que es tené' plata, chico. Uno con real hace muchas vainas, pero lo más importante no lo hace, ¿por qué será esa vaina? —La mirada del Negro parecía extraviada, como si al reflexionar sobre lo que acaba de decir se diera cuenta de algo.

—El whisky lo pone a uno filosófico, Negro. Y bueno, uno tiene que darse sus lujos cuando puede. Tú te compraste la Vagonier porque te gustaba, lo demás son vainas del destino. Pero mejor cuéntame, ¿desde cuándo no juegas pelota? —preguntó Juan Aníbal llevándose un trago de whisky a los labios.

—Yo ya no estoy pa' eso, chico —contestó Secundino con desgano.

—¿Quién sabe, viejo?, por ahí me contaron que hay una liga de veteranos, pura gente mayor, donde juegan pelota los fines de semana.

—¡Olvídate ‘e eso! Lo único que falta es que a estas alturas me descabecen con una línea o me fracture una pata, y bingo, jodi’o y cojo. ¡Yo ya no estoy pa’ eso, Catire!

—Pero puedes acercarte a ver cómo es la vaina.

—¡No me jodas! Si pudiera te lo diría en inglés ‘a ve’ «ji» me entiendes. —Secundino desafió al Catire con una mirada determinante.

Juan Aníbal lo veía directo a la cara y entonces le contrapunteó:

—¡Yo te voy a decir una vaina! ¡Ya basta de seguir pensando en el pasado, viejo! —El Catire tomó aire, apuntó al Negro con la mano y le habló con la voz tensa— ¡Yo me llevé los restos de la camioneta!, pa’ que te enteres. Yo me harté de ver ese trasto de vaina aquí, tirado en la calle. ¡Un monumento a la tragedia! Me puse de acuerdo con el Gago y Manuel y decidimos que era hora de pasar la página y de recoger la Vagonier, ¡¿hasta cuándo ese vejestorio aquí frente a tu casa, Negro?! —Juan Aníbal puso el platito de peltre en el piso, todavía con un pequeño pedazo de arepa, y así pudo gesticular con ambas manos—. ¡Hay que ver pa’ ‘lante, viejo, que pa’ atrás espantan! Hay que atreverse a seguir haciendo cosas, no te puedes echar a morir aquí así no más. Todos nos equivocamos, pero hay que pasar la página.

Secundino quedó en silencio. Con calculada lentitud tomó los platitos de peltre con los restos de las dos arepas. Luego se estiró, sonriendo, después se quedó mirando a Juan

Aníbal y le habló con la lengua trabada por el whisky , pero con cierta magnificencia:

—En la vida uno comete muchas pendejadas, Catire, y quizá la mayor ‘e todas esas pendejadas es queré’ a una mujer con desconfianza... Eso me lo enseñó la negra, hay que confiá’ en la mujer que uno quiere, no queda ‘e otra. —Bajó la mirada, contuvo el hipo y agregó— Ya vengo.

El Negro entró a la casa, cabizbajo, meditabundo, con los dos platitos de peltre en la mano. Fue entonces cuando la brisa sopló, de repente, llevándole a la nariz la percepción de un intenso y conocido olor. El aroma a Jean Naté: limón dulce, le heló los huesos. Se persignó. Los ojos se le aguaron. Pasó frente a Amelia sin decir palabra, le entregó los dos platitos y siguió rumbo al baño. Cerró la puerta con parsimonia, se lavó la cara frente al espejo roto y se sentó en el excusado. Al rato salió todavía con el recuerdo del perfume de la negra colgado a la nariz. Fue hacia el *pick up* y se puso a buscar un disco. Vio la carátula: la Rondalla Venezolana, le tembló la mano al mirarlo, no lo había puesto en años. Lo sacó del estuche de cartón y lo puso en el plato del *pick up*, después agarró la aguja de zafiro y la colocó en la tercera pista del disco, luego le ordenó al aparato:

—Toca este bolero como nunca, no me falles. —El olor a Jean Naté: limón dulce volvió a acariciarle la nariz. Se enjugó los ojos.

Cuando volvió a la calle estaba Amelia con Juan Aníbal y el Gago Martínez, todos se habían incorporado a la conver-

sa. Amelia estaba presentando orgullosa a su hijo, Omarcito (bastante feo el carajito). Todas las miradas se encontraron y en tres segundos dijeron mucho sin emitir una palabra. El Negro Rabanedo rompió el silencio:

—¡Buenas noches! —dijo con cara de felicidad—. ¡Qué gusto verte, Gaguito!, tiempo que no te acercabas, pero como viste al Catire viniste; y tú, Amelia, yo pensé que te ibas a quedá' allá adentro, encerrá'.

—¡Ah pues, papá! —exclamó Amelia, cerrando los ojos.

—Bue, bue, buenas noches, don Secundino —saludó el Gaguito con una sonrisa en los labios.

Secundino volteó hacia Juan Aníbal y le dijo con entusiasmo, viéndole a los ojos:

—¿Con quién tenemos que hablá' pa' ve la vaina esta del equipo donde juegan puros viejos?, estoy pensando que tienes razón, Catire, «ají» que bueno: 'e viejo a viejo podemos ve' 'e qué cuero salen más correas. —El Negro Rabanedo hablaba con una chispa de renovada ilusión en los ojos, parecía un ser distinto al que hacía cinco minutos había entrado a la casona.

Al fondo el *pick up* Panasonic daba voz a la Rondalla Venezolana, que iniciaba la interpretación de aquel hermoso bolero:

«Una rosa pintada de azul... es un motivo... una simple estrellita de mar ... es un motivo ... unos labios queriendo besar: son un motivo...».

## *Dos meses después*

La cuenta estaba en tres bolas sin *strikes* y el Negro Secundino Rabanedo tenía la seguridad de que el lanzador vendría con una recta por el medio del *home*. Hizo *swing* grande y abanicó, la bola se le hizo invisible. Tomó aire, pidió tiempo y se recompuso. Volvió con paciencia a asumir la posición de bateo, y de nuevo quiso adivinar el lanzamiento. Esperaba una bola rápida y fue pescado con un cambio de velocidad, un lanzamiento lento, que lo sacó de balance, un poco abierto, fuera de la zona de *strike*. No obstante, mantuvo los brazos extendidos y buscó la bola con la punta del bate, rectificó el *swing* a última hora, tratando de conectar descolgado. Hizo contacto. Un *fly* inofensivo se alzó buscando la zona de *foul* hacia la primera base. Con muy poco esfuerzo, y una sonrisa de alivio, el inicialista de los Ferreteros de Bello Monte trotó buscando acomodarse hasta capturar la bola, dando fin a la última entrada. Quedaron dos corredores en base. Secundino se fue a los vestidores mirando al piso. Ese juego era importante para pasar a la siguiente fase del torneo.

—¡Te dije que esperaras un *strike*!, ¡coño, chico! —Le gritó el *manager*—. ¡A ese pitcher se le mueve la bola!

—Otro día será —replicó el Negro poniendo cara de «maldita sea».

Secundino jugaba en la liga de softball de sesentones de Valencia, para el equipo Chamacos del Palotal. El Negro estaba muy fuera de forma, no era ni la sombra de aquel

brazo y aquel bate que guio a los Guerreros de Los Guayos a ganar cuatro campeonatos de béisbol estatal consecutivos, pero para el Negro el estar de nuevo activo, jugando en un campo de *softball* era mucho más que hacer deporte: era con-  
graciarse con la vida. Secundino sentía que todo el cuerpo le dolía, y pese a sus achaques se esforzaba al máximo. El campo de softball del hipódromo de Valencia tampoco colaboraba, aquello era un terreno seco y descuidado, con charcos, zancudos y monte por todas partes; sin embargo, el Negro se lo propuso y, entusiasmado por la promesa que le hizo a su nieta, allí estaba, guapeando. Antes de retirarse del campo pasó a saludar y a tomarse la cervecita de rigor, un calor inclemente parecía estar de acuerdo con la ausencia de brisa, dando como resultado un aire espeso, difícil de respirar.

—¡Dame una bien fría! —Llegó diciéndole el Negro a la cantinera.

—¡Que sean dos! —Le replicó una voz conocida a menos de un metro por la espalda.

Secundino quedó sorprendido por la presencia del Catire Juan Aníbal, se volteó y lo abrazó. La estampa del Catire parecía recortada y pegada a la fuerza en medio de aquel ruinoso campo de softball, un lugar olvidado de la mano de Dios, ajeno al cariño de la liga y desaparecido del radar de las instituciones, solo conocido y visitado por quienes amaban el juego de pelota, sin importar el escenario, mientras el Catire lucía una estampa de hombre entero, bien vestido, un galán de esos que iluminan los espacios con su sola presencia.



—¿Cómo está la vaina, viejo? —Saludó Juan Aníbal, ofreciendo una sonrisa amplia, evaporando los calores del ambiente con su eterna mirada de azul cielo.

—Supe que te «juiste», ¡pero no sabía que habías vuelto! —respondió Secundino.

—No pensaba venir, pero aquí estoy. Me dijeron que estabas jugando con los Chamacos y vine nada más a verte. Por cierto, ¿no tendrás una botellita de whisky, como la de aquella vez?

Los peloteros pululaban vestidos de uniforme, con sus bolsos, sus implementos y con toda su sabiduría a la espera de alguien que prestase oídos. Los más variopintos análisis acerca de lo acontecido durante el juego se dejaban escuchar por los alrededores. Las conversaciones cruzadas, los reencuentros, y los dolores y lesiones, eran también parte infaltable del ambiente de la liga. La asociación de softball de sesentones era todo un milagro, un espectáculo que había venido a rescatar de la inactividad y el ocio a muchas viejas glorias del béisbol local valenciano y a los amantes de la pelota, al mismo tiempo, era la más sensata excusa para reunir a la pléyade de viejos beisbolistas en torno a una razón bonita para levantarse cada mañana: estar en forma, entrenar y seguir adelante con su deporte y con sus vidas. La cantinita del campo de softball del hipódromo no alcanzaba el estatus de bar de mala muerte, era apenas un espacio improvisado, techado a la mala, con una pequeña barra interior. Dentro había un triste enfriador que rechinaba cada vez que sacaban de sus fauces una cerveza medio fría. Eso sí, un matrimonio

diligente se esmeraba en atender a los clientes, vendían bolsitas de «chogüü», sánduches, cobraban y daban el vuelto, mientras también participaban de las disertaciones de los peloteros. Un aparatito de sonido intentaba distraer a los asistentes:

«Ella qué será. She's living la vida loca. Y te dolerá, si de verdad te toca. Ella es tu final. Vive la vida loca. Ella te dirá: vive la vida loca. She's living la vida loca...».

Así sonaba Ricky Martín a todo volumen, animando la tarde sofbolera en aquel campito de fin de mundo, donde no era raro ver pasar algún purasangre flaco rumbo a alguna caballeriza. Allí estaba Secundino, aquella tarde de domingo, con los miembros del derrotado equipo Chamacos del Palotal, y con el Catire Juan Aníbal. Luego se incorporaron a la charla varios viejos conocidos del barrio: don Teodoro Martínez y su hijo, el Gago Martínez, Manuelito y el viejo Gumersindo Antequera. Después de saludarse y abrazarse, una burbuja de satisfacción los atrapó y se pusieron de inmediato a analizar lo sucedido durante el juego.

—¡Jugamos como nunca y perdimos como siempre! —  
Acotó don Teodoro Martínez, con expresión de súplica hacia los dioses—. Todo por ese miserable error que les dio dos carreras. ¡Qué vaina!

—Todavía nos queda el juego del domingo que viene, ahora sí tenemos que ganar ese jueguito a cómo dé lugar —  
puntualizó uno de los jugadores de los Chamacos del Palotal.

—¿No tendrás otra cancioncita, chica? Una salsa vieja, un bolero, un danzón. ¡Una vaina más decente!, algo que motive el espíritu —chilló el viejo Gumersindo Antequera—. Uno pasando arrechera y tú con esa música insolente, a todo volumen, puesta en esos aparatitos insufribles. —El gordo Gumersindo era un melómano irrecuperable, estaba todavía indignado por la desaparición de los tocadiscos y por lo que él llamaba la abrupta y descarriada evolución de la lírica musical de los últimos tiempos.

—Eso era antes Gumersindo, cuando tú te la pasabas rodea'ò 'e *long plays*, ahora la música «ejotra» cosa, ¿no te has enterado que ahora se usan «Cidis»? —comentó Manuel—. Adáptate vale, disfruta y menéalo —le dijo, contoneando la cintura—. ¿O vas a seguir buscando el *pick up* perfecto a estas alturas del partido?

—Hablando del *pick up* perfecto, yo todavía tengo en la casa aquel *pick up* Panasonic que te compré, ¿te acuerdas, Gumersindo? —Refirió Secundino, mirando con cara de interrogatorio al gordo Antequera.

—¡No me digas que esa vaina todavía suena! —gritó el gordo en respuesta al comentario.

—¡El *pick up* sí suena!, pero el dueño no le da ahora un batazo a nadie, y del brazo ni hablemos, en eso él y el *pick up* están igualitos, el brazo les tiembla —especificó con ironía y sonriendo don Teodoro Martínez, *shortstop* titular de los Chamacos del Palotal.

—Catire, tienes que vení' la semana que viene, que cumpla año y jugamos en «Faireston» y ese sí es último chance que tenemos. De paso viene mi nietecita a «veme» — anunció Secundino a Juan Aníbal, abriendo un compás de conversación al margen de la jodedera.

Esa tarde, Amelia pasó buscando a Secundino. Iba conduciendo una camioneta destartalada. Llegó pegando gritos, tocando corneta y apurando al Negro Rabanado. Cuando se percató de la presencia del Catire Juan Aníbal, le cambió el semblante. Se estacionó y decidió acercarse.

—¡Hola, Catire!, ¿cómo estás? —Saludó Amelia, con familiaridad.

—¡Hola, Amelita! Dichosos los ojos —contestó el Catire.

—Catire, qué gusto... ¿viste ese árbol que está allá al fondo del campo?

—¿Cuál?

—Allá —dijo Amelia, señalando con el dedo hacía una esquina en el fondo del lado izquierdo del campo.

—¡Un árbol de guanábanas! —gritó el Catire.

—Jejeje, tranquilo que nadie te va a poné' a echá pala a esta hora —la cara de Amelia se iluminó mientras reía.

—Ta, ta, tampoco veo a las hermanitas Granadillo —dijo el Gaguito, dejando a Amelia boquiabierta y risueña.

## *Una semana después*

El Club de Firestone se encontraba a reventar aquella tarde de domingo. Se daban cita varios equipos de baloncesto, de bolas criollas, de béisbol infantil y de la liga de softball de se-sentones. La situación era complicada para los Chamacos del Palotal, al encontrarse cerrando, en el último *inning*, perdiendo por una carrera. Juan Aníbal, Manuel y el Gago Martínez estaban gritando y ligando a los Chamacos desde las tribunas. Hacía poco que había entrado Secundino a correr por el papá del Gago, quien, víctima de un *desbol*, tuvo que abandonar el terreno con el brazo hinchado. Con dos *outs* en la última entrada los Chamacos habían logrado embasar a dos hombres y el Negro Rabanado venía a tomar turno al bate.

—La vida está llena de vainas insólitas, Gago. ¿Quién iba a pensar que estaría hoy aquí, viendo a Secundino tomar este turno? —comentaba entusiasmado el Catire Juan Aníbal.

—Lo in, in, insólito sería que ahora el Negro diera un batazo.

—Hay que tener fe, Gago. ¡Hay que tener fe! —Agregó Manuel, aupando a los Chamacos.

—Además, Secundino está jugando con los *spikes* que les arreglaste, Manuelito. —Manuel asintió con la cabeza y sonrió.

—¡Échale bola, Secundino!, ¡que esos *spikes* tienen ganas de correr! —gritó Manuel.

Secundino se acomodó en el *home*, pensando que en alguna parte era muy probable que ya estuviese Rosa, presenciando el juego junto a María Camila, su nieta; y Amelia debía estar con Omarcito en alguna parte. Incluso Mariana ya debía estar por allí. El Negro estaba nervioso, por un momento pensó en la negra María Antonieta y se santiguó. De nuevo asumió la posición de bateo en el *home* y por un instante se distrajo. Recordaba a Rosa Magdalena, vestida de quinceañera, vio la imagen de Ramiro Díaz, agonizante en un charco de sangre, en la pista de baile, y el semblante de Cara 'e cotufa después de haber disparado. El *umpire* le gritó:

—¡No! —Decretó el *umpire* y lo rescató de sus recuerdos.

El Negro sacudió los brazos y se acomodó de nuevo en el *home*, miró al cielo, tomó la gorra y la calzó en su cabeza, y de nuevo se armó, con el bate en alto. Esta vez no pudo evitar pensar en la Vagonier, y en la cara de María Antonieta cuando salió a su encuentro el día que llegó a San Blas en la camioneta por primera vez, la oyó clarito gritando:

—¡Mi amor, qué belleza! —El recuerdo de la voz de la negra lo sacó del tiempo presente.

El *umpire* decretó con sequedad:

—¡*Strike* uno! —Secundino meneó el cuerpo, buscando volver a la realidad.

El Negro pidió tiempo, salió del *home* y caminó viendo las tribunas. Tomó aire.

—¡Ánimo, Negro, dale a la buena! —Le gritó Juan Aníbal.

Con el conteo en una bola y un *strike*, el Negro se volvió a santiguar y retomó su posición de bateo. «Tengo que sacar el bate, viene la recta buscando el *home*», pensó. Se alistó. Sin analizarlo mucho siguió el lanzamiento con la mirada, y por instinto se afincó con el bate buscando hacia afuera. La bola venía muy abierta y, aunque trató de conducirla alargando los brazos en el último instante, no la enganchó bien. Un *fly* inofensivo, alzado al cielo, despuntó rumbo a la primera base, el inicialista dio un par de pequeños pasos hacia atrás, dejando en silencio a las gradas.

Parecía que todo estaba decidido. De pronto la brisa sopló con fuerza, haciendo que la bola corriera en el aire, el *right field* bajó en auxilio, al ver que el primera base perdía el control de la atrapada. El camarero se acercó también a la carrera, invadiendo el terreno detrás de la primera base, viendo que sus compañeros parecían haber perdido por momentos la perspectiva de la pelota entre las nubes. Los corredores arrancaron, iban trotando, a la expectativa, esperando un milagro. Parecía que el primera base tenía de nuevo el dominio del batazo, no obstante, el *right field* desesperó y el camarero trató de contenerlo, interponiéndose. El *right field* lo empujó y lanzó un guantazo tratando de tomar el *fly*, antes que el inicialista. La pelota rebotó en el guante del primera base, que cayó hacia atrás perdiendo el equilibrio. El camarero y el *right field* se lanzaron de cabeza al unísono, en un último intento por tomar la bola antes de que tocara el piso, dándose un fuerte golpe en el aire. La pelota se perdió en medio de

la confusión, quedando oculta bajo los cuerpos de los caídos. Los gritos, las risas y las mentadas de madre, se apoderaron de las gradas, viendo aquel montón de viejos en el suelo, detrás de la primera base. Los corredores de los Chamacos en una jugada audaz pasaron volando por la tercera y, viendo que la confusión persistía, se enfilaron rumbo al plato. Secundino se había quedado a poco más de mitad de camino, entre el *home* y la primera base, presenciando estupefacto el sarao que había ocasionado aquel «batazo podrido», de pronto salió del espasmo, reaccionando a los gritos del *coach*:

—¡Corre!, ¡corre!, ¡viejo el coño!, ¡corre, que van dos *outs*! —Cuando Secundino vio venir a los corredores hacia el *home*, salió disparado hacía primera, haciendo caso omiso a las dolencias. La pelota seguía sin aparecer y para cuando la encontraron Secundino estaba a dos pasos de la inicial. Se lanzó de panzazo. El Negro Rabanado y la pelota llegaron al mismo tiempo a la primera base en medio de un polvero.

—¡*Safe*! —gritó el *umpire* de primera base.

Los Chamacos dejaban en el terreno a los Artistas de Flor Amarillo, y explotaba una algarabía monumental en las gradas. Habían ganado, por fin, su pase a la segunda ronda del torneo. Fue una tarde gloriosa.

—¡Te lo dije, Gago! ¡Te lo dije! En la vida uno no puede descartar ninguna posibilidad, ¡porque con el menor error se voltea la tortilla, pana! —gritaba exaltado Juan Aníbal.

En medio de la celebración llegaron Amelia y Mariana. De pronto Juan Aníbal reconoció a Rosa Magdalena y vio



con extrañeza cómo una muchacha alta, buenamoza, morena oscura, abrazaba al Negro Secundino. Al abrazo se unía un muchacho feo, bajo la mirada supervisora de Rosa Magdalena. Al voltear, la muchacha alta fue iluminada de frente por el sol, dejando ver en sus pupilas dos pepas azulitas como el cielo.

—Hola, Juan —le dijeron a dúo Amelia y Mariana. Luego Amelia prosiguió— ¿te acuerdas de Omarcito?, es mi hijo, el que te presenté aquella vez que viniste y te pusiste a tomá' whisky con mi papá.

—Aquella que está allá es Rosa, anda con su esposo. Y esa morena alta es la nieta de Secundino, María Camila, ven que te los presento —dijo Mariana con absoluta propiedad y mirando a Juan Aníbal a los ojos.

Juan Aníbal quedó sin aliento ante la presencia de Rosa y de la nieta de Secundino, que lo observaba con detenimiento desde el garbo de su impostura morena y a través de sus enormes ojos azules. Juan Aníbal recordó en un segundo toda la historia de sus amores con Rosa. Ellos se veían escondidos y Amelia les hacía de celestina para que Rosa se escapara. Mariana siempre estuvo molesta con esa relación. Los ojos azules del Catire se pusieron más claros que de costumbre ante la presencia de Rosa Magdalena y su hija. El esposo de Rosa era todavía más negro que ella, no emitía palabra, se veía en su mirada un infinito amor hacía su familia.

—Hola, Rosa —dijo el Catire con un tono neutro.

—Hola, Catire, tiempo sin verte —respondió Rosa dejando ver su dentadura perfecta.

Por un instante Rosa y Juan Aníbal volvieron a ser adolescentes. Por apenas un minuto sintieron que el alma se les llenó de gozo. Luego volvieron a la realidad y cada quien asumió su papel en la vida.

Al fondo el viejo Gumersindo Antequera se quejaba de nuevo de la música, mientras le untaba *vip vaporú* en el codo al viejo Teodoro. Subieron el volumen de una cancioncita pegajosa, como en acto de rebeldía ante las quejas de Gumersindo:

«I am a barbie girl, in a barbie world. Life in plastic, It's fantastic. You can brush my hair, undress me everywhere. Imagination, life is your creation...»

De imprevisto Juan Aníbal tomó a Amelia suavemente por el cuello y acercándose a su oído le dijo:

—Joderas aparte, ¿tú a veces no piensas en tu abuelo, el general, y en las hermanitas Granadillo?

—A veces —contestó Amelia parpadeando—. Mi abuela Catalina es la que nunca se olvida de ellos, les reza y les hace misas. Siempre dice que pobre Marco Antonio y que pobres muchachas que no tuvieron nunca la culpa 'e nada.

—Es que en la vida de pronto uno se entera de vainas que te marcan, Amelia. Vainas que te hacen repensarlo todo, como que de pronto caes en cuenta de cosas que sabías, pero que al confirmarlas son como pa' morirse, ¿no crees tú? —sentenció Juan Aníbal viendo fijamente a Rosa Magdalena y a María Camila.

Amelia siguió por instinto la dirección de la mirada del Catire, hasta ver como se posaba en María Camila. Luego le habló con voz tranquila y juguetona:

—Como te dice siempre mi papá: «yo no sé ingeniero, yo no sé, aquí el que sabe ‘e números e’ justé».

Mientras caminaban rumbo a Secundino con el pastel de cumpleaños, iluminado por una velita enterrada en el centro, apagaron la cancioncita en inglés y cantaron el «¡Ay qué noche tan preciosa!». El Negro Rabanedo estaba agotado, pero radiante. Al terminar de entonar el cumpleaños feliz, por casualidad, dieron vida a la voz del «Sonero del mundo». Oscar D’León de nuevo dirigía la emboscada, entonando con precisión y sabrosura:

«En el cachumbambé, en el cachumbamba, merengue para a’lante, merengue para atrás ... en el cachumbambé, en el cachumbamba... ».

Esa bonita tarde Juan Aníbal, Amelia y Rosa Magdalena se trataron con mucho respeto y brindaron por el reencuentro. Nadie nunca trajo a cuento ningún comentario resabiado. doña Carmen había fallecido hacía muchos años, antes había ido a devolverle el vestido de quinceañera a Secundino y el Negro Rabanedo todavía lo guardaba, junto a un frasco de Jean Nate: Limón dulce. Nadie nunca supo de los amoríos del Negro Secundino Rabanedo con la vieja Magali Bermúdez, dueña de la casona de Colombia con Campo Elías. Esos amores vinieron

años después de la muerte de María Antonieta, y Magali, en reciprocidad a lo que sentía por el Negro, le había heredado la casona a Secundino, dándole las escrituras a espaldas de su familia. Magali, antes de morir, sin «pararle bola» a los comentarios de medio mundo, incluyendo sus ex vecinos, quiso darle a Secundino ese obsequio.

—Ultimadamente, Negro, no quiero que te la quiten, porque esa casa es mucho más tuya que mía —le dijo en medio de una de sus tantas borracheras, con una voz que le salía de las entrañas.

Manuel vivía tranquilo en su zapatería, feliz con su señora y sus hijos, pese a las limitaciones económicas que cada mes lo traían con la Virgen en la boca. don Teodoro Martínez murió un mes después de aquel juego y su hijo, el Gago Martínez, ya no pinta casas, ni corta monte, pero siguió trabajando en el taller, muchos dicen que es incluso mejor mecánico que su papá. Juan Aníbal siguió viajando, pero, por más lejos que iba, siempre volvía a sus raíces y ahora con más razón y con más frecuencia que antes. Amelia, Mariana y Rosa habían logrado resignificar el recuerdo de aquellos quince años, cuando Rosa tomó la decisión de irse a Puerto Ordaz, encinta, dejando el vestido de quinceañera en casa de doña Carmen, mientras un disparo infame le arrebató la vida a Ramiro Díaz. Amelia ya había asumido que en la vida hay que «echarle bola» al trabajo, porque las fortunas enterradas quién sabe dónde estarán. Cara 'e cotufa, quien le disparó a Ramiro aquella noche lluviosa de noviembre, murió en la

cárcel de Tocuyito, víctima ciega del monstruo de los celos, a manos de un malandro que no tuvo empacho en cercenarle la garganta por una tontería. El perico Chicharrín desapareció, muchos elucubradores dicen que todavía en la casona de los Granadillo, si uno pasa los domingos, a la hora de la misa, y pone atención, se escucha al perico cantando: «únicamente tú...». La leyenda del heroico general Granadillo se perdió sin remedio, su tesoro, junto al diario de María Luisa nunca aparecieron.

Dionisia Catalina sigue viva, inmortal, rodeada de gallinas, medio ciega, imponente, arrugada hasta los parpados, y no llora desde aquella tarde de domingo en la que le comentó a Secundino que la negra fea, Rosa Magdalena, no era hija de Toñito Granadillo. Ella sigue rezando, curando mal de ojos, jamás devolvió el candelabro de plata, pero de vez en cuando le ofrece una misa a Marco Antonio, a María Luisa y a las hermanitas Granadillo.

Secundino visita cada quincena el lecho de la negra María Antonieta y conversa con ella, dándole siempre gracias por todo lo que le dio. Siempre le lleva flores al panteón a su negra y le regala una gladiola a la olvidada tumba de María Luisa Verastegui, ya que a fin de cuentas está enterrada en el mismo cementerio, en Jardines del Recuerdo, muy cerca de María Antonieta, ¡quién lo iba a imaginar! Los Verastegui, más allá de haber reclamado la casa grande de San Blas, una y otra vez, ya nunca más se recordaron de María Luisa ni de sus hijas.

A todas estas, la parroquia San Blas sigue empeñada en morir de pie, con todo su abolengo a cuestas, con todos sus personajes y sus historias, con sus casonas de muros anchos, enclavadas en calles estrechas, mientras el *pick up* Panasonic, aguja de zafiro, sigue sonando y Oscar D'Leon sigue deleitando a los bailarines con su ritmo:

«En el cachumbambé, en el cachumbamba... Merengue para 'adelante, merengue para atrás...»



# Índice

<b>I</b>		
La noche del cañonazo		9
<b>II</b>		
Las volteretas del reencuentro		27
<b>III</b>		
La Vagonier		45
<b>IV</b>		
Un árbol de guanábanas		87
<b>V</b>		
La tragedia de las hermanitas Granadillo		127
<b>VI</b>		
Un juego increíble		145
<i>Dos meses después</i>		150
<i>Una semana después</i>		156





*El vaivén de las caderas*  
Se imprimió en el mes de noviembre de 2022  
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo  
Caracas, Distrito Capital, Venezuela  
Son 1.000 ejemplares





«agua viva en los caños solitarios  
el árbol de la vida ondea  
un romance de pájaros  
arropa en la espesura  
al que bebe con la mano».

LAS FORMAS DEL FUEGO

NARRATIVA

Muchas Valencias se dan cita en esta obra que, más que una novela, parece un chisme contado al oído. La historia de la familia Rabanedo se convierte en un simple ardid para abrir a golpes una ventana a los vericuetos del pensamiento y la forma de ser del caribeño de sangre caliente, del venezolano como producto cultural de un amasijo de razas cercano a lo insólito. La sonrisa se pega a la boca del lector desde un principio, luego los giros casi acrobáticos de una historia basada en hechos reales lo van acostumbrando al asombro hasta llevarlo a algún lugar del estado Carabobo del cual ya no quiere volver.

ARNALDO HERNÁNDEZ

Es un valenciano sin edad, de corazón al centro del pecho, un venezolano sencillo, entusiasta, buena gente, apasionado luchador de verbo hábil y humor implacable. Desde joven, el gusto por la literatura lo acompañó en su transitar por la vida como un refugio propicio para el reencuentro consigo mismo, y un puente amable hacia otras realidades. Su mayor orgullo: su familia. Su peor problema: la indolencia de los otros. Su mejor don: contar historias. Su suerte más grande: Marlene.



IMPRESO EN TIEMPOS DE  
GUERRA ECONÓMICA  
CONTRA VENEZUELA



Ministerio del Poder Popular  
para la Cultura



Arnaldo Hernández

EL VAIVÉN DE LAS CADERAS